

# LOS INSIDIOSOS

Antología  
*de ensayo irónico*

LUIGI AMARA  
CHARLES LAMB  
JONATHAN SWIFT  
MARIA EDGEWORTH  
OSCAR WILDE  
THOMAS DE QUINCEY



# *LOS INSIDIOSOS*

Antología  
*de ensayo irónico*

Título de la antología: *Los insidiosos. Antología de ensayo irónico*

Títulos originales:

“La rebelión del humor”, Luigi Amara, 2019.

“A Dissertation Upon Roast Pig” in *Essays of Elia*, Charles Lamb, 1823.

*A Modest Proposal for Preventing the Children of poor People in Ireland, from being a Burden to their Parents or Country; and for making them beneficial to the Publick*, Jonathan Swift, 1729.

“An Essay on the Noble Science of Self-Justification” in *Letters for Literary Ladies: To Which is Added, an Essay on the Noble Science of Self-Justification*, Maria Edgeworth, 1795.

“Pen, Pencil, and Poison”, in *Intentions*, Oscar Wilde, 1891.

“On Murder, Considered as one of the Fine Arts”, in *Blackwood’s Magazine*, Thomas De Quincey, 1827.



*De la edición:*

**Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional**

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

*De la traducción:*

**Licencia Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional**

Se permite la reproducción, redistribución, remezcla, retoque y transformación de esta traducción al español, incluso con fines comerciales, siempre y cuando todas sus obras derivadas se licencien bajo estas mismas condiciones, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

*Del ensayo de Luigi Amara:*

**Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional**

Se permite copiar y compartir este texto por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Primera edición, 2019

Diseño, formación y portada: Erika Rivera Iníiguez y Karla Preciado

Cuidado de la edición y corrección: Alejandro González, Carlos Armenta, Erandi Barbosa, Francisco Estrada y Julio Rivas Rojas

Traducción: Alejandro González y Francisco Estrada

Gestión editorial: Militza Ledezma

El Quinqué Amarillo Publicaciones, S. C. de R. L. de C. V.

Prisciliano Sánchez 1075, Col. Americana, C. P. 44160

Guadalajara, Jalisco

Este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2018.

ISBN:978-607-96834-7-4

Impreso en México

[www.elquinqueeditorial.com](http://www.elquinqueeditorial.com)

COOPERATIVA  EDITORIAL

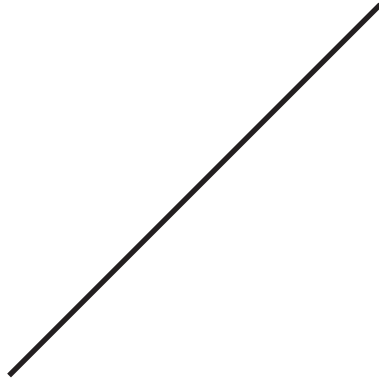
# *LOS INSIDIOSOS*

Antología  
*de ensayo irónico*

—

COLECCIÓN  
DOMINIO  
PÚBLICO





*LA REBELIÓN  
DEL HUMOR*

-

*Luigi Amara*





No sé si haya un carácter típicamente inglés, pero hay que agradecer que algunos de sus mejores ensayistas se inclinaron hacia esas figuras tachadas por ellos mismos de “peligrosas”: la ironía y el humor. Incluso cuando el tono dominante de su prosa (como, por ejemplo, en Charles Lamb) sea afable y delicado, la complicidad creciente que logran establecer con el lector debe mucho a esa forma de provocación sutil, basada en los sobreentendidos y en el reverso o lado ciego de lo que abiertamente se nombra.

Thomas De Quincey, quien sabía ser polémico y entrañable de muchas maneras, decía de su admirado Lamb que su carácter cooperaba “como una corriente subterránea” con la cosa escrita. La otra cara de la moneda de este acento personal, de esta apuesta por la presencia subterránea del yo a todo lo largo del texto, sería que la lectura naufrague como suelen hacerlo infinidad de matrimonios —por incompatibilidad de caracteres—, por lo que, al menos en principio, deberíamos estar en condiciones de simpatizar con ese modo de ser discontinuo y risueño del autor, proclive a la broma y a la informalidad y también, inevitablemente, a despertar ciertas incomodidades y equívocos.

De Quincey tuvo la fortuna de ser, durante algún tiempo, amigo de Lamb, así que pudo conocer de primera mano su carácter; pero aun si ese carácter y esa propensión a la ironía fueran en cada autor una construcción cuidadosa —una ficción sostenida a fuerza de estilo—, se comprende por qué este linaje de ensayistas asumían el riesgo de afilar la punta de su lápiz hasta volverlo una herramienta punzocortante: pocos textos, como el ensayo, dependen *tanto* de la complicidad entre el autor y el lector; en ese juego de la imaginación y la inteligencia que a veces adopta la forma del susurro y en el que no faltan las confidencias y a menudo termina por crearse algo parecido a la intimidad, la ironía y el humor no pueden sino ser armas de doble filo.

En los ensayos en muchos sentidos pioneros de Jonathan Swift (André Bretón lo consideraba el verdadero iniciador del humor negro en la literatura), lo que se impone es un tono satírico, una burla embozada que, si bien al comienzo puede parecer previsible y hasta cansina, en ningún momento deja de asombrarnos y, lo más importante, de confrontarnos. Al tratar problemas sociales como el hambre o la explotación, el también párroco de Laracor y San Patricio no se entretiene en adelantar soluciones esperanzadoras como quizá correspondería a su cargo; además de que nadie se molestaría en tomarlas en cuenta, sabe perfectamente que ni una sola pieza literaria ha pasado a la historia apoyada solamente en su probidad, sus buenos sentimientos o su sensatez. Más arrojado e imaginativo —más original—, Swift opta por la estrategia de prender fuego a lo razonable, por el arrebató y el rodeo de hacerse pasar por un monstruo meditabundo

que, en aras de un humanismo del todo inconsecuente, propone una barbaridad largamente sopesada.

Su “Modesta proposición para impedir que los hijos de la gente pobre en Irlanda se conviertan en una carga para sus padres o su país y volverlos provechosos para el público”, de título tan largo como duradero su influjo, tal vez sea el mejor ejemplo de ello. Al tomar partido por lo indefendible y aun por lo abominable —convertir a los rollizos niños de un año en artículo de dieta—, se ampara en la conmoción que puede producir el absurdo, para entonces deslizar una serie de críticas al sistema económico que, de cualquier manera, y más temprano que tarde, condenaría a esos mismos niños a la miseria, la mendicidad y muy probablemente la muerte.

Ya se ha observado muchas veces que Swift “provoca la risa, pero no participa de ella”. Precisamente porque la propuesta es de lo más antinatural e impropia, lo que deja ver, por efecto del contraste, es la impropiedad y repugnancia del estado de cosas imperante; gracias a la defensa desapasionada y audaz de una aberración de tales proporciones, que contraviene nuestro horizonte moral más básico y nos pone inmediatamente en guardia, es que quedan al descubierto, en medio de una sonrisa deforme y embarazosa, las múltiples aberraciones sobre las que se sostiene la vida considerada “normal”, que de golpe termina situada, en razón del brusco cambio de perspectiva, en los límites de lo moralmente aceptable, si no es que en los acantilados de la ignominia, “al borde mismo del horror y la repugnancia”.

Como anota Adolfo Bioy Casares en un acercamiento a Swift, la vena satírica del autor de *Los viajes de Gulliver*

corre el riesgo de ser juzgada un poco trivial, un poco demasiado lenta. El lector impaciente cae con facilidad en la trampa de querer adelantarse a un pensamiento que parece lineal, y de querer adivinar el desenlace de su provocación, sin advertir que, más que un acto de presdigidación de la inteligencia, su humor es una variedad corrosiva de la crítica. Aun cuando desde las primeras líneas hayamos entendido el arco que ha de dibujar la hipérbole, los caminos de su mente son siempre desconcertantes; sus recursos no provienen solamente del arsenal del ingenio, trascienden los límites de lo cómico para erigirse en una denuncia oblicua: al avanzar, al extender la exageración como un chiste que se regodea de su propio desenvolvimiento, lo que en realidad hace es hundir más y más el dedo en la llaga, mostrar otros ángulos de la injusticia que desnuda, revelar los perfiles inesperados de ese mal que, sin embargo, estaba desde el comienzo bajo nuestras narices.

El humor macabro de Swift opera por contraposición y casi se diría por cortocircuito. Como quien junta, por mero afán didáctico, cables de distinta polaridad: al espanto de una injusticia normalizada y por lo tanto invisible le enfrenta otra más despiadada y atroz, que le sirve de punto de comparación, pero sobre todo de espejo; en ningún momento, como si esos cables pelados fueran nuestros propios nervios, deja de chisporrotear la risa. Así, por ejemplo, al descartar que la carne tierna de los niños de Irlanda pueda salarse para convertirla en materia de exportación, observa que, más allá de exquisiteces culinarias, él podría aportar el nombre de un país “que devoraría con agrado a toda nuestra nación”, llevando los impulsos

caníbales hacia un terreno en el que, si bien no se insinúa la sombra del tabú, no por ello se antoja menos condenable.

El recurso del contraste y la enormidad, la tensión que instaura la paradoja —que ya sea a causa de lo convincente de su inverosimilitud, ya sea a causa de la sutileza de su enredo, concita a la risa, a una risa descompuesta y quizás en el fondo nerviosa—, recuerda en algo al viejo encomio paradójico del que tanto gustaron humoristas y provocadores clásicos como Luciano de Samosata o Dión de Prusa, puesto en práctica en textos que prefiguran el ensayo o, mejor dicho, que son ya propiamente ensayos desde que participan del talante ensayístico antes incluso de que fuera inventado el género. El elogio exorbitado de lo ínfimo y aun de lo despreciable, ya sea de la cabellera o de la mosca, produce un desfase súbito, una grieta de perplejidad en las expectativas. El propio Swift lo retomó en textos que no han envejecido, como “Meditación sobre una escoba”. La alabanza de lo bajo, de lo tildado de poca cosa; la atención seria y filosófica de nimiedades y bagatelas que, como gesto, se confunde con un derroche y una pérdida de tiempo, presenta un aire de familia con la estrategia más ampliamente política de Swift, al punto de que quizá sea, en el árbol genealógico de las estrategias retóricas, su prima menor. La tía monstruosa pero desopilante vendría a ser aquí la sátira social, que no contenta con defender una idea indefendible, la pondera con distancia flemática, con una lucidez y meticulosidad estremecedoras, como si encarrilada en la búsqueda de ventajas instrumentales —de soluciones que hoy se llamarían “macroeconómicas”— la razón fuera incapaz de advertir el horror de su propio

impulso. Ambos subgéneros, tanto el encomio paradójico como la sátira negra, se valen jocosamente del mismo mecanismo por el cual la razón consigue imponer su jerarquía, tanto en el orden de lo pensable como en el de la moral, tanto en lo que se considera digno de reflexión como en lo que se estima virtuoso, con miras a desnudar su funcionamiento y, en última instancia, a desarmarlo.

El humor como una de las pocas formas de enfrentarse directamente al poder, como una estratagema taimada y acaso amarga de interpelarlo, de rebelarse contra él, adopta a veces un perfil declaradamente combativo, que no escatima en echar mano de la artillería del sarcasmo y aun de las sucias pero desternillantes celadas del cinismo. En la estela de las *Instrucciones a los criados* de Swift, un antimanual delicioso que rebosa malaleche y promulga la insubordinación y el sabotaje desde abajo, Maria Edgeworth encara las relaciones de poder domésticas en ese ámbito no menos espinoso —y vigente— del machismo y la subordinación de la mujer. Con una intransigencia despiadada cuyo desarrollo es sin embargo dúctil y chispeante y anticipa al Schopenhauer de *El arte de tener razón* (si el filósofo alemán no hubiera abrazado la causa de la misoginia con tal denuedo, seguro habría encontrado en ella a una hermana inesperada), Maria Edgeworth redacta “Un ensayo sobre la noble ciencia de la autojustificación” con ese brío y minuciosidad de quien ha padecido una injusticia durante mucho tiempo y ahora se apresta a ejecutar una venganza largamente acariciada. Pero si la venganza es un plato que ha de servirse frío, aquí el tiempo contribuyó a que se cargara no tanto de imperturbabilidad, sino de sorna, y que el retardo obrara a favor de sus posibilidades mordaces.

Batalla en varios flancos contra la figura masculina, emboscada pérfida y sonriente contra un único enemigo —el esposo—, dialéctica erística a favor de la disfunción conyugal, el texto de la Edgeworth se desprende de un axioma básico, que ya desde su formulación destila veneno: “Una dama no puede equivocarse”. Concebido como un descarado manual de malas maneras, como un desaprendizaje de la imagen condescendiente y abnegada que ha imperado de la mujer —incluso, cabría decir, al interior de la tradición del ensayo—, presenta el pequeño inconveniente (para el lector varón) de que en contraste con la modesta proposición de Swift, ésta sí puede llevarse perfectamente a la práctica y, por si fuera poco, ahora mismo y a todas horas, por lo que si ya la risa que invocaba el inquieto deán tenía un no sé qué de extraño y urticante, acá podría contaminarse de temor y de unas notas destempladas de alarma.

Ignoro si alguna discípula avanzada en el arte guasón y pérfido de la autojustificación siguió alguna vez a Maria Edgeworth al pie de la letra; pero así como en la provincia sin ley de la burla las desgracias de unos pueden hacer las delicias de los otros, el opúsculo aguerrido de la Edgeworth, fruto a fin de cuentas de una solterona que había abrazado desde jovencita la vocación de educadora, se proponía tener un efecto liberador al menos en la mitad de la especie históricamente oprimida, un efecto semejante a ese deschongue espiritual y reconfortante que asociamos con la carcajada. De leerse hoy en público estoy seguro de que produciría el raro espectáculo de una sala intranquila en la que todos ríen al unísono, pero por motivos totalmente opuestos.

Podría objetarse, como más de alguno ha hecho, que la rebelión contenida en ejercicios sardónicos de este tipo no pretende cambiar el sistema reinante, sino sólo reaccionar y acoplarse a él del modo más desesperado que quepa imaginar: a través de la rispidez y el cinismo y el conflicto perpetuo, no importa que lo hagan pertrechados en una máscara ambigua, ora ácida, ora risueña. El tono irónico dominante ya sería indicador de que nunca ha dejado de pender sobre ellos el aguijón de su propio escepticismo. Pero si en su calidad de atentados de papel quizá sería mucho pedir que pusieran a temblar el edificio de los poderes que encaran, al menos poseen el mérito de enunciar con desparpajo y tino esas injusticias (en esto consiste el arte de la denuncia) con una ferocidad tal que alguna resquebrajadura de consideración acabarán por ocasionarles, así fuera por la aguda toma de conciencia que comportan.

En un prosista tan complejo y versátil como Thomas De Quincey, “esencialmente digresivo” (como decía de él Charles Baudelaire, uno de sus más asiduos lectores y, antes que propiamente su traductor, palimpsestista y adaptador desorbitado de sus textos más alucinógenos), el cultivo del humor se antoja un tanto menos incisivo y beligerante; de una naturaleza más sofisticada y de mayor calado, quizá cabría calificarlo de plenamente filosófico, si la sola proximidad de estos dos vocablos —“humor” y “filosofía”— no rayara de algún modo en el oxímoron, o como quizás el propio De Quincey pretendía, en el escándalo. Como sea, se trata más de ese tipo de humor campante y lleno de guiños que se aviene con el talante digresivo.

Es difícil encontrar una página de De Quincey que no sea al mismo tiempo intensamente personal y erudita;



que no dialogue con autores o problemas intelectuales incluso excéntricos sin perder en ningún momento un ápice de su extraordinaria sensibilidad y de su capacidad de despertar interés sobre las materias en apariencia más resacas. En él, una argumentación muchas veces laberíntica, que precisa explayarse para surtir lentamente su efecto, no deja de lado un refinado lirismo, como tampoco su tono confesional rehúye a desenvolverse como una forma original de pensamiento. Y si aquí es capaz de invocar plásticamente al patetismo y allá de adentrarse en una vertiginosa búsqueda de las raíces del horror, también sabía ser mordaz y hasta hilarante cuando las circunstancias lo exigían, siempre lejos de la humorada insustancial y ajeno a toda variante de la simpleza, en especial si para ello había que condescender a la crueldad.

Aunque “Del asesinato considerado como una de las bellas artes” guarda cierto parecido en tono e intención con la “Modesta proposición” de Swift, a la que hace referencia una y otra vez, resultaría osado cualquier intento de reducirlo a un divertimento satírico. Su espíritu en principio juguetón, que procura muy pronto equilibrarse con unas notas siniestras y aun con descripciones estremecedoras que preparan el camino de sensibilidades como la de Edgar Allan Poe, no tarda en adentrarse en aguas de gran densidad intelectual, en que “la vieja costumbre de bromear con el dolor” se contrarresta con unas dotes analíticas excepcionales, que hacen que la sonrisa que empezaba a dibujarse en nosotros se quede a medio camino y se transmute en una mueca deforme, que lo mismo podría confundirse con deslumbramiento que con el cosquilleo del horror.

Lo que al inicio se antoja una provocación de la especulación pura —la consideración estética del crimen, el gusto del asesinato al margen o *después* de su condena moral, como una pieza plástica ofrecida al deleite del espectador—, poco a poco pierde fuerza en cuanto provocación y empieza a asentarse como una incómoda costumbre demasiado familiar y cercana; la “modesta”, es decir, controvertida propuesta del asesinato como objeto de disección de un exclusivo club de aficionados, en vez de parecernos una mera barbaridad que mueve a risa, gracias a la maestría del autor para la matización lógica y para la presentación de estampas vívidas, se torna en una tesis tan sólida como insólita, no por macabra menos atendible, que si nos hace todavía reír es en razón de que nos retrata de cuerpo entero como espectadores del infortunio y degustadores de la muerte.

Según escribe el propio De Quincey en el “*Post scriptum*” de 1845 (el libro consta de dos artículos complementarios que se publicaron en el *Blackwood Magazine* con diferencia de más de una década, y el último incluye una larga coda en que el autor presenta, como un inspirado pintor de lo truculento, las tres grandes obras maestras de ese arte que permanece en las sombras y aún no es reconocido del todo), hay una importante diferencia entre la quizás grosera pero efectiva extravagancia de Swift, cuya monstruosidad constituye su mejor excusa, y la propuesta ominosa de una Sociedad de Conocedores del Asesinato, cuya existencia cae en el orden de lo probable: mientras que “nadie podrá pretender que exista en el pensamiento una tendencia ordinaria y natural que convierta a los niños en artículo de dieta”, sería difícil negar una tendencia a valorar los desastres, los

incendios y los terremotos, pero también los asesinatos y aun los robos desde un punto de vista estético; sería incluso deshonesto desdeñar ese impulso acaso universal a ponderarlos críticamente y a compararlos entre sí, ya sea por su plasticidad o por la perfección de su ejecución, y que ha llevado, por solo mencionar un ejemplo, a que el motivo de “el crimen perfecto” sea una genuina aspiración más allá del cine y la literatura. ¿Qué criminal no ha tenido la ambición de llevar a cabo su plan como si se tratara de una pieza de arte?

El registro humorístico en una disquisición que va ganando hondura y no deja de plantear perplejidades teóricas tal vez responda a un plan general de traer ese tipo de discusiones a la calle, de hacerlas tema de sobremesa y no reservarlas únicamente a los iniciados, a esa pizca de la humanidad que ha reflexionado alguna tarde sobre las limitaciones del imperativo categórico o el principio del tercero excluido. La lectura socarrona pero nunca trivial de grandes filósofos como Aristóteles, Burke o Kant, el gesto de poner a prueba sus planteamientos ante el tribunal a veces implacable y desalmado del espectáculo de la vida —de esa vida a la que se proponen en principio iluminar—, revela acaso la convicción de que la profundidad reflexiva no tiene por qué estar reñida con la sonrisa, y que quizá no haya mejor invitación a pensar por uno mismo que encarar los problemas de la filosofía con un talante jovial, qué mejor si jalonado por un estro polémico y si se quiere sensacionalista.

De Quincey, quien se consideraba por encima de todo “un filósofo” —un filósofo, habría que decir, *sui generis*, desordenado y divagante, con una legión de lectores

exigentes y devotos entre los que se cuenta, en primer lugar, Jorge Luis Borges—, tenía como principio conversar familiarmente, a pesar de su timidez, con individuos de toda ralea y condición, con hombres y mujeres por igual, con pillos y gentes florecientes, con niños y desequilibrados. Cabe sospechar, entonces, que entre sus afanes de impugnador de las reputaciones establecidas, en su cruzada contra las rancias jerarquías de la intelectualidad, se encontraba la de plantear un controvertido descubrimiento sobre la naturaleza del placer contemplativo, sobre las fronteras entre la moral y el gusto, de tal modo que pudiera ser apreciado tanto en las frías aulas como en las húmedas tabernas, y lo mismo por académicos a punto de convertirse en momias que por gente común y sin la menor preparación escolar. Después de todo, los artistas del asesinato bien pueden encontrarse en todos los bandos...

La lucidez visionaria de De Quincey, que hoy vemos reflejada en el triunfo de la novela policial y el cine gore (a veces de corte abiertamente humorístico), en el culto a la fotografía de nota roja y aun el ensanchamiento del concepto mismo de experiencia estética (que dejó de vincularse exclusivamente al arte y a la belleza), es posible que también inspirara, un par de generaciones más tarde, otra provocación memorable surgida de la pluma de Oscar Wilde: la constatación de que un gran escritor y un consumado asesino pueden ser la misma persona y que, por tanto, como sugiere con su inconfundible timbre de desafío, “no hay una incongruencia esencial entre el crimen y la cultura”.

A diferencia de sus antecesores, todavía preocupados en trazar el arco de un argumento o la defensa de alguna

causa, Wilde prefiere construir un retrato rebosante de tensiones y detalles escabrosos, el cual le sirva, antes que nada, como pretexto para sacar a relucir su sentido del humor y su brillantez aforística. Inclinado, desde muy temprano en su obra, a valorar la originalidad de expresión por encima de cualquier otro rasgo, y a despertar el asombro del lector antes que a sonreír con él comprometiéndolo en alguna denuncia, Wilde coincide con De Quincey en la necesidad de distinguir la esfera del gusto de la esfera de la moral, pero lo hace sin mayor espíritu teórico que el de producir un pequeño escándalo, un estupor propicio a su lucimiento, valiéndose de la vida increíble y macabra de T. G. Wainewright, envenenador inspirado, prosista de genio y no mal dibujante, quien por cierto fue amigo de Lamb y con quien De Quincey compartió mesa alguna vez, sin sospechar del peligro que corría al llevarse a los labios su taza de té.

A la luz del juicio contra Wilde por un delito nunca expresado que, como sea, sacudió a la sociedad victoriana (además de corrupción de la juventud, el largo y clamoroso caso comportaba, sin nombrarlos, “pasiones anormales y deseos perversos”), el ensayo, traducido en México hace poco más de cien años (1916) por el no menos mórbido y decadentista Efrén Rebolledo, podría ser leído como una prevención astuta y aun como una sorprendente exculpación *avant la lettre*: un gran artista no deja de serlo por la simple circunstancia de cometer alguna atrocidad o incurrir en la anticuada manía de envenenar a diestra y siniestra. Lo cierto es que, escrito algunos años antes de que él mismo se metiera en problemas legales y fuera condenado al peor castigo que se le puede aplicar a un

dandi —los trabajos forzados—, “Pluma, lápiz y veneno” se inscribe más bien en la corriente entonces en boga del esteticismo y es más deudor de Walter Pater y de Ruskin que de cualquier amago de apología autobiográfica o de esfuerzo vicario por curarse en salud.

En “La decadencia de la mentira” y “El crítico como artista” —los otros textos con los que hace juego este retrato un tanto insolente del artista/asesino—, Wilde lleva al extremo la tesis de que una obra de arte ha de venerar, antes que nada, la *forma*; entendida como artificio, cualquier pieza de arte puede incluso devenir en una sucesión de fuegos artificiales, pues coloca el golpe de efecto como tótem irrenunciable, al ingenio se le concede un papel que prima sobre la verdad, y por mor de la agudeza proclama que sería lícito dar a la imprenta textos con los que no se está siquiera de acuerdo. En las antípodas del tono confesional caro a De Quincey, y muy lejos del íntimo cuchicheo que nos lleva dulcemente de la mano en Lamb, la doctrina de *l’art pour l’art* le exige sacrificar la ética en el altar de la estética y a entronizar la paradoja y el humor como dioses tutelares. Lo que no puede consentirse es recalar en el lugar común o adoptar un tono satisfecho y bienpensante de predicador. La provocación ha de ser el signo de su rebeldía: si el señor Wainwright disolvió estricnina en la bebida de sus parientes y enemigos, ello no tiene por qué poner en entredicho que fuera un excelente prosista y, lo que es más decisivo —al menos para un declarado dandi—, acaso fortalece aquella intuición obsesionante que hace de la vida misma, así sea por el lado más sombrío y fúnebre, una variedad de arte.

En una página de *Otras inquisiciones* en la que procura la reivindicación literaria de Wilde, Borges remite a “un hecho” que ni sus detractores ni sus panegiristas parecen haber contemplado: “el hecho comprobable y elemental de que Wilde, casi siempre, tiene razón”. Quizá porque buscó a toda costa ser polémico, quizá porque abusó de la exageración y del ingenio, no reparamos en que también en temas peliagudos como la proximidad del arte y el asesinato, el autor de *El retrato de Dorian Grey* tenía razón: que un hombre haya violado la ley, que haya pervertido a un jovencito y actuado como si las fuerzas del orden sólo tuvieran efecto en una realidad paralela a la suya, no puede ser un argumento válido contra su genio; la virtud y el talento rara vez han sido atributos siameses. Lástima que este mismo argumento, que desde el otro extremo de la cuerda corta de tajo cualquier inferencia que pudiera hacerse desde la obra hacia la persona, terminara por ceñir el nudo que el destino le tenía reservado.

Pero ya que comencé este texto con una referencia a la ironía más bien doméstica de Charles Lamb, no quiero concluirlo sin comentar brevemente la relación del ensayo con el carácter de su autor o, si se quiere, con el personaje que va construyendo a medida que avanza la escritura, cuando el ensayo se ha convertido en teatro para las operaciones de la mente. Phillip Lopate, uno de los más notables defensores y practicantes actuales de lo que en el orbe anglosajón se ha dado en llamar “ensayo personal”, ha escrito a este respecto que “si la mente de un ensayista me interesa lo suficiente, con gusto lo seguiré hasta donde me lleve”. Esa mente bien puede, como en el caso de Wilde, ni siquiera estar de acuerdo con las cosas

que enuncia, pero allí está, de una manera casi palpable, desenvolviéndose frente el lector; lo que en primer lugar nos atrapa y deleita es la manera en que se conduce al inventar su propio recorrido y, si volvemos a él, es por la serie de saltos y asociaciones y aun trampas que esa mente comete contra sí misma para no llegar, en el fondo, a otra cosa como no sea su propio despliegue.

En mi caso, debo decir que las evoluciones de la mente de Lamb no sólo me parecen de lo más interesantes, sino que a la vez me resultan sumamente plásticas y a su manera poéticas; congenio con su empleo peculiar de la ironía, que no es precisamente combativo ni busca señalar injusticias ni trazar distinciones filosóficas comprometedoras, sino simplemente acercarse desde allí, con esa distancia entre distraída y risueña, a los asuntos menudos de todos los días. La ironía en Lamb se parece a ese imperceptible paso atrás, a esa sistemática rebelión frente a lo dado, que permite establecer diálogos con uno mismo o bien acercarse a lo próximo, a los asuntos que nos ocupan cotidianamente —ya sea el préstamo de un libro, la desdicha de carecer de oído o el disfrute onanista de hacer acopio de objeciones al matrimonio— con esa disposición alerta de quien emprende una travesía a lo desconocido. Por ello me dejo llevar a donde esta mente se proponga, no importa si lo que ahora trae entre manos, como tal vez sería de esperarse del personaje irresistible y excéntrico que Lamb fue construyendo a partir de su faceta como oficinista lánguido y prekafkiano, en algún sentido típico del siglo XIX, sea una loca conjetura sobre el origen accidental del chicharrón y el lechón asado.



*UNA DISERTACIÓN  
EN TORNO*



*AL LECHÓN  
ASADO*

-

*Charles Lamb*



La humanidad, reza un manuscrito chino que mi amigo M. fue tan amable de leerme y explicarme, durante las primeras setenta mil eras comía la carne cruda, arrancándola o mordiéndola directamente del animal vivo, tal como se hace en Abisinia hasta nuestros días. Este periodo ha sido expuesto con claridad por el gran Confucio en el segundo capítulo de sus *Mutaciones mundanas*, donde designa una especie de Edad de Oro con el término *chofang*, que literalmente significa “la fiesta de los cocineros”. El manuscrito prosigue diciendo que el arte de rostizar o bien de asar (al cual considero su hermano mayor) fue descubierto por accidente de la siguiente manera: el pastor de cerdos, Ho-ti, luego de salir al bosque una mañana, como era su costumbre, a recolectar hayuco para sus puercos, dejó su cabaña al cuidado de su primogénito, Bo-bo, un chico simplón, que, proclive a jugar con fuego como suelen hacer los mocosos de su edad, dejó escapar algunas chispas sobre un montón de paja que se incendió rápidamente, propagando la conflagración a todos los rincones de la humilde mansión hasta reducirla a cenizas. Junto con la cabaña (un penoso remedo antediluviano de

edificación, pensarían ustedes), lo que era aún más importante, una fina camada de no menos de nueve lechones recién nacidos, pereció.

Los lechones chinos han sido considerados un lujo por todo Oriente desde los tiempos más remotos de los que se tiene noticia. Bo-bo se hallaba en la más honda consternación, como se pueden imaginar, no tanto por la vivienda —la cual su padre y él podían fácilmente poner en pie de nuevo en cualquier momento con unas cuantas ramas secas y una o dos horas de trabajo— como por la pérdida de los cerdos. Mientras pensaba lo que le diría a su padre y estrujando con sus manos los restos humeantes de aquellas prematuras víctimas, un olor asaltó sus fosas nasales, distinto a cualquier otro aroma que hubiese experimentado antes. ¿De dónde podría proceder? No de la cabaña calcinada, pues ya había olido ese olor antes; sin duda éste no era el primer accidente de esta índole que había ocurrido por la negligencia de este infortunado y joven incendiario. Mucho menos se parecía al de cualquier hierba, arbusto o flor conocidos. Un humedecimiento premonitorio al mismo tiempo anegaba su labio inferior. No supo qué pensar. Lo siguiente fue agacharse para palpar al lechón, si es que hubiera señal de vida alguna en él. Se quemó los dedos y para enfriarlos los metió a manera de chupón en su boca. Algunas migajas de la piel chamuscada se habían adherido a sus dedos y por primera vez en su vida (y de la vida del mundo sin duda, puesto que ningún hombre lo había conocido) saboreó, ¡el chicharrón! De nuevo tocó y se abalanzó sobre el lechón. Esta vez no se quemó tanto, aunque siguió lamiéndose los

dedos como por hábito. La verdad entera irrumpió en su lento entendimiento: era el lechón el que olía así y era el lechón el que sabía así de delicioso; y, sucumbiendo a este placer neonato, se lanzó a arrancar puñados de piel achicharrada con todo y carne y con ellas se atiborraba las fauces de forma bestial cuando su padre entró en medio de aquellas ruinas humeantes, armado de su garrote vengador, y al ver cómo estaban las cosas, dejó caer una lluvia de trancazos sobre los hombros del joven sinvergüenza, tan duros como piedras de granizo, los cuales Bo-bo sintió como si no fueran más que moscas. El cosquilleante placer que experimentó en sus regiones inferiores lo volvieron inmune a cualquier inconveniente que pudiera sentir en partes más lejanas. Su padre pudo haber seguido, pero no pudo quitarlo de encima del lechón hasta que hubo terminado con él y, volviéndose un poco más sensible de su situación, un diálogo como el siguiente se suscitó:

—¡Criatura desgraciada! ¿Qué es lo que devorabas allí? No te bastó con haberme incendiado tres casas con tus trucos ¡y estar atado a ti!, sino que ahora tienes que comer fuego, y no sé qué... ¿qué es lo que tienes allí, te digo?

—¡Oh padre, el lechón, el lechón! Ven acá y prueba qué rico sabe el lechón chamuscado.

Los oídos de Ho-ti resonaron con horror. Maldijo a su hijo y se maldijo a sí mismo por haber traído al mundo un hijo capaz de comer lechón chamuscado.

Bo-bo, cuyo olfato se había afinado maravillosamente desde aquella mañana, de inmediato pepenó otro lechón y desgarrándolo en pedazos, le colocó la mitad inferior por la fuerza entre los dedos de Ho-ti, gritando:

—¡Come, come, come lechón chamuscado, padre! ¡sólo prueba!, ¡ay, Dios! —con semejantes exclamaciones bárbaras mientras se atascaba tanto como para atragantarse.

Ho-ti sintió temblar cada músculo mientras tanteaba semejante abominación, considerando si no debía dar muerte a su hijo por ser un monstruito antinatural, cuando el chicharrón comenzó a escocer entre sus dedos, como ocurriera con los de su hijo, y aplicándoles el mismo remedio, él también pudo degustar algo de su sabor, el cual, si se buscan pretextos para hacerse de la boca chiquita, no le pareció del todo desagradable. En conclusión (pues el manuscrito aquí es un poco tedioso) tanto padre como hijo se acomodaron buenamente en medio del desastre y no se pararon hasta que hubieron despachado cuanto quedó de aquella camada.

Se le ordenó a Bo-bo no dejar escapar el secreto, pues los vecinos sin duda los habrían apedreado por ser un par de canallas abominables: ¿a quién se le ocurría mejorar la buena carne con la que Dios los había provisto? Sin embargo, extrañas historias surgieron. Se pudo notar que la cabaña de Ho-ti últimamente se incendiaba con más frecuencia que nunca. Nada sino incendios de ahora en adelante. Algunos ocurrían a plena luz del día, otros durante la noche. Tan pronto como las cerdas parían, era seguro que la casa de Ho-ti acabaría en hoguera; y lo que era más notable era que el propio Ho-ti, en vez de castigar a su hijo, parecía volverse cada vez más indulgente que nunca. Fueron observados de cerca, el terrible misterio descubierto y padre e hijo convocados a juicio en Pekín, que en ese entonces no era más que una insignificante judicatura. Se presentó la evidencia, las nocivas viandas

fueron llevadas ante la corte y, cuando el veredicto estaba por pronunciarse, el responsable del jurado suplicó que se le pasara un poco de lechón chamuscado, delito que se le imputaba a los acusados, al estrado. El responsable lo sopesó y luego los demás, al quemarse los dedos tal como sucedió con Bo-bo y su padre, y al provocar la naturaleza el mismo remedio en cada uno de ellos, ante la evidencia de todos los hechos y con el veredicto más claro jamás emitido por el juez, —para sorpresa de toda la corte, vecinos, forasteros, reporteros y todos los presentes— sin dejar el estrado o hacer consulta alguna, alcanzaron de forma simultánea el veredicto de “inocentes”.

El juez, quien era un tipo astuto, se hizo de la vista gorda ante la manifiesta perversidad de la decisión; y, cuando la sesión se levantó, buscó un lugar privado y adquirió cuantos lechones pudiera conseguir por amor o por dinero. En unos pocos días se pudo apreciar la casa de Su Señoría consumida por las llamas. El asunto tomó fuerza, y ahora ya no se veían más que incendios en todas direcciones. El combustible y los lechones se volvieron enormemente apreciados en aquel distrito. Las oficinas de seguros cerraron sus puertas una a una. La gente construyó de forma cada vez más hechiza, hasta se temió que la misma ciencia de la arquitectura en poco tiempo se perdería para el mundo. De este modo la costumbre de quemar casas continuó, hasta que con el paso del tiempo, dice mi manuscrito, un sabio surgió, tal como nuestro Locke, e hizo un descubrimiento: que la carne porcina, o bien la de cualquier otro animal, puede ser cocinada (*chamuscada*, decían ellos) sin la necesidad de consumir toda una casa para sazónarla. Fue así que surgió una

versión rudimentaria de la parrilla. El asado con hilos y con varillas vino un siglo o dos más tarde, no recuerdo en qué dinastía. Es de esta forma tan lenta, concluye el manuscrito, que las más útiles y aparentemente más obvias artes, se hacen un lugar entre la humanidad.

Sin poner demasiada fe implícita en el relato antes mencionado, es necesario acordar que, si hay pretexto alguno que valga para que un experimento tan peligroso como incendiar casas (especialmente en aquellos días) fuera asignado a favor de algún objeto culinario, ese pretexto y excusa habría de hallarse en el LECHÓN ASADO.

De todas las delicias alrededor del *mundus edibilis* (mundo culinario), sostendré que ésta es la más delicada de todas —*princeps obsoniorum* (rey de los alimentos).

Y no hablo de sus chanchos jóvenes —que se hallan entre lechón y cerdo—, esas cosas odiosas, sino de un joven y tierno lechoncito —menores a un mes de edad— libre aún del pecado de la malicia, sin la mancha original del *amor inmunditiae*, el defecto hereditario del primer padre, aún sin manifestarse; con su voz aún sin emerger, algo más bien entre un chillido infantil y un quejido, el leve predecesor, o *praeludium*, de un gruñido.

*Debe ser asado.* Y no ignoro que nuestros ancestros los comieran cocidos, o hervidos, ¡pero qué sacrificio de su tegumento exterior!

No hay sabor comparable, he de sostener, al del bien nombrado *chicharrón*: crujiente, dorado, bien cuidado, sin pasarse de cocción; los dientes mismos son invitados a disfrutar su parte del placer en este banquete al superar su tímida, frágil resistencia con su pegajosa oleaginosidad, ¡oh, no la llamen grasa!, sino una indefinible dulzura



emergiendo de su interior; el tierno florecer de la grasa; grasa cosechada de la flor; tomada en el acto; en la primera inocencia; la crema y quintaesencia de la carne del cerdo niño aún pura; y la carne, carne no sino una especie de maná animal o más bien grasa y carne (si es que así debe ser) tan mezcladas y compenetradas, que ambas en su conjunto dan un resultado ambrosiano o substancia común.

¡Héanlo aquí mientras se cuece! Pareciera ser una especie de calor revitalizante, más que un fuego abrasador, al que se muestra tan pasivo. ¡Cuán parejo gira en torno al hilo! Y ahora ya está listo. ¡Ver la sensibilidad extrema de esa tierna edad! ¡Debió llorar por sus lindos ojos, radiantes jaleas, estrellas fugaces!

Verlo sobre el plato, su segunda cuna, ¡cuán dócil allí yace! ¿Habríais criado a este inocente para llegar a la gordura e indocilidad que suele acompañar la porcina madurez? Diez a uno a que habría terminado como un glotón, desaliñado, obstinado y desagradable animal, regodeándose en toda suerte de inmunda conversación. De estos pecados se ha librado felizmente.

Antes que el pecado pudiese corromper, o la pena borrar  
Vino la muerte con puntual cuidado.<sup>1</sup>

Su memoria es odorífera: ningún payaso lo maldijo cuando su estómago rechazó el rancio tocino; ningún carbonero cebó con él hediondas salchichas. Tuvo un bello sepulcro en el agradecido estómago del juicioso

<sup>1</sup> "Ere sin could blight, or sorrow fade, / Death came with timely care", Samuel Taylor Coleridge, "Építaph on an Infant".

epicúreo y al tener semejante tumba no habrá sino de estar contento de morir.

Éste es el mejor de los sabores. La piña es espléndida. Sin duda es casi demasiado trascendente: una delicia, si no pecaminosa, al menos sí semejante al pecado —una persona de conciencia tierna bien haría en detenerse a observar— demasiado cautivador para el gusto de los mortales, hiere y escalda los labios que se le acercan, como en un beso de amor ella muerde. Es un placer que colinda con el dolor del vigor y la locura de su deleite, pero ella se detiene en el paladar, no alcanza a lidiar con el apetito por lo que el hambre más voraz bien la cambiaría siempre por unas chuletas de cordero.

El lechón —y permítaseme cantar su alabanza— no es menos provocador del apetito como es satisfactor para el juicio del paladar exigente. El fuerte podrá hacer de él un festín, mientras que el débil tampoco rehusará sus dulces jugos.

A diferencia de los variados caracteres de la humanidad, que no son sino una mezcla de virtudes y vicios entrelazados inexplicablemente y que no pueden desenmarañarse sin daño, el lechón es bueno de principio a fin. Ni una sola parte suya es mejor o peor que otra. Es obsequioso con todo cuanto le rodea, en la medida de sus mínimas posibilidades. Es el menos envidioso de los banquetes. Es el festín del prójimo.

Yo soy de aquellos que comparten de forma libre y desinteresada un pedazo de las buenas cosas de la vida que llegan hasta mis dominios (pocos hay como los míos a este respecto) con un amigo. Confieso que me intereso mucho por los placeres de mis amigos: su deleite y

correcta satisfacción son como los míos propios. “Los presentes”, digo con frecuencia, “acercan a los ausentes”. Liebres, faisanes, perdices, becasinas, pollos de granero (esas “rústicas aves de corral”), capones, chorlitos, queso de cerdo, barriles de ostras: los dispenso tan generosamente como los recibo. Me encanta saborearlos, por así decirlo, en el paladar de mis amigos. Pero en algún lugar hay que poner un límite. Uno no puede nada más, como Lear, “darlo todo”. Marco mi línea en lo que respecta al lechón. Me parece que es una ingratitud para el Dispensador de todos los buenos sabores el extradomiciliar, es decir, sacar de la casa, irrespetuosamente (pretextando amistad, o yo qué sé) una bendición tan particularmente adaptada, predestinada, mejor dicho, a mi paladar individual. Significa una insensibilidad.

Recuerdo un examen de conciencia de esta índole en la escuela. La buena de mi tía, quien nunca me dejaba partir sin antes llenar mi bolsillo con algún dulce o alguna delicia, una tarde me despachó con un pastel de ciruela caliente, recién salido del horno. De camino a la escuela, sobre el puente de Londres, un viejo mendigo me saludó (no me cabe duda hasta la fecha de que se trataba de un charlatán). No tenía cambio para consolarlo y en la vanidad del desinterés y la mera presunción de la caridad, cual colegial, le obsequié ¡el pastel completo! Seguí mi camino, henchido, como ocurre en tales ocasiones, con el dulce regocijo de la complacencia; pero antes llegar al final del puente volví a mis mejores sentimientos y me deshice en llanto, pensando lo malagradecido que había sido con la pobre de mi tía: mira que ir y darle su buen regalo a un extraño a quien nunca antes había visto y que bien podría

haber sido un mal hombre, en lo que a mí concernía. Y entonces, pensé en el placer que le provocaría a mi tía pensar que fuera yo, yo y nadie más, quien comería su delicioso pastel. ¿Qué le diría la próxima vez que la viera? ¡Qué ingrato era como para haberme deshecho de su bonito regalo! Y el aroma de aquel succulento pastel volvió a mi memoria y con ello el placer y la curiosidad que me había provocado ver a mi tía preparándolo y su alegría cuando lo metió al horno y lo decepcionada que se sentiría de que al final no probara yo de él ni un bocado. Y culpé a mi impertinente espíritu dadivoso, a aquella hipócrita bondad tan fuera de lugar y, sobre todo, desee nunca más volver a ver la cara de aquel viejo impostor, pérfido y bueno para nada.

Nuestros ancestros fueron diestros en sus métodos para sacrificar estas tiernas víctimas. Leemos sobre lechones azotados hasta la muerte con algo de estupor, como nos ocurre con cualquier otra costumbre obsoleta. La era de la disciplina ha pasado, aunque sería interesante estudiar (bajo una luz meramente filosófica) qué efecto tuvo este proceso para suavizar y dulcificar una sustancia por naturaleza tan tierna y dulce como la carne de lechón. Parecería como refinar una violeta. Sin embargo, debemos ser cautelosos, al condenar esta inhumanidad, en la forma en cómo censuramos la sabiduría de dicha práctica. Podría ser origen de un sazón.

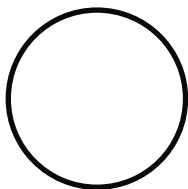
Recuerdo una hipótesis, debatida por mis jóvenes condiscípulos cuando estuve en St. Omer's, y sostenida con mucho juicio y encanto por ambos bandos: "Si suponemos que el sabor de un lechón al que se le dio muerte por la vía del látigo (*per flagellationem extremam*) añadiera

cierto placer en el paladar de un hombre más intenso que cualquier otra forma concebible de sufrimiento en el animal, entonces ¿está justificado el hombre para emplear tal método para dar muerte al animal?”. Olvidé el resultado.

Su salsa ha de ser tomada en cuenta. Sin duda unas cuantas migas de pan, cocinadas con su hígado y sesos, así como una pizca de tierna salvia. Pero, proscriba, mi querida Sra. Cocinera, se lo imploro, por completo a la tribu de la cebolla. Aderece a su gusto todos sus cerdos, embárrelos de chalotes, rellénelos con frutos del rancio y pecaminoso ajo; no puede envenenarlos ni volverlos más fuertes de lo que son. Pero considere que se trata de un pequeñuelo, de una flor.



UNA  
MODESTA PROPOSICIÓN



Para impedir que los hijos de la gente pobre en Irlanda se  
conviertan en una carga para sus padres o su país y volverlos  
provechosos para el público.

—

*Jonathan Swift*





Es causa de melancolía para quienes transitan por esta gran ciudad o viajan por el campo cuando ven las calles, caminos y zaguanes atestados de limosneros del sexo femenino, seguidas por tres, cuatro o seis niños, todos harapientos e importunando a cada paseante por una limosna. Estas madres, en vez de ser capaces de trabajar para ganarse la vida con honestidad, son forzadas a emplear todo su tiempo en vagar suplicando auxilio para sus indefensos infantes quienes, al crecer, o bien se convierten en ladrones a falta de trabajo, o abandonan su amado país natal para pelear por el pretendiente al trono en España, o para venderse en las Barbados.

Pienso que todas las partes estarán de acuerdo en que este prodigioso número de niños en brazos, o a lomos, o en los tobillos de sus madres, y frecuentemente de sus padres, es, dado el deplorable estado actual del reino, una enorme preocupación adicional; y por lo tanto, quien pudiera concebir un método justo, barato y fácil para convertir a estos niños en miembros sensatos y útiles de la comunidad merecería tanto reconocimiento del público como para erigirle una estatua por ser defensor de la nación.

Pero mi intención está muy lejos de limitarse sólo a ver por el bienestar de los hijos de mendigos declarados: tiene también un alcance mucho mayor y deberá considerar el número total de infantes de cierta edad nacidos de padres que sean efectivamente incapaces de mantenerlos, tanto como a aquellos que solicitan nuestra caridad en las calles.

En lo que a mí respecta, luego de volver mis pensamientos por muchos años sobre esta importante cuestión y después de haber sopesado con madurez los numerosos planes de nuestros visionarios, siempre me han parecido groseramente errados en sus cálculos. Es verdad: un niño recién parido puede ser alimentado por la leche de su progenitora durante un año solar, con muy pocos alimentos adicionales: a lo mucho, por debajo del valor de dos chelines, los cuales la madre puede conseguir, aunque sea su valor en desperdicios, en su lícito oficio de limosnera. Y es exactamente la edad de un año la que propongo para que ellos, en vez de volverse una carga para sus padres, o la comunidad, o necesiten comida y vestido por el resto de sus vidas, contribuyan, al contrario, a la alimentación y, en parte, al vestir de muchos miles.

Asimismo, existe otra gran ventaja en mi plan: que evitará esos abortos voluntarios y esa horrenda práctica de las mujeres que asesinan a sus hijos bastardos. ¡Ay! Demasiado frecuente entre nosotros, el sacrificio de pobres e inocentes bebés es, considero, más para evitar los gastos que la vergüenza, lo cual provocaría lágrimas y misericordia hasta en el pecho más salvaje e inhumano.

El número de almas en este reino usualmente ha sido censado en un millón y medio, de las cuales calculo que habría cerca de doscientos mil parejas donde la esposa es

fértil; de cuyo número resto treinta mil parejas que son capaces de mantener a sus propios hijos (aunque noto que no pueden ser tantas, dadas las dificultades actuales del reino). Pero si damos esto por hecho, quedarán ciento setenta mil mujeres fértiles. De nuevo resto cincuenta mil, que son aquellas mujeres que pierden a sus bebés o aquellos infantes que mueren por accidente o enfermedad durante el año. Entonces quedan al final ciento veinte mil hijos de padres pobres nacidos antes del año. Por lo tanto, la pregunta es: ¿cómo este número puede ser criado y sustentado? Hecho que, como ya he dicho, dada la situación actual, es casi imposible por todos los métodos propuestos hasta aquí. Dado que no podemos emplearlos en la artesanía o en la agricultura; ni en la construcción de casas (en el campo, quiero decir) ni el cultivo de la tierra: es casi seguro que se ganarán la vida robando hasta llegar a los seis años de edad; exceptuando aquellos con talentos prematuros, aunque confieso que aprenden los rudimentos mucho antes. Es hasta esa edad que se les puede considerar aprendices, como me ha informado un importante caballero del condado de Cavan, quien me juró no conocer más de uno o dos casos de menores de seis años, aun en un lugar del reino célebre por su rápida habilidad en tales artes.

Me aseguran nuestros comerciantes que un niño o una niña menor de doce años no es un producto vendible y que incluso cuando llegan a esa edad no se obtienen por ellos ganancias mayores a tres libras o tres libras y media corona en el mercado, lo cual no arroja beneficios ni para los padres ni para el reino, pues el costo de su alimentación y ropas cuadruplica ese precio.

A partir de aquí, entonces, propondré humildemente mis propias reflexiones, las cuales espero no serán objeto de la más mínima objeción.

Me ha asegurado un americano muy entendido que conocí en Londres, que un niño saludable y bien criado es, a la edad de un año, la más deliciosa, nutritiva y completa comida, ya sea estofado, asado, horneado o cocido; y no dudo que sea igual de bueno servido en cazuela o en guiso.

Por lo tanto, pongo humildemente a consideración pública que de los ciento veinte mil niños contabilizados anteriormente, veinte mil pueden reservarse para engorda, de los cuales sólo una cuarta parte serían machos, que es más de lo que se permite para las ovejas, el ganado bovino o porcino. Y mi razón es que, al no ser esos niños en muchos casos frutos de un matrimonio, circunstancia poco respetada por nuestros salvajes, entonces un macho sería suficiente para servir a cuatro hembras. Los cien mil restantes podrían, a la edad de un año, ser puestos en venta a personas de rango y fortuna de todo el reino, siempre aconsejando a la madre amamantarlos de forma prolija durante el último mes para así poderlos entregar bien nutridos y engordados para una buena mesa. De un niño pueden salir dos platillos en un convite con amigos y cuando la familia coma sola, el cuarto posterior o anterior puede convertirse en un plato razonable. Sazonado con un poco de pimienta o sal será un excelente caldo al cuarto día, en especial durante el invierno.

He estimado a partir de una media que un niño recién nacido pesa 12 libras y que en un año solar, si se le alimenta lo suficiente, puede alcanzar las 28 libras.

Reconozco que este alimento será algo cotizado y por lo tanto muy adecuado para los terratenientes, quienes, luego de haber devorado bastante a los padres, parecen tener el mayor derecho a hacerlo también con los hijos.

La carne de niño estará en temporada a lo largo del año, pero con más abundancia un poco antes y después de marzo, pues nos dice un eminente médico francés que, al ser el pescado una dieta recurrente, en los países católicos nacen más niños hacia los nueve meses después de la Cuaresma. Los mercados estarán más saturados de lo habitual debido a que el número de bebés papistas es de tres a uno en este reino, lo cual, por consecuencia, acarreará otra ventaja colateral al disminuir el número de papistas entre nosotros.

Ya he calculado que el costo de criar al hijo de un limosnero (en cuya lista incluyo todos los aldeanos, labradores y cuatro quintas partes de los granjeros) asciende a cerca de dos chelines por año, incluyendo sus harapos; por lo cual considero que ningún caballero respingará de pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordito, con el cual, como he dicho, se pueden preparar cuatro platiillos de excelente y nutritiva carne, cuando el caballero tenga sólo a un amigo cercano o a su propia familia para cenar con él. Por eso, el hacendado aprenderá a ser un buen terrateniente y a volverse popular entre sus arrendatarios, la madre generará ocho chelines en ganancias netas y estará disponible para trabajar mientras produce otro niño.

Aquellos que son más ahorrativos (como, debo confesar, los tiempos requieren) pueden despellejar el cuerpo cuya

piel, tratada artesanalmente, hará guantes admirables para damas y botas de verano para caballeros elegantes.

En lo que concierne a nuestra Ciudad de Dublín, habrá que disponer mataderos para este propósito en los sitios más convenientes y estoy seguro de que los carniceros no faltarán. Sin embargo, más bien recomendaría adquirir vivos a los niños y despellejarlos recién matados, como hacemos con los lechones asados.

Una persona muy estimada, un verdadero amante de su país cuyas virtudes tengo en alta estima, hace poco tuvo a bien, al conversar sobre este tema, añadir un detalle a mi plan. Dijo que muchos caballeros de este reino, luego de haber acabado con sus venados, le parecía que la escasez de carne de venado podía ser suplida por los cuerpos de muchachitos y muchachitas que no excedan los catorce años de edad, ni tengan menos de doce; al haber un sinnúmero de miembros de ambos sexos en todas las regiones que se aprestan ahora mismo a morir de hambre por falta de trabajo o servicio. Y que éstos pueden ser vendidos por sus padres, si se hallasen vivos, o bien por sus parientes más cercanos. Pero con el debido respeto para un amigo tan excelente y un patriota tan digno, no puedo del todo coincidir con su opinión; pues en lo que respecta a los machos, mi conocido americano me aseguró que, según su frecuente experiencia, su carne por lo general es dura y magra, como la de nuestros estudiantes, debido al continuo ejercicio y su sabor es desagradable, y que engordarlos no ayudaría a resolver el problema. En lo respectivo a las hembras, sería, creo con humilde sumisión, una pérdida para el público porque pronto podrían convertirse en progenitoras. Además, es probable que cierta

gente quisquillosa considere apto censurar tal práctica (aunque sin duda de manera muy injusta) por ser rayana en la crueldad, cosa que, confieso, siempre ha sido mi más fuerte objeción contra cualquier proyecto, por más bienintencionado que sea.

Pero con tal de justificar a mi amigo, él confesó que esta idea fue puesta en su cabeza por el famoso Salma-naazor, un nativo de la isla de Formosa, quien desde allí vino hasta Londres hace más de veinte años y en conversación con mi amigo le dijo que, en su país, cuando un joven era ejecutado, el verdugo vendía el cuerpo a personas respetables como manjar de primera y que, en su época, el cuerpo de una gorda muchachita de quince años, quien fue crucificada por intentar envenenar al Emperador, fue vendido por pedazos desde la horca al primer ministro de su majestad imperial y otros grandes mandarines por la suma de cuatrocientas coronas. Claro que tampoco puedo negar si se le diera el mismo fin a ciertas muchachillas regordetas de esta ciudad, quienes, sin un penique en sus fortunas, no pueden salir si no es en una silla y aparecen en el teatro y las reuniones ataviadas con galas extranjeras por las que nunca habrán de pagar, éste no sería el peor de los reinos.

Ciertas personas de espíritu abatido están muy preocupadas por esa gran cantidad de gente pobre que se halla envejecida, enferma o lisiada, y se me ha requerido utilizar mi entendimiento para ver qué acciones pueden ser tomadas para aliviar a la nación de tan penosa carga. Pero tal asunto no me acongoja en lo absoluto, pues es bien sabido que cada día mueren y se pudren a causa del frío, la suciedad y las plagas, con la rapidez que

razonablemente se puede esperar. Y en lo que respecta a los jóvenes jornaleros, considero que se hallan en una condición no más esperanzadora. No pueden conseguir trabajo y por consiguiente se consumen por la falta de alimento, al grado de que, si llegan a ser contratados para un empleo ordinario, no tienen la fuerza para realizarlo y es así que el país y ellos mismos son felizmente liberados de los males venideros.

Pero ya he divagado demasiado y ahora es imperativo volver al tema que me ocupa. Pienso que las ventajas de la proposición que he realizado son muchas y evidentes, así como de suma importancia.

Primero: como ya he apuntado, esta proposición disminuiría notablemente el número de papistas con los que nos vemos abrumados año con año, al ser los principales reproductores de la nación así como nuestros enemigos más peligrosos y quienes se quedan en casa a propósito con el fin de entregar el reino al Pretendiente, con la esperanza de tomar ventaja de la ausencia de tantos buenos protestantes, quienes han preferido dejar su país en vez de quedarse y pagar el diezmo al clero episcopal, aun en contra de su conciencia.

Segundo: los arrendatarios más pobres tendrán una propiedad valiosa que por ley puede ser confiscada en caso de emergencia y ayudarles a pagar la renta al terrateniente, hallándose embargado su maíz y su ganado y siendo para ellos el dinero cosa ignota.

Tercero: teniendo en cuenta que la manutención de cien mil niños de dos años en adelante asciende al menos a diez chelines por cabeza al año, el presupuesto nacional se incrementará cincuenta mil libras por año, aunado



al beneficio de un nuevo platillo, introducido a las mesas de todos los caballeros adinerados del reino, quienes tienen cierto refinamiento en sus gustos. Y el dinero circulará entre nosotros, al ser estos bienes producto de nuestra crianza y manufactura.

Cuarto: quienes se reproduzcan de manera constante, además de la ganancia de ocho chelines esterlinos al año por la venta de sus niños, se librarán del lastre de mantenerlos después del primer año.

Quinto: este alimento también podría adoptarse muy bien en las tabernas, donde los taberneros sin duda tendrán la prudencia de procurar las mejores recetas para prepararlo a la perfección. Y por consecuencia, sus locales serán frecuentados por todos los finos caballeros, quienes se precian de su conocimiento de la buena cocina. Por lo que un cocinero talentoso que entienda cómo complacer a sus comensales se las ingeniará para hacerlo tan costoso como le plazca.

Sexto: esto constituiría un excelente incentivo para el matrimonio, el cual todas las naciones sabias han promovido por medio de recompensas o hecho obligatorio con leyes y castigos. Esto incrementaría los cuidados y cariños de las madres hacia sus hijos, cuando se les asegure una pensión vitalicia a los pobres bebés, de algún modo provisto por el público, a manera de una ganancia anual más que como un gasto. Muy pronto veríamos una honesta competencia entre las casadas por cuál de ellas traería al mercado el niño más gordito. Los hombres se volverían tan protectores con sus mujeres durante el embarazo como con sus yeguas o sus vacas preñadas o con su siembra cuando está lista para cosecharse, evitando golpearlas o patearlas

(lo cual es una práctica demasiado frecuente) por temor a que pierdan el producto.

Es posible enumerar muchas otras ventajas. Por ejemplo, la adición de varios miles de piezas para nuestra exportación de carne en toneles. La propagación de la carne de puerco y las mejoras en el arte de producir buen tocino, tan escaso entre nosotros por la gran merma de cerdos, demasiado frecuentes en nuestras mesas, que no pueden compararse en sabor o magnificencia a un niño bien criado de un año que, asado entero, construiría un platillo considerable en el banquete de un Alcalde o en cualquier otra fiesta pública. Pero esta, como muchas otras ventajas, las omito, siendo yo tan propicio a la brevedad.

Suponiendo que mil familias de esta ciudad fueran clientes constantes de la carne de niño, sumados a otros tantos que la consumirían en reuniones festivas, particularmente en bodas y bautizos, calculo que Dublín demandaría anualmente cerca de veinte mil piezas y el resto del reino (donde serían vendidas un poco más baratas) las ochenta mil restantes.

No se me ocurre objeción alguna que se pueda poner en contra de esta proposición, a menos que se alegue que el número de gente se vería bastante disminuido en el reino. Estoy consciente de ello y sin duda fue una de las principales consideraciones al ofrecerla al mundo. Quisiera que el lector note que calculo mi remedio sólo para el Reino de Irlanda y no para cualquier otro que haya estado, esté o, pienso, estará sobre la Tierra. Por lo tanto que nadie me hable de otras alternativas: de gravar a nuestros difuntos cinco chelines por cada libra; de no usar ni manteles ni muebles domésticos, excepto lo que es producido y

manufacturado por nosotros; de rechazar tajantemente los materiales e instrumentos que promueven el lujo extranjero; de abatir el costo del orgullo, la vanidad, la pereza y la afición al juego en nuestras mujeres; de introducir una vena de parsimonia, prudencia y templanza; de aprender a amar nuestro país, en lo que diferimos aún de los laplandeses y los habitantes de Topinambo; de dejar nuestras animosidades y partidismos y dejar de actuar como los judíos, quienes se mataban entre sí mientras su ciudad era tomada; de ser un tanto más cuidadosos de no vender nuestro país y nuestras conciencias por nada; de enseñar a los terratenientes a tener al menos un poco de misericordia para sus arrendatarios. En fin, de inculcar un espíritu de honestidad, esfuerzo y talento en nuestros comerciantes, quienes, si se resolviera ahora que sólo se pueden comprar bienes producidos aquí, se unirían de inmediato para aprovecharse de nosotros con el precio, la medida y la calidad; y no se les convencería de proponer un trato justo, aunque se les invitara a ello con frecuencia y constancia.

Por lo tanto, repito, que nadie me hable de semejantes alternativas, hasta que tenga al menos un pequeño atisbo de esperanza de que habrá algún día una sincera y seria intención de ponerlas en práctica.

Pero yo, luego de haber batallado durante muchos años ofreciendo ideas visionarias vanas y desechadas, y que al final carecieron de éxito, afortunadamente di con esta proposición que, aun siendo completamente novedosa, también tiene algo de sólida y real, sin ningún coste y pocas molestias, por entero en nuestras manos, y con la cual no nos arriesgamos a incordiar a Inglaterra. Pues

este tipo de producto no será exportado debido a que su carne es de consistencia demasiado suave como para admitir una larga conservación con sal, aunque quizá se me ocurre un país que estaría bastante contento de comerse a nuestra nación entera sin ni una pizca.

Después de todo, no estoy tan violentamente aferrado a mi propia opinión como para rechazar cualquier oferta propuesta por hombres sabios, que habrá de ser igual de inocente, barata, fácil y efectiva. Pero antes de que algo semejante sea propuesto en contradicción a mi plan ofreciendo otro mejor, deseo que el autor o autores se complazcan en considerar concienzudamente dos puntos. Primero: dado el actual estado de cosas, cómo harán para hallar comida y vestimenta para cien mil bocas y espaldas inútiles. Y segundo: habiendo un millón exacto de seres humanos por todo el reino, cuya entera subsistencia tomada en conjunto dejaría con una deuda de dos millones de libras esterlinas, añadiendo aquellos que son limosneros de profesión, al grueso de los granjeros, aldeanos y trabajadores, con sus mujeres e hijos que también son, en efecto, limosneros. Deseo que esos políticos, a quienes disgusta mi proposición y quizá sean tan valientes como para intentar una respuesta, le preguntaran a los padres de estos mortales si han pensado hasta este día que hubiera sido un gran alivio haber sido vendidos como alimento a la edad de un año, del modo en que yo propongo y así haber evitado tantas y tantas escenas de desdicha por las que han tenido que pasar a causa de la presión de los terratenientes, la imposibilidad de pagar la renta con dinero o trueque, la necesidad de sustento ordinario, sin casa,

ni ropas para cubrirlos de las inclemencias del tiempo y el inevitable prospecto de heredar semejantes o aún peores miserias a sus vástagos por siempre.

Profeso, desde la sinceridad de mi corazón, que no tengo el más mínimo interés personal en embarcarme en la promoción de este necesario trabajo, ni tengo otro motivo más que el bien público de mi país, al desarrollar nuestro comercio, alimentando a nuestros infantes, aliviando a los pobres y dando algo de placer a los ricos. No tengo niños, por lo que no puedo percibir ni un penique siquiera, al tener el más pequeño nueve años de edad y al haber pasado mi esposa ya la edad fértil.



UN ENSAYO SOBRE

LA NOBLE  
CIENCIA DE LA



AUTOJUSTIFICACIÓN

-

*Maria Edgeworth*





For which an eloquence that aims to vex  
With native tropes of anger arms the sex.

*Parnell*

Dotado, tal como está el bello sexo sin duda, de un genio natural para el invaluable arte de la autojustificación, puede que no le sea desagradable ver su creciente perfección mediante un intento de reducirlo a una ciencia. Al poseer las bellas hijas de Eva una propensión hereditaria, transmitida íntegramente a través de sucesivas generaciones, a ser “pronto heridas por el más mínimo reproche”; unos pocos preceptos y la práctica les permitirán afirmarse en dicho hábito e instruirse en todas las máximas de la autojustificación.

Cándida alumna, usted accederá con presteza a mi primer y fundamental axioma: que una mujer no puede estar equivocada.

Por simple que pueda parecer esta máxima y por adecuada que resulte al nivel del ingenio más inferior, el talento para aplicarla a las más importantes, pero en especial a las más triviales, instancias de la vida doméstica, así como para asegurar la paz privada y el dominio público, hasta ahora ha sido monopolizado por las adeptas femeninas del arte de la autojustificación.

Discúlpenme por insinuar con esta expresión que aún puede haber entre ustedes algunas no iniciadas. A ellas, si las hubiere, es a quienes me dirijo.

Ahora bien, no vaya a ser que movidas por la ambición ustedes lo pierdan todo tratando de abarcar demasiado, permítanme explicar y delimitar mi primer principio: “que ustedes no pueden estar equivocadas”.

Deben tener en cuenta que la perfección verdadera está fuera del alcance de los mortales, y mi objetivo no es que ustedes la pretendan; ciertamente tampoco es en absoluto necesaria para nuestro propósito. Han oído hablar de la creencia establecida en la infalibilidad del Sumo Pontífice, que prevaleció hace no muchos siglos: si al hombre se le permitió ser infalible, no veo ninguna razón por la que el mismo privilegio no debiera extenderse a la mujer; pero los tiempos han cambiado y puesto que la feliz edad de la credulidad ya ha pasado, dejemos las opiniones de los hombres a su perversidad natural. Sus acciones son la mejor prueba de su fe. En lugar de creer en su infalibilidad, esfuércense porque se cumpla una implícita sumisión a su autoridad. Esto les dará a ustedes muchísimos menos problemas e igualmente responderá a su propósito.

Lo correcto y lo incorrecto son, si nos remitimos al origen de las cosas, como los casuistas nos dicen, palabras de muy dudoso significado que están en perpetua variación según las costumbres y modas, y en última instancia ajustadas a ningunos otros estándares salvo los de la opinión y la fuerza. Obtengan poder, entonces, a toda costa: el poder es la ley del hombre, ¡háganlo suyo!

Pero dejando de lado esta frívola disquisición sobre lo correcto, permítanme enseñarles el arte de defender

lo incorrecto. Después de haberles señalado el glorioso fin de su labor, debo ahora instruir las en sus igualmente gloriosos medios.

Para provecho de mi tema, me dirijo principalmente a las señoras casadas; aunque aquellas que aún no tengan la buena fortuna de tener que combatir contra ese enemigo común, un marido, quizá puedan practicar mientras tanto mis preceptos con sus padres, hermanos y amigos; eso sí: con precaución, no vaya a ser que por enseñar sus armas demasiado pronto se despojen a sí mismas del poder de utilizarlas en su máximo beneficio más adelante. Por lo tanto les recomiendo que den preferencia, con moderación filosófica, al futuro más que al presente.

Tímidas novias: es probable que ustedes hasta ahora hayan sido tratadas como ángeles. Prepárense para el momento cuando habrán de volverse mortales de nuevo. Tomen como signo de alarma el primer intento de culparlas; al primer indicio de que se pueda descubrir que son menos que infalibles: contradigan, debatan, justifíquense, recriminen, rabien, lloren, desfallezcan, hagan lo que sea salvo dejarse convencer.

Doy por sentado que ya han adquirido el suficiente dominio de su voz; ustedes no necesitan estudiar su compás; ir más allá de su tono tiene un efecto particularmente feliz en algunas ocasiones. ¿Pero acaso son ustedes tan locuaces como para ahogar todo sentido en un torrente de palabras? ¿Pueden hablar lo bastante fuerte como para superar la voz de todo aquel que tratare de interrumpirlas o contradecirlas? ¿Son amas de los tonos petulantes, irritados y huraños? ¿Han practicado la mordacidad que provoca réplica y la monotonía continua que, al poner a dormir

a su adversario, eficazmente le impide contestar? Eventualidad esta última que siempre debe ser considerada como decisiva para la victoria, o que al menos resulta en una batalla empatada: ustedes y Morfeo dividen su premio.

Preparadas de esta manera para un enfrentamiento, a continuación, si es que aún no lo han hecho, estudiarán el lado débil del carácter de su enemigo, quiero decir: su marido. Si es un hombre de alta cultura, celoso de llevar el mando e impaciente por controlar, si es alguien que decide por sí mismo y se preocupa poco por la locura de prestar atención a lo que dice el mundo de él, entonces deben proceder con extrema prudencia; no se atrevan a provocar al grueso de las fuerzas del enemigo para un enfrentamiento convencional, sino más bien acósenlo con perpetuas escaramuzas malintencionadas; en éstas, aunque ganen poco cada vez, ustedes irán mermando gradualmente la paciencia y quebrantando el espíritu de su oponente. Si se trata de un hombre de cultura, también debe ser generoso; ¿y qué hombre generoso pelearía por pequeñeces con una mujer que se somete a él en todos los asuntos de importancia, que está en su poder, que es débil y que lo ama?

“¿Puede acaso una fuerza superior contender con una inferior?”. No, el espíritu de un león no será inquietado por el insecto fastidioso.

Pero un hombre como el que he descrito, además de ser tan generoso como valiente, probablemente tendrá un temperamento activo: en ese caso ustedes tienen una ventaja inestimable; porque él le dará un valor alto a una cosa que para ustedes no tiene ninguno: el tiempo; él reconocerá la fuerza de sus argumentos sólo por temor de su longitud;

les concederá en lo que respecta a las pequeñeces, particularmente aquellas que no atenten contra su autoridad; pero no por respeto a ustedes, sino a su tiempo; porque, ¿qué hombre puede permitirse debatir tres horas acerca de aquello que bien podría ser decidido en tres minutos?

En caso de que, en medio de la infinita variedad, la dificultad de selección inmediata vaya a dejarlas estupefactas, permítanme señalar que los temas de *gusto* les brindarán, de entre todos los demás, los más amplios e incesantes temas de debate. En este caso no hay criterio al que ustedes puedan apelar. Bajo el mismo principio, considerados junto a las cuestiones de gusto, los puntos de opinión proporcionarán un ejercicio constante a sus talentos. Aquí tendrán la oportunidad de citar las opiniones de todos los vivos y muertos que hayan conocido, además del apreciable privilegio de repetir continuamente: “No, tiene usted que reconocer *aquello*”; o “No puede usted negar *esto*, ya que es la opinión universal”; incluso “¡Todo el mundo lo dice! ¡Todo el mundo piensa así! ¡Me asombra escucharle expresar semejante opinión! ¡Nadie excepto usted piensa de esa manera!” junto a un sinnúmero de otras frases que una ligera atención a la conversación cortés le proporcionará. Este modo de oponer la autoridad al argumento y la afirmación a la prueba, es de utilidad tan universal, que les ruego practicarlos.

Si el punto en disputa fuera alguna opinión relativa a su carácter o disposición reconozcan, en lo general, que ustedes están seguras de tener un gran número de defectos pero a cada cargo específico respondan: “Bueno, estoy segura de que no sé, ¡pero nunca pensé que *ése* fuera uno de mis defectos! ¡Nunca nadie me acusó de eso antes! No,

siempre me destaqué por ser lo contrario; al menos antes de conocerlo, señor; en mi familia siempre me destaqué por lo contrario: pregunte a alguno de mis amigos; a cualquiera de ellos; ellos deben conocerme mejor”.

Pero si en vez de atacar las partes materiales de su carácter, su esposo sólo aparenta referirse a sus modales, a algún hábito personal mínimo que pudiese hacerse más agradable; prueben, en primer lugar, que es culpa de él que no le sea agradable; pregunten quién es más culpable: “aquella que deja de complacer, o aquel que deja de ser complacido”. Sus ojos cambian o se abren. Pero puede haber sido tal vez una cuestión casi de indiferencia hacia él, hasta que ustedes emprendieron su defensa; entonces actúen en consecuencia incrementando su afán, de manera proporcional a la insignificancia de su objeto; si él puede inferir consecuencias, ésta será una excelente lección: si son ustedes tan tiernas como para reprochar las peores insignificancias, ¡cuán implacables habrán de ser en asuntos de importancia! En cuanto a los hábitos personales, comiencen por negar que los tengan; o en el lenguaje paradójico de Rousseau, declaren que la costumbre sola tiene el hábito de no tener ninguno, tal como los hábitos personales, si se han tenido desde hace mucho, deben haberse vuelto involuntarios. Culpar al inconsciente puede reafirmar su inocencia sin comprometer su veracidad.

Sin embargo, si llegan a ser detectadas en el acto y alguien gritara: “¡Ahí está, ahí está, lo estás haciendo!”. Ríndanse, pero declaren en ese mismo momento que es la primera vez en toda su vida que se les ha hallado culpable de tal cosa y que, por lo tanto, no puede ser considerado un hábito y de ningún modo puede ser reprehensible.

Extiendan su furor vindicativo a todos y cada uno de los objetos que les conciernan; incluso tomen objetos inanimados bajo su protección. Su vestido, sus muebles, su propiedad: todo lo que es o ha sido suyo defiéndanlo de acuerdo con los principios de la filosofía más sensata; cada una de estas cosas forma parte de su mérito personal. Todo aquello que, conectado de forma distante con su idea, brinde placer o dolor a otros, se vuelve un objeto de reproche o alabanza, y, por lo tanto, reclama su apoyo o reivindicación.

En el curso de la gestión de su casa, hijos, familia y relaciones, probablemente unos cuantos errores por omisión o comisión pudieren saltar ante la vista penetrante de sus maridos; pero estos errores, admitiendo que lo sean, ustedes nunca, por lo que más quieran, permitirán que sean achacados a deficiencia alguna de memoria, juicio o actividad de su parte.

Sin duda hay bastante gente alrededor de ustedes con quienes dividir y compartir la culpa; remítanla de una persona a otra, hasta que por fin, producto del rechazo universal, se demuestre que no pertenece a nadie. Ustedes dirán, sin embargo, que los hechos permanecen inalterables; y que en algunos casos infortunados, dados los cambios y posibilidades de los asuntos humanos, podría demostrarse que ustedes hayan sido culpables. Pueden aparecer algunas evidencias tenaces en su contra; no obstante ustedes pueden probar una coartada o sopesar dichas pruebas. Nada iguala el sopesamiento de evidencias; la duda es, como ustedes saben, el estado más filosófico de la mente humana y sería amable de su parte

mantener a sus esposos de forma perpetua en este estado de escepticismo.

Siendo éste sin duda el método más corto para negar de forma absoluta todo hecho reprochable, debo recomendarlo a mis pupilas como el mejor; y si al principio de su carrera esta modalidad pudiera sobresaltarlas, es mejor que dependan de ella de modo que su práctica futura les resulte perfectamente familiar. La agradable distinción entre la simulación y la disimulación no depende más que del giro de una sílaba; paliación y extenuación son universalmente admisibles en legítima defensa; la prevaricación inevitablemente viene después y de éstas la falsedad “no es más que el siguiente nivel”.

Y aun así yo no destruiría esta gentileza de conciencia tan pronto. Puede ser de utilidad en su primera exposición, porque deben establecer su credibilidad: en proporción a ésta será determinado el valor de sus futuras aseveraciones.

Mientras tanto, sin embargo, la discusión y el debate le están permitidos al más rígido moralista. Nunca pueden ustedes cometer perjurio al prestar juramento a una opinión falsa.

Sigo ahora con el arte del razonamiento: no se alarmen por el nombre estimadas alumnas, ya les explicaré lo que con ello quiero decir.

Si en lugar del individuo de fiero temperamento antes descrito, por fortuna se hayan ustedes unidas a un hombre que, después de haberse formado una opinión alta del sexo femenino, debe proponerse tratarlas como su igual y que en cualquier pequeño conflicto que pudiera surgir entre ustedes, no deseara otro árbitro que la razón. Triunfen sobre su erróneo candor, recurran de forma regular al arbitrio



de la razón al principio de cada contienda y nieguen luego su jurisdicción en la conclusión. Doy por descontado que ustedes estarán del lado equivocado de cada cuestión, y sin duda, en general, les aconsejo elegir el lado erróneo de un argumento a defender; mientras aún son nóveles en esta ciencia, esto les permitirá el mejor ejercicio y, a medida que mejoren, el mejor despliegue de sus talentos.

Si entonces, razonables alumnas, tuvieran éxito en la discusión, atiendan las siguientes instrucciones.

Comiencen por evitar, si es posible, la declaración específica de cualquier posición o si son obligadas a ello, utilizar los *términos más generales* y tomar ventaja de la ambigüedad que todos los idiomas y que la mayoría de los filósofos admiten. Sobre todas las cosas, eviten las definiciones: serán fatales para ustedes, pues dos personas sensatas y sinceras que definen sus términos, no pueden discutir mucho sin convencer o ser convencidos, o bien salir de allí ambas de buen humor. Para evitar esto, regresen una y otra vez a lo mismo, divaguen tan lejos como sea posible del punto, pero siempre con miras a retornar al final precisamente al mismo lugar del que hayan partido. Cabe señalar que la elección de sus armas es una circunstancia que debe ser bien considerada: elijan siempre aquellas que su adversario no pueda utilizar. Si su esposo es un hombre de ingenio, sin duda ustedes menospreciarán un talento que nunca está conectado con el juicio: en lo que a ustedes respecta, no intenten retar su ingenio.

Pero si se tratara de un hombre de temperamento sobrio, que irá eslabón por eslabón en la cadena de un argumento, síganlo al principio hasta que se torne tan decidido que no perciba si le siguen o no; entonces escúrranse de nuevo a

su propia estación, y cuando, con perversa paciencia, por fin haya llegado al último eslabón de la cadena, con una descarga eléctrica de ingenio háganlo salir de control y derribenlo en un instante. Apóyense en la simpatía de los espectadores, pues por cada uno que pueda entender *razones*, encontrarán diez que admiren el *ingenio*.

Pero si acaso ustedes no fueran bendecidas con “un ingenio ágil”, si la demostración apareciera entretanto ante sus narices, por ningún motivo se alarmen: anticipen el golpe. Mientras que lo tengan aún en su poder, levántense con apropiada magnanimidad y exclamen: “¡Me rindo! ¡Me rindo! ¡Ya! No digamos más del tema; yo también odio pelear por nimiedades. ¡Me rindo!”. Antes de que pueda tener lugar una explicación de la palabra “nimiedad”, salgan de la habitación con aire triunfal.

Si son mujeres sensatas y elocuentes, poseen ventajas que ni siquiera tengo que recordarles. Desde la perspectiva de un hombre, ustedes siempre tienen una vía a su corazón; o si no, a su afecto, a su debilidad. Si tienen la suerte de estar casadas con un hombre débil, elijan siempre el momento para discutir con él cuando tengan una audiencia completa. Confíen en el poder sublime de las masas; les será de utilidad incluso para estimular su propio entusiasmo durante el debate; luego, a medida que avance la escena, hablen de la crueldad de su marido y de su propia sensibilidad, y rematen “acongojándose” en el *pathos* de la inocencia herida.

Además del corazón y la debilidad de su oponente, tienen otra oportunidad alterando su temperamento, cosa que, durante el curso de una conversación larga, tendrán la justa ocasión de intentar. Y si, dado que los

filósofos suelen caldearse en defensa de la verdad, él se pusiera absolutamente furioso, ustedes se irán calmando en igual proporción y se sorprenderán por su ira, aunque bien sepan que ha sido creada por su propia provocación. Los curiosos, al ver su ira sin causa adecuada, se pondrán del lado de ustedes.

Nada provoca a un hombre irascible, interesado en el debate y en posesión de una opinión sobre su propia elocuencia, tanto como ver que la atención de sus oyentes se aparta de él: entonces ustedes, cuando se halague a sí mismo por haber conseguido captar su atención con su *mejor* argumento, deberán mostrarse ausentes: los asuntos de la casa los requerirán; o tendrán instrucciones que dar a sus hijos; o la habitación estará demasiado caliente o demasiado fría: habrá que abrir la ventana o cerrar la puerta o la vela requerirá ser apagada. No, sin estas interrupciones, el simple movimiento de sus ojos provocará a su interlocutor; una mariposa o una figura en la alfombra podrá captar su atención más que él. El simple hecho de apartar la vista, mirando a través de la ventana en busca de objetos en el exterior, mostrará que su atención no ha sido atraída y al menos manifestará su deseo de no prestar atención. Él podría, sin embargo, haber perdido el hábito de mirarlas a los ojos en busca de aprobación. En ese caso, pueden asaltar su oído. Si fallan todos los demás recursos, entonen con sus pies esa marcha fúnebre de los espíritus, ese incesante tamborileo, que tan bien merece su nombre. Maravillosa debe ser la paciencia del hombre estoico a quien éstos u otros artilugios no logren provocar. Pequeñas causas a menudo producen grandes efectos; el simple rascar de un zapapico, correctamente

aplicado a ciertas vetas en una mina, causará las más terribles explosiones.

Hasta ahora sólo nos hemos dedicado a enseñarles la defensiva: déjenme ahora recomendarles la parte ofensiva del arte de la justificación. Como complemento al razonamiento viene la recriminación: el placer de probar que tienen razón sin duda está incompleto hasta que hayan demostrado que su adversario está equivocado; puede que esto haya sido secundario, por lo que ahora deben dejarlo convertirse en un objeto primario. Basen su propia defensa en esto para mayor seguridad: ya no se les considerará obligadas ni a negar, paliar, argumentar o reclamar, sino sólo a justificarse ustedes mismas incriminando al otro. Todo mérito, como saben, es juzgado por comparación. En el arte de la recriminación, su memoria les será de la mayor utilidad, pues abrirán y mantendrán una cuenta corriente de todas las fallas, errores, descuidos, crueldades de aquellos con quienes viven. Todos éstos serán contrastados con los de ustedes: no necesito decirles que el balance siempre les será favorable. Al plantear cuestiones de opinión, pronuncien las palabras que esa mismísima persona haya dicho días, meses, años atrás, en contradicción con lo que esté diciendo en ese momento. Al desplazar y dislocar palabras y frases, al malinterpretar el conjunto o al citar sólo una parte de lo dicho, ustedes pueden condenar a cualquier hombre por inconsistencia, en particular si es un hombre culto y sensible; dado que él habla generalmente desde el impulso del momento y de todas las cosas la que menos puede soportar es ser acusado con paradojas. Todo esto en lo respectivo a los esposos.

Recrimir es también de soberana utilidad en las peleas entre amigos; ningún amigo es tan perfectamente estable, ni tan entusiasta en afecto o tan atento en los detalles, como para jamás ofenderse. Por eso pongan en evidencia sus defectos y aprovéchense de ellos a conciencia. Digan que pueden perdonar, pero nunca pueden olvidar; y sin duda es mucho más generoso perdonar y recordar, que perdonar y olvidar. En cada nueva alarma, invoquen a los fantasmas insepultos de anteriores campos de batalla; ordénenlos en tremendo despliegue e invóquenlos uno por uno a prestar testimonio en contra de la conciencia de su enemigo y antes de comenzar la batalla quítenle todo el valor para combatir.

Debo hacerles notar que existe un caso específico en el que la recriminación tiene peculiar emotividad. Si ustedes han tenido el poder de conferir obligaciones sobre alguien, nunca dejen de recordárselo: háganlos sentir que ustedes han adquirido un derecho inapelable a reprochárselos sin dejar lugar a réplica alguna. Es máxima de algunas personas sentimentales tratar a sus sirvientes como si fueran sus amigos en problemas. (He notado que las personas de esta índole expían esta conducta tratando a sus amigos en problemas como si fueran sus sirvientes).

Apliquen esta máxima: pueden hacerlo de mil maneras, especialmente cuando se hallen acompañadas. En la conversación general, donde se supone que cada quien sostiene su posición, si alguno de sus humildes acompañantes se atreve a aventurar una opinión contraria a la suya y debe comenzar modestamente con un “yo pienso que...”; mírenlo como hizo aquel hombre que dijo a su sirviente: “¿Usted piensa, señor? ¿Qué asunto tiene usted que pensar?”.

Nunca teman perder un amigo debido a los hábitos que les recomiendo: como a menudo habrán oído decir, las reconciliaciones son el cemento de la amistad; por lo tanto, los amigos deben pelear para reforzar sus lazos y ofenderse entre sí sólo por el placer de reconciliarse.

Les ruego me disculpen por divagar: estaba, creo, hablando de sus maridos, no de sus amigos (me he apartado mucho del camino).

Si en sus debates con sus maridos quisieran “elocuencia para irritarlos”, la sosa prolijidad de su narración, aunada a la quejumbrosa monotonía de voz que antes recomendé, suplirá a la elocuencia y tendrá el efecto deseado: Morfeo se mostrará propicio; entonces, justo cuando el encanto soporífero comience a surtir efecto, despiértenlo con interrogatorios, tales como: “¿No habías dicho eso? ¿No te acuerdas? ¡Respóndeme eso y ya!”.

Por cierto, los interrogatorios dispuestos de forma ingeniosa siempre podrán conducir a un razonador incauto, como saben, a la conclusión deseada por ustedes.

Además de la paciencia, la filosofía y otras cosas buenas que Sócrates aprendió de su esposa, tal vez ella le enseñó este modo de razonamiento.

Pero, después de todo, los preceptos de este arte, e incluso la susceptibilidad natural de sus temperamentos, poco les servirá en lo sublime de nuestra ciencia si no controlan ese ávido entusiasmo que las hará meterse en el papel que actúan; esa feliz imaginación que puede hacerlas creer todo cuanto teman y todo cuanto inventen.

¿Quién de entre ustedes no podrá o no intentará justificarse al ser acusada? ¡Talento vulgar! Lo sublime de nuestra ciencia es justificarnos antes de ser acusadas. Ni

el reptil más vil se queda sin reaccionar al ser pisoteado; pero aquellas especies que han sido dotadas de antenas son más nobles y sensatas, pues perciben y se retiran ante el distante acecho del peligro. Permítanme otra alusión: los símiles nunca estarán demasiado atiborrados para el gusto femenino, y la analogía, me han dicho, mis queridas alumnas, es su modo favorito de razonamiento.

La planta sensible es una alusión demasiado vulgar; pero si podemos fiarnos de la veracidad de los naturalistas modernos, hay una planta que, en lugar de retroceder con timidez ante el toque intruso, arroja con furia sus jugos venenosos a todo aquel que se atreve a meterse con ella: ¿No creen que esta planta sería su emblema más adecuado?

Permítanme, sin embargo, recomendarle, mis buenas almas, a aquellas que como las mimosas “temen a la nube negra y sienten la tormenta avecinarse”, que tomen las máximas precauciones, no vaya a ser que esa misma susceptibilidad que ustedes valoran como el más estimable medio para atormentar a otros se torne sin darse cuenta en un tormento para ustedes mismas.

Distingan, entonces, entre sensibilidad y susceptibilidad; entre la ansiosa diligencia por no ofender y el afán capcioso de la vanidad por demostrar que la ofensa no debió recibirse; distingan entre el deseo de alabanza y el horror de la culpa: ¿pueden dos cosas ser más distintas entre sí que el deseo de mejorar y el deseo de demostrar que ustedes nunca han tenido la culpa?

Nótese que sólo pretendo que sean capaces de distinguir estas cosas en su propia mente. De ningún modo les aconsejaría que abandonen la loable práctica de confundirlas perpetuamente al hablar a los demás.

Cuando casi hayan agotado la paciencia humana en explicar, justificar y reivindicar; cuando a pesar de todos los dolores que hayan soportado, ustedes hayan traicionado un tanto su vanidad; cuentan con un recurso infalible, que al mismo tiempo rinde tributo a la vanidad de su oponente, y es el siguiente:

“Estoy segura que usted es sensible al hecho de que yo jamás padecería tanto justificándome si fuera indiferente a su opinión. Sé que no debería molestarme por semejantes pequeñeces, pero nada de lo relativo a usted es pequeñez para mí. Confieso que siempre estoy demasiado ansiosa por complacer; sé que es un fallo, pero no puedo curarme de él ahora mismo. La sensibilidad a flor de piel, estoy consciente, es un defecto de mi personalidad; sería más feliz si fuera más indiferente, lo sé”.

¿Quién podría ser tan brutal como para culpar a tan amable, tan cándida criatura? ¿Quién no se dejaría atormentar con gentileza?

Una vez que su presa acceda a ser halagado por tales argumentos, su poder se ha consolidado; sus triunfos futuros se pueden limitar solamente por su propia moderación, estarán a la vez asegurados y justificados.

No se abstengan entonces, mis felices alumnas; sino que, al llegar a la cúspide de su poder, den rienda suelta a su genio, sin confiar sólo en éste: para ejercer su dominio privilegiado en toda su extensión, deben adquirir, o más bien deben fingir haber adquirido habilidades infalibles en el noble arte de la fisionomía. De inmediato tanto los pensamientos como las palabras de sus víctimas quedarán expuestas a su escrutinio.



Las palabras pueden adularlas, pero el semblante jamás las puede engañar; los ojos son las ventanas del alma y a través de ellos verán lo que pasa en los recovecos más íntimos del corazón. Si allí discernieren los más mínimos indicios de duda, culpa o desagrado; si descubrieren los más mínimos síntomas de disgusto, al instante considérenlo un signo de alarma. Los conquistadores deben mantener sus conquistas y cuán fácilmente puede hacerlo quien sostiene una correspondencia secreta con las mentes de los vencidos. Sean, por lo tanto, sus propios espías; de las miradas, los gestos, de los movimientos más leves de sus enemigos deberán formar un alfabeto, un lenguaje inteligible sólo para ustedes mismas, con el que habrán, no obstante, de condenarlos, recordando siempre que en política sería la sospecha justifica el castigo. En vano, cuando acusen a sus amigos de esa alta traición que es culparlas a ustedes, en vano permítanles declararse inocentes, incluso de la intención. “No dijeron acaso una palabra que podría ser torcida en ese sentido”. No, “pero buscaron dagas, aunque ninguna usaron”.

Y de esto serán ustedes el único juez, aunque haya cincuenta testigos de lo contrario.

¿Cómo podrían conocer los indiferentes espectadores el semblante de su amigo tan bien como ustedes, ustedes que tienen un interés más cercano y cariñoso de interesarse por él? Tan precisas han sido sus observaciones que ningún pensamiento en sus almas escapa de ustedes; no, muchas veces pueden incluso adivinar lo que están a punto de pensar.

La ciencia de la adivinación sin duda merece su atención; más allá del pasado y el presente, les permitirá

extender su dominio sobre el futuro; de palabras simples, frases inconclusas, del silencio mismo, habrán ustedes de extraer sus presagios y augurios.

“Sé lo que iba usted a decir”; o “Sé que tal cosa era una señal de su inclinación a disgustarse conmigo”.

En el ardor de la inocencia, el acusado, con tal de exculparse de tales imputaciones, incurre en la imputación de un delito mayor. Intentará probar que estaban equivocadas, probar que él no podría haber tenido la intención de culparlas, dirá que, al momento que ustedes mencionan, ustedes eran completamente ajenas a sus pensamientos, que para nada estaba él pensando en ustedes.

Entonces tendrán en verdad derecho a enojarse. Para autojustificadoras como ustedes, ésta es la máxima ofensa. Al poseer la firme opinión de que todas las personas, en todo momento, en todas las ocasiones, se refieren sólo a ustedes, ¿no es menos mortificante descubrir que se haya pensado mal de ustedes que el hecho de que ni siquiera se les haya considerado? “La indiferencia, como saben, mis sentimentales pupilas, es más fatal para el amor incluso que el odio”.

Así, mis queridas alumnas, he procurado proporcionar preceptos adaptados a la demostración de sus múltiples talentos; pero si hubiera algunas entre ustedes que no tuvieran talentos, que no pudieran argumentar ni persuadir, que no tuvieran ni sentimiento ni entusiasmo, entonces debo, de hecho, felicitarlas. Ellas están particularmente calificadas para la ciencia de la autojustificación. La naturaleza benévola, a menudo incluso en la debilidad, prevé la protección de sus criaturas; la justa Providencia,

en tanto protectora de la estupidez, la ha envuelto con la impenetrable coraza de la obstinación.

¡Bellas idiotas! Dejen a las mujeres sensatas, ingeniosas, sensibles, triunfar en sus diversas artes; las de ustedes son superiores. El imperio de ellas, tan absoluto como a veces pueda ser, está permanentemente sujeto a revoluciones repentinas. Con ellas, un hombre tiene alguna posibilidad de debatir en igualdad de condiciones; con una tonta no tiene ninguna. ¿Tienen ellas corazón y entendimiento? Entonces el primero puede ser conmovido o el otro, en algún desafortunado momento, convencido; incluso en su mismo poder radica su mayor peligro. No sucede así con ustedes. En vano dejen al más sincero del sexo masculino intentar razonar con ustedes; que comiencen con: “Ahora, querida, sólo escucha a la razón”, frénenlo de golpe con un: “No, querido, sabes, no pretendo razonar; yo sólo digo que ésa es mi opinión”.

Déjenlo seguir demostrando que la de ustedes es una opinión errónea, pues están preparadas para reconocerlo mucho antes de que él lo quisiera. “Ustedes reconocen que podría ser una opinión equivocada; pero sigue siendo su opinión”. No la sostengan en lo más mínimo porque crean que sea correcta o incorrecta, sino simplemente porque es suya. Al haber estado expuestas a la humillación perpetua de ser convencidas, la naturaleza parece amablemente haberles negado toda percepción de la verdad o al menos todo sentimiento de placer por la percepción.

Con una humildad admirable, ustedes se contentan igualmente por estar del lado correcto como del incorrecto; responden a todo lo que se les pueda decir con una provocativa humildad de aspecto.

“Sí, no dudo que lo que dice usted puede ser muy cierto, pero no lo sabría decir; no me creo capaz de juzgar sobre estos temas; estoy segura que usted debe saberlo mucho mejor que yo. No pretendo decir más que su opinión es muy justa; pero admito que soy de un distinto modo de pensar; siempre he pensado así y siempre lo haré”.

Si un hombre con temperamento perseverante les dijera que está listo para adoptar el sentir de ustedes, si tan sólo se los explicaran; si él suplicara conocer la razón de su opinión: no, no pueden dar ninguna razón. Permítanle instarlas a decir algo para defender su opinión: no; como la Reina Ana, ustedes sólo repetirán lo mismo una y otra vez o guardarán silencio. El silencio es el ornamento de su sexo; y en el silencio, si no hay sabiduría, al menos hay seguridad. Podrán, entonces, si les place, según su costumbre, sentarse a escuchar todos los intentos por explicar y hablar con una fija inmutabilidad de postura y una sordera predeterminada de ojos, que dejará a su oponente completamente impaciente; no obstante, al perseverar con la misma suficiencia complaciente de semblante, deberán persuadir en parte a las personas de que podrían hablar si así lo quisieran. Deberán dejarlas con la duda por medio de esa auténtica falta de significado, “que causa más perplejidad que el ingenio”; incluso porque no pueden concebir el exceso de su estupidez, realmente comenzarán a creer que son ellos los estúpidos. La ignorancia y la duda son abuelas de lo sublime.

Su adversario, al encontrarlas impermeables a los argumentos, quizá tratará con el ingenio: pero “los relámpagos apenas atinan a jugar sobre el hielo impasible”. Su elocuencia o su bondad servirán de menos cuando,

cediendo ante ustedes después de una larga arenga con la que esperara complacerlas, ustedes responderán sin duda con la mayor propiedad “que están muy tristes de que él les haya rendido su juicio; que él es muy bueno; que están muy agradecidas con él; pero que, en cuanto al punto en disputa, es un tema que les es completamente indiferente; por parte de ustedes, no tienen elección alguna al respecto; le suplicarán que haga lo que le dé la gana; saben ustedes que el deber de una esposa es someterse; pero que, sin embargo, esperan tener una *opinión* propia”.

Recuerden que todos estos discursos perderán más de la mitad de su efectividad si no se acompañan con la mirada vacía, la sonrisa insípida, el aspecto pasivo de lo humildemente perverso.

Mientras escribo, nuevos preceptos se agolpan en mi memoria; pero el tema es inagotable. Lo dejo con pesar aunque completamente al tanto de mi intención de haber instruido a aquellas que, mientras leen, sonreirán con la conciencia de sus poderes superiores. ¡Adiós, entonces, mis bellas lectoras! ¡Largo tiempo prosperen en la práctica de un arte peculiar de su sexo! ¡Que mantengan dominio incuestionable tanto en casa como fuera! ¡Y que durante mucho tiempo se arrepientan sus maridos de la hora cuando por primera vez las hicieron comprometerse “a obedecer”!



PLUMA, LÁPIZ Y VENENO



Un estudio en verde.

—

*Oscar Wilde*





Ha sido constante tema de reproches contra artistas y literatos su falta de integridad y plenitud de naturaleza. Por regla esto debe ser así necesariamente. Esta concentración de visión e intensidad de propósito que es característica del temperamento artístico, es en sí misma un modo de limitación. Para aquellos preocupados por la belleza de la forma, ninguna otra cosa parece más importante. Aun así hay muchas excepciones a esta regla. Rubens sirvió como embajador y Goethe como consejero de estado, Milton como secretario de latín para Cromwell. Sófocles tuvo un puesto cívico en su propia ciudad; los humoristas, ensayistas y novelistas de la América moderna no parecen desear nada más que convertirse en representantes diplomáticos de su país; y el amigo de Charles Lamb, Thomas Griffiths Wainewright, protagonista de estas breves memorias, aunque de un temperamento extremadamente artístico, sirvió a muchos otros amos además del arte, pues no sólo fue poeta y pintor, crítico de arte, anticuario y prosista, amante de las cosas bellas y un diletante de los deleites, también fue un falsificador de no pocas ni ordinarias

capacidades y un sutil y secreto envenenador casi sin rival en esta o ninguna otra época.

Este hombre notable, tan poderoso con “la pluma, el lápiz y el veneno”, como un gran poeta de nuestro tiempo bien dijo de él, nació en Chiswick en 1794. Su padre era el hijo de un distinguido abogado de Gray’s Inn y Hatton Garden. Su madre fue hija del célebre Dr. Griffiths, el editor y fundador de la *Monthly Review*, socio en otra especulación literaria de Thomas Davis, el famoso librero de quien Johnson dijo que no era librero sino “un caballero que trataba con libros”, amigo de Goldsmith y Wedgwood y uno de los hombres más reconocidos de su tiempo. La señora Wainewright murió al darlo a luz a la temprana edad de veintiuno y en un obituario de la *Gentleman’s Magazine* se nos informa de su “amigable disposición y numerosos logros” y se añade de forma un tanto curiosa que “se cree que comprendió los escritos del Sr. Locke tan bien como cualquier persona viviente de cualquier sexo”. Su padre no sobrevivió la muerte de su joven esposa por mucho tiempo y el pequeño al parecer fue recogido por su abuela y, a la muerte de ésta última en 1803, por su tío George Edward Griffiths, a quien más tarde envenenaría. Pasó su niñez en Linden House, Turnham Green, una de esas tantas bellas mansiones georgianas que infortunadamente han desaparecido a causa de los estragos de los constructores suburbanos. A sus agradables jardines y su bien tupido parque les debe ese simple y apasionado amor por la naturaleza que nunca lo abandonó a lo largo de su vida y que lo hizo tan peculiarmente susceptible a las influencias espirituales de la poesía de Wordsworth. Asistió a la escuela en la academia de Charles Burney en Hammersmith. El

Sr. Burney era hijo del homónimo historiador de la música y pariente cercano del muchacho artista que estaba destinado a volverse su pupilo más notable. Parece haber sido un hombre con mucha cultura y en los años posteriores el Sr. Wainewright seguido hablaba de él con mucho afecto en tanto filósofo, arqueólogo y admirable profesor que, al valorar el lado intelectual de la educación, no se olvidó de la importancia de la formación moral a temprana edad. Fue bajo la tutela del Sr. Burney que comenzó a desarrollar su talento como artista y el Sr. Hazlitt nos dice que uno de los cuadernos de dibujo que usaba en la escuela aún sobrevive y muestra un gran talento y sensibilidad natural. Claro está que la pintura fue el primer arte que lo fascinó. No fue hasta mucho después que buscó expresarse a través de la pluma o el veneno.

Antes de esto, no obstante, parece haberse dejado llevar por las pueriles ensoñaciones del romance y la caballería de la vida militar, y se convirtió en joven guardia. Pero la desenfrenada y disipada vida de sus compañeros no satisfizo el refinado temperamento artístico de quien estaba hecho para otras cosas. En poco tiempo se aburrió del servicio militar. “El arte”, nos dice, en palabras que aún conmueven a muchos por su ardiente sinceridad y su extraño fervor, “el arte movió al renegado en mí; y por su pura y superior influencia fueron purgados los nocivos vahos; mis sentimientos, resecos, ardientes y sin lustre, fueron renovados con un florecer fresco y nuevo, sencillo y bello para aquellos de corazón simple”. Pero el Arte no fue la única causa de su cambio. “Los escritos de Wordsworth”, continúa diciendo, “sirvieron mucho para calmar el remolino que necesariamente resulta de las mutaciones súbitas.

Lloré sobre ellos lágrimas de alegría y de gratitud”. En consecuencia dejó el ejército y las durezas de la vida en las barracas y los rudos chismorreos de los comedores, y regresó a Linden House, lleno de este recién nacido entusiasmo por la cultura. Una severa enfermedad que, usando sus propias palabras, lo “rompió como una vasija de arcilla”, lo postró en cama por un tiempo. Su estructura delicadamente urdida, aún a pesar de lo indiferente que pudiera haberle sido infligirle dolor a otros, era profundamente sensible al dolor. Se encogió de sufrimiento como una cosa que estropeaba y mutilaba la vida humana, y parece haber deambulado a través de ese terrible valle de melancolía del que muchos grandes espíritus, quizá más grandes que el suyo, nunca fueron capaces de escapar. Pero era joven —sólo veinticinco años de edad— y pronto pasó de las “oscuras aguas muertas”, como él las llamó, a los amplios aires de la cultura humanística. Mientras se recuperaba de la enfermedad que casi lo condujera hasta las puertas de la muerte, concibió la idea de abordar la literatura como arte. “Siguiendo a John Woodvil dije”, exclama, “sería una vida de dioses estar en semejante facción”, ver y escuchar y escribir cosas grandiosas:

Estos altos y violentos deleites de la vida  
no hallan mengua en la mortalidad.

Es imposible no sentir que en este pasaje hallamos la sentencia de un hombre que tuvo una auténtica pasión por las letras. “Ver y escuchar y escribir cosas grandiosas”, ése era su fin.

Scott, el editor de la *London Magazine*, sorprendido por el genio de aquel joven o bajo la influencia de la extraña fascinación que éste ejercía sobre todo aquel que lo conociera, lo invitó a escribir una serie de artículos sobre temas artísticos y con una serie de seudónimos imaginativos comenzó a contribuir a la literatura de su tiempo. Janus Weathercock, Egomet Bonmot y Van Vinkvooms fueron algunas de las grotescas máscaras tras las que eligió ocultar su seriedad o revelar su frivolidad. Una máscara nos dice más que una cara. Estos disfraces intensificaban su personalidad. En un tiempo increíblemente corto parece haber dejado su huella. Charles Lamb habla del “gentil, desenfadado Wainewright” cuya prosa es magistral. Supimos que recibió a Macready, John Forster, Maginn, Talfourd, Sir Wentworth Dilke, al poeta John Clare, entre otros, en *un petit-dîner*. Al igual que Disraeli, estaba decidido a sorprender a la ciudad como dandi y sus preciosos anillos, su fistol con su camafeo antiguo y sus guantes de cabritilla color limón pálido eran bien conocidos y de hecho Hazlitt los consideraba signos de unas nuevas maneras en la literatura, mientras que su abundante cabello rizado, ojos bellos y exquisitas manos blancas le otorgaban la encantadora y peligrosa distinción de ser distinto a los demás. Había en él algo del Lucien de Rubempré de Balzac. Por momentos nos recordaba a Julien Sorel. De Quincey lo vio una vez. Fue en una cena en casa de Charles Lamb. “En medio de la concurrencia, todos literatos, se sentaba un asesino”, nos dice y procede a describir cómo había estado enfermo aquel día y odiando cualquier rostro de hombre o mujer y que aun así se encontró observando con interés intelectual a aquel joven al otro lado de la mesa,

detrás de cuyas maneras afectadas le parecía que yacía tanta sensibilidad sincera, y especula sobre cuánto habría aumentado su interés, aunque de distinta índole, de haber sabido el terrible pecado del que aquel invitado, a quien Lamb prestaba tanta atención, era culpable aún entonces.

Su obra cabe naturalmente dentro de las tres categorías sugeridas por el Sr. Swinburne y en parte puede admitirse que, si ponemos de lado sus logros en la esfera del veneno, lo que nos ha legado apenas justifica su reputación.

Pero sólo es el filisteo quien busca valorar a un personaje por la vulgar prueba de su producción. Este joven dandi buscó ser alguien, más que hacer algo. Reconoció que la Vida misma es un arte y tiene tantos estilos como las artes que buscan expresarla. Es por esto que su obra no carece de interés. Se dice que William Blake se detuvo delante de una de las pinturas de Wainewright en la Academia Real y declaró que era “muy buena”. Sus ensayos preconizaban muchas cosas de las que luego nos dimos cuenta. Parece haber anticipado algunos de esos accidentes de la cultura moderna que son considerados por muchos como auténticos imprescindibles. Escribe sobre *La Gioconda*, los primeros poetas franceses y el Renacimiento italiano. Ama las gemas griegas, las alfombras persas y las traducciones isabelinas de *Cupido y psique* y la *Hypnerotomachia*, así como la encuadernación, las ediciones antiguas y las pruebas de impresión con amplios márgenes. Muestra una profunda sensibilidad hacia el valor de los entornos bellos y nunca rehúye a describirnos las habitaciones en que ha vivido o en las que le habría gustado vivir. Profesaba un curioso amor por el verde, que en los individuos es señal de un sutil temperamento artístico

y en las naciones se dice que denota laxitud, si no una decadencia de la moral. Al igual que Baudelaire, le tenía mucho cariño a los gatos y emulando a Gautier, le fascinaba aquel “dulce monstruo de mármol” de ambos sexos que aún podemos ver en Florencia y en el Louvre.

Por supuesto que en muchas de sus descripciones y sus sugerencias de decoración deja entrever que no pudo liberarse por completo del gusto falso de su época. Pero está claro que fue uno de los primeros en reconocer lo que es, sin duda, la auténtica clave del eclecticismo estético y con esto me refiero a la verdadera armonía de todas las cosas que son realmente bellas sin reparar en épocas o lugares, en escuelas o estilos. Notaba que al decorar una habitación, no para exhibición sino para vivir en ella, nunca debemos pretender una reconstrucción arqueológica del pasado, ni agobiarnos por una caprichosa necesidad de precisión histórica. En esta percepción artística estaba totalmente en lo cierto. Todas las cosas bellas pertenecen a la misma edad.

Y por eso en su biblioteca privada, tal como nos la describe, hallamos la delicada urna griega de arcilla, con sus figuras exquisitamente pintadas y un borroso *καλός* finamente trazado en un costado; y detrás de ésta cuelga un grabado de la *Sibila de Delfos* de Miguel Ángel o el *Concierto campestre* de Giorgione. Por acá un poco de mayólica florentina y por allá una tosca lámpara de alguna antigua tumba romana. Sobre la mesa descansa un libro de horas “protegido por una portada recubierta de plata sólida y adornada con pequeños brillantes y rubíes”, y no muy lejos de allí “se agazapa un pequeño y feo monstruo, un Lar, quizá, desenterrado en los soleados campos de la

Sicilia de los maizales”. Algunos broncees antiguos de color ocre contrastan “con el pálido brillo de dos nobles Cristos crucificados, uno tallado en marfil y el otro moldeado con cera”. Tiene sus charolas de gemas escocesas de Tassie, su pequeña bombonera Luis XIV con una miniatura de Petitot, sus tan apreciadas “teteras para galletas, ornadas de filigranas”, su maletín de tafilete color amarillo verdoso y su silla color “verde pomona”.

Uno puede imaginárselo sentado en medio de sus libros, sus artesanías y sus grabados, un auténtico virtuoso, un sutil conocedor, inclinándose sobre su fina colección de Mare Antonios y su “Liber Studiorum” de Turner, de quien fue un cálido admirador, o examinando con lupa algunas de sus antiguas gemas y camafeos, “la cabeza de Alejandro Magno en un ónix de dos estratos” o “aquel soberbio *altissimo* relieve en cornalina, Júpiter Aegiochus”. Siempre fue un gran aficionado de los grabados y nos da algunas sugerencias muy útiles sobre los mejores modos para formar una colección. Ciertamente, aunque apreciaba muy bien el arte moderno, nunca perdió de vista la importancia de las reproducciones de las grandes obras maestras del pasado, y todo lo que nos dice sobre el valor del vaciado en yeso resulta admirable.

Como crítico de arte se interesaba antes que nada por las impresiones complejas producidas por una obra de arte, pues es cierto que el primer paso en una crítica estética está en la toma de conciencia de las propias impresiones. No le importaban mucho las discusiones abstractas sobre la naturaleza de lo Bello y el método histórico, que desde entonces ha rendido tan ricos frutos, no pertenecía a su época, aunque jamás perdió de vista la gran verdad



de que la primera atracción ejercida por el arte no es ni sobre el intelecto ni sobre las emociones, sino puramente sobre el temperamento artístico, y en más de una ocasión apunta que este temperamento, este “gusto”, como lo llama, al ser guiado y perfeccionado de forma inconsciente por el contacto con las mejores obras, al final se convierte en una forma de buen juicio. Por supuesto que existen modas en el arte tal como hay modas en el vestir y quizá ninguno de nosotros pueda liberarse del todo de la influencia de las costumbres y de la novedad. Ciertamente Wainewright no pudo y reconoce con franqueza lo difícil que es formarse una opinión justa de la obra de nuestros contemporáneos. Aunque, en conjunto, su gusto era bueno y sensato. Admiraba a Turner y Constable en un tiempo en que no se les valoraba como hoy en día y notó que en lo respectivo al más supremo arte paisajístico requerimos más que “mera diligencia y transcripción precisa”. Sobre la “Escena pagana cerca de Norwich” de Crome afirma que muestra “lo mucho que una observación sutil de los elementos, en sus condiciones salvajes, logra en una escena muy poco interesante” y del popular estilo de paisaje de su tiempo dice que es una “simple enumeración de colinas y valles, manchas de vegetación, arbustos, agua, prados, cabañas y casas; poco más que topografía, un gentil mapeo pictórico en el cual los arcoíris, las lluvias, las neblinas, los halos, los grandes rayos solares cayendo a través de nubes clareadas, las tormentas, la luz de las estrellas, todos los materiales más valiosos del verdadero pintor, están ausentes”. Sentía un enfático desdén por las obviedades y los lugares comunes en el arte y aunque le encantaba divertir a David Wilkie en la cena, le importaban tan

poco sus pinturas como los poemas del Sr. Crabbe. No simpatizaba con las tendencias imitativas y realistas de su época y nos dice con franqueza que su gran admiración por Fuseli se debía en gran medida al hecho de que el pequeño suizo no consideraba necesario que el artista pintara sólo lo que ve. Las cualidades que buscaba en una pintura eran la composición, belleza y dignidad del trazo, riqueza de color y poder imaginativo. Por otro lado, Wainewright no era un doctrinario. “Sostengo que ninguna obra de arte puede ser juzgada por otras leyes que no sean las que se deducen de ella misma: si es o no consistente consigo misma, ésa es la cuestión”. Éste es uno de sus excelentes aforismos. Y al criticar a pintores tan diferentes como Edwin H. Landseer y John Martin, Thomas Stothard y William Etty, demuestra que, utilizando una frase ya clásica, está intentando “ver el objeto como realmente es en sí mismo”.

Sin embargo, como ya antes apunté, nunca se sintió cómodo con su crítica de las obras de su tiempo. “El presente”, dice, “me resulta casi tan confuso como una primera lectura de Ariosto... las cosas modernas me deslumbran. Tengo que verlas a través del telescopio del Tiempo. Elia se queja de que para él el mérito de un poema manuscrito resulta incierto; ‘la imprenta’, como muy bien dice, ‘lo asienta’. El paso de una cincuentena de años hace lo mismo con una pintura”. Es más feliz cuando escribe sobre Watteau y Lancret, sobre Rubens y Giorgione, sobre Rembrandt, Corregio y Miguel Ángel; el más feliz del mundo cuando escribe sobre asuntos de la Grecia antigua. Lo gótico lo afectó muy poco, pero siempre estimó el arte clásico y el arte renacentista. Vio que nuestra escuela inglesa podría enriquecerse de un

estudio de los modelos griegos y nunca rehúye a señalar a los jóvenes estudiantes las posibilidades artísticas que dormitan en los mármoles y los métodos de trabajo helénicos. Sus juicios sobre los grandes maestros italianos, dice De Quincey, “manifestaban un tono de sinceridad y de sensibilidad innata, como de aquel que habla de propia voz y no se limita a copiar de los libros”. El elogio más alto que podemos hacerle es que intentó revivir el estilo como una tradición consciente. Pero vio que ninguna cantidad de conferencias y congresos sobre arte o de “planes para desarrollar las bellas artes” podrá conseguir jamás este resultado. El pueblo, dice con mucha sabiduría y con el verdadero espíritu de Toynbee Hall, debe siempre tener “los mejores modelos constantemente frente a sus ojos”.

Como era de esperar de un pintor, suele ser extremadamente técnico en sus críticas de arte. De *San Jorge liberando a la princesa egipcia del dragón* de Tintoretto, afirma:

El vestido de Sabra, cálidamente esmaltado de azul prusiano, se destaca del fondo verde pálido por una capa color bermellón; y las tonalidades completas de ambos encuentran su bello eco, por así decirlo, con una tonalidad menor, los objetos color púrpura lacustre y la azulada armadura de hierro del santo, además de hallar un amplio balance entre las vívidas telas azules del fondo y las sombras índigo del bosque salvaje que rodea el castillo.

Y en otros lugares discute con erudición “un delicado Schiavone, variado como una cama de tulipanes, con ricos tintes rotos”, “un retrato brillante, notable en su *morbidezza*, del

parco Moroni” y de otra pintura que considera “pulposa por sus tonos rosados”.

Pero, como regla, lidia con las impresiones de la obra como una totalidad artística e intenta traducir esas impresiones en palabras, para dar, digamos, el equivalente literario del efecto imaginativo y mental. Fue uno de los primeros en desarrollar lo que se ha llamado la literatura artística del siglo XIX, esa forma de literatura que se encuentra en los Sres. Ruskin o Browning, sus dos exponentes más perfectos. Su descripción de *Le Repas Italien* de Lancret, en la cual “una chica de cabello oscuro, ‘amante de la travesura,’ yace sobre el pasto espolvoreado de margaritas”, es en ciertos aspectos muy encantadora. He aquí su descripción de *La crucifixión* de Rembrandt. Es extremadamente característica de su estilo:

La oscuridad —la renegrida, aciaga oscuridad— cubre la escena entera: sólo encima del bosque maldito, como a través de un horrendo claro en la nebulosa bóveda, un diluvio —“mancha de aguanieve, agua descolorida”— se precipita con violencia, esparciendo una grisácea luz espectral, aún más horrible que aquella noche palpable. ¡Ya la tierra se estremece pesada y rápidamente! ¡La sombría cruz tiembla! Los vientos han cesado —el aire se estanca—, un estruendo balbuciente ruge bajo sus pies y una parte de aquella mísera muchedumbre comienza a precipitarse colina abajo. Los caballos olfatean el terror que se avecina y el miedo los vuelve indomables. El momento se aproxima rápidamente cuando, casi partido en dos por Su propio peso, desfalleciendo por la pérdida de sangre que ahora corre en delgados

riachuelos desde Sus venas abiertas, Sus sienes y pecho bañados en sudor y Su lengua negra reseca por la feroz fiebre postrera, Jesús clama: “Tengo sed”. El mortífero vinagre es elevado hasta Él.

Su cabeza cae y el sagrado cuerpo “se balancea inerte en la cruz”. Una lengua de fuego bermejo atraviesa verticalmente los aires y se extingue; las rocas del Carmelo y Líbano se parten a la mitad; el mar precipita sobre las dunas altas sus olas negras y revueltas. La tierra bosteza y las tumbas dejan salir a sus moradores. Los muertos y los vivos se revuelven en una conjunción antinatural y se aprestan por las calles de la ciudad santa. Nuevos prodigios los aguardan allí. El velo del templo —el velo impenetrable— es partido a la mitad de arriba a abajo y ese aterrador recoveco que guarda los misterios hebraicos —el arca fatal con las tablas y el candelabro de siete brazos— es descubierto por la luz de las flamas sobrenaturales ante la multitud abandonada por Dios.

Rembrandt nunca pintó este boceto y estaba en lo correcto. Hubiese perdido casi todo su encanto al perder ese desconcertante velo de indiscernibilidad que cubre un espacio tan amplio donde la vacilante imaginación puede especular. Actualmente es como una cosa de otro mundo. Un abismo oscuro nos separa de él. No es tangible para el cuerpo. Sólo podemos aproximarnosle con el espíritu.

En este pasaje, escrito, nos dice el autor, “con asombro y reverencia”, hay mucho de terrible y mucho más que es francamente horrendo, pero no sin una cierta forma cruda de poder o, en algún grado, cierta violencia cruda

de las palabras, una cualidad que esta época debería tener en alta estima, al ser su principal defecto. No obstante, es más placentero pasar a esta descripción de *Céfalo y Procris* de Giulio Romano:

Debemos leer el lamento de Mosco por Bión, el dulce pastor, antes de mirar esta pintura o estudiar la pintura como una preparación para el lamento. En ambos casos tenemos casi las mismas imágenes. Para cada víctima murmuran las altas arboledas y los valles boscosos; las flores exhalan un triste perfume desde sus capullos; el ruiseñor llora sobre las escarpadas tierras y la golondrina sobre los sinuosos valles; “gimen, también, vestidos de negro los sátiros y los faunos” y las náyades se funden en lágrimas con las aguas del bosque. Las ovejas y las cabras abandonan sus pastos; y las oréades, “que aman escalar las cuestas más inaccesibles de las más altas rocas”, se precipitan siguiendo la canción de los pinares mecidos por el viento; mientras las dríades descienden de las ramas de los árboles vecinos y los ríos lloran por la blanca Procris, “lamentándose con múltiples caudales”,

Cubriendo el inmenso océano con una sola voz.

Las abejas doradas callan en el fragante monte Himeto; y, en su cima, el premonitorio cuerno del amor de Aurora nunca más disipará el frío crepúsculo. El primer plano de nuestro objeto de estudio es una ladera cubierta de hierba y requemada por el sol, repartida en pastos altos y hondonadas que semejan olas (una especie de rompientes) y que se vuelve aún más dispareja debido a la cantidad de raíces salidas y tocones de

árboles arrancados con hacha desde tiempos inmemoriales, en los cuales brotan de nuevo retoños color verde claro. La ladera se eleva de forma más bien abrupta por la derecha hacia una tupida arboleda, impermeable a la luz de las estrellas, en cuya entrada reposa el estupefacto rey tesálico, sosteniendo entre sus rodillas aquel cuerpo ebúrneo y brillante que hasta hace unos instantes apartaba las duras ramas de su suave frente y caminaba entre espinas y flores por igual con sus pies aguijados por los celos; ahora yace indefensa, pesada, desprovista de todo movimiento, salvo la brisa que, burlona, levanta su espesa cabellera.

De entre de los troncos vecinos, las ninfas asombradas se adelantan con sonoros gemidos:

Al igual que los sátiros, que visten pieles de venado y coronas de hiedra,  
Y muestran una rara compasión en su cornudo semblante.

Lélape yace más abajo y manifiesta con sus jadeos el frenético ritmo de la muerte. Al otro lado del grupo, el Amor Virtuoso con sus “harneros caídos” empuña al frente la flecha contra un tropel de gente silvestre, faunos, machos cabríos, chivos, sátiros-madre aprisionando con fuerza a sus hijos con sus horribles manos, llegando desde la izquierda hacia una senda que se hunde en medio del primer plano y un muro rocoso, desde cuya cresta inferior la guardiana del arroyo vierte de su urna sus aguas penitentes. Más arriba y más lejano que la Efidriade, otra hembra, jalándose los cabellos, aparece en medio de los pilares ornados con vides de un frondoso monte. El centro de la pintura está lleno de prados oscuros que se sumergen hasta la desembocadura de un río; más

allá ése encuentra “el vasto poder del caudal oceánico”, desde cuyo lecho la extinguidora de estrellas, la rosada Aurora, dirige furiosamente sus corceles bañados de agua salada para surgir y contemplar los postreros espasmos de su rival.

Si se reescribiera de manera cuidadosa esta descripción, sería en verdad admirable. La idea de componer un poema en prosa a partir de una pintura es excelente. Mucha de la mejor literatura moderna surge con el mismo objetivo. En una época tan fea y sensible, las artes no toman prestado de la vida sino de las demás artes.

Sus simpatías, también, fueron extraordinariamente variadas. En todo lo relativo a la escena, siempre estuvo en extremo interesado, por ejemplo, y defendió con vigor la necesidad de precisión arqueológica en el vestuario y la escenografía. “En el arte”, dice en uno de sus ensayos, “cualquier cosa que valga la pena hacer, vale la pena hacerla bien”; y señala que en cuanto permitimos la intrusión de anacronismos, se vuelve difícil decir dónde trazar el límite. En la literatura, de nuevo, al igual que Lord Beaconsfield en una famosa ocasión, Wainwright estaba “de parte de los ángeles”. Fue uno de los primeros en admirar a Keats y Shelley: “el sensible y trémulo, el poético Shelley”, como él lo llama. Su admiración por Wordsworth fue sincera y profunda. Apreció cabalmente a William Blake. Una de las mejores copias existentes de *Canciones de inocencia y de experiencia* que existen hoy en día fue creada especialmente para él. Amaba a Alain Chartier, a Ronsard, a los dramaturgos isabelinos, a Chaucer, a Chapman y a



Petrarca. Y para él todas las artes eran una sola. “Nuestros críticos”, afirma con gran sabiduría, “parecen tener poca conciencia de la equivalencia de las primeras semillas de la poesía y la pintura, o de que cualquier desarrollo genuino en el estudio serio de un arte genera de forma conjunta una perfección proporcional en la otra”. Y en otra parte dice que si un hombre que no admira a Miguel Ángel habla de su amor por Milton, se engaña a sí mismo o a sus interlocutores. Con sus colegas colaboradores de la *London Magazine* fue siempre muy generoso y elogió a Barry Cornwall, Allan Cunningham, Hazlitt, Elton y Leigh Hunt sin un ápice de la malicia de amigo. Algunos de sus dibujos de Charles Lamb son admirables a su modo y, con el arte del auténtico comediante, toman prestado su estilo del de su modelo:

¿Qué puedo decir de ti que no sepan ya todos? Que tuviste la alegría de un muchacho con la sabiduría de un hombre: jamás otro corazón tan gentil movió a las lágrimas.

De qué forma tan ingeniosa tergiversaba tus palabras y volvía una idea oportunamente inoportuna. Su discurso sin afectaciones era conciso, igual que el de sus queridos isabelinos, incluso hasta rayar en el hermetismo. Sus frases podían extenderse, cual granos de oro fino, en hojas enteras. Tenía poca misericordia con la celebridad espuria y sus cáusticas observaciones sobre la moda para hombres de genio eran su plato fuerte. Sir Thomas Browne era su “compadre del alma”, al igual que Burton y el viejo Fuller. En su lado amoroso, coqueteaba con aquella inigualable Duquesa con aroma de múltiples

folios; y con las comedias de moda de Beaumont y Fletcher se dejaba llevar por leves ensoñaciones. Podía ofrecer toques críticos sobre éstas, como un inspirado, pero era bueno dejarlo elegir su propio juego; si alguien más trataba aquellos que se sabía eran sus temas fetiche, tenía propensión a interrumpir o bien a hacer apuntes de una forma tal que dificultaba definir si era un malentendido o si lo hacía con mala intención. Una noche en casa de C., los dos dramaturgos antes mencionados eran el tema momentáneo de la charla. El Sr. X alabó la pasión y el soberbio estilo de una tragedia (no recuerdo cuál), pero de inmediato fue interrumpido por Elia, quien le dijo: “Eso no fue nada, la lírica fue lo máximo... ¡la lírica!”

Una parte de la carrera literaria de Wainewright que merece una mención especial. Puede afirmarse que el periodismo moderno le debe tanto a él como a ningún otro hombre de la primera parte de este siglo. Fue el pionero de la prosa asiática y se deleitaba en epítetos pictóricos y exageraciones pomposas. Tener un estilo tan espléndido que logre ocultar el tema principal es uno de los más grandes logros de una importante y muy admirada escuela de escritores en ciernes en Fleet Street y hay que decir que fue Janus Weathercock quien inventó dicha escuela. También notó que es bastante fácil interesar al público en la propia personalidad a través de las continuas reiteraciones y en sus artículos puramente periodísticos este joven extraordinario le cuenta al mundo lo que comió en la cena, dónde consigue su ropa, qué vinos le gustan y cuál es su estado de salud, tal como si estuviera escribiendo notas

semanales para algún periódico popular de nuestros días. A pesar de ser ésta la parte menos valiosa de su obra, fue la que tuvo la más obvia influencia. Un publicista, hoy en día, es un hombre que aburre a la comunidad con detalles de las ilegalidades de su vida privada.

Igual que tanta gente artificiosa, profesaba un gran amor por la naturaleza. “Tres cosas tengo en alta estima”, dice en algún lado, “son sentarme cómodamente en un sitio que domine desde las alturas un rico paisaje; estar a la sombra de frondosos árboles mientras el sol brilla a mi alrededor; y disfrutar de la soledad con plena conciencia de mi entorno. El campo me las proporciona todas”. Escribe acerca de sus paseos entre los fragantes campos de enebros y brezos recitando la “Oda a la tarde” de Collins tan sólo para capturar la excelente calidad del momento; escribe sobre sumergir su rostro “en un húmedo macizo de primulas, mojadas por el rocío de mayo”; acerca del placer de ver a las vacas respirando apaciblemente “al pasar lentamente en medio del crepúsculo, de camino a su hogar” y escuchar “el distante tintineo de los cencerros de las ovejas”. Una frase suya: “el polianto brillaba en su frío lecho de tierra, como una solitaria pintura de Giorgione en un oscuro marco de roble”, es curiosamente característica de su temperamento y este pasaje es bastante bello a su manera:

El pasto joven y tierno estaba cubierto de margaritas —“aquellas que se llaman *daisies* en nuestro pueblo”— tupidas como estrellas en una noche de verano. El sonoro graznido de los hacendosos grajos llegaba atenuado agradablemente desde una alta y sombría arboleda

de olmos que se hallaba a cierta distancia, y por intervalos se oía la voz de un muchacho espantando los pájaros de las semillas recién sembradas. Las azules honduras tenían el color del mar más profundo; ni una sola nube manchaba el calmo éter; sólo cerca del filo del horizonte brotaba una luz, cálida película de vapor nuboso, contra la cual el pueblo cercano con su antigua iglesia de piedra contrastaba abruptamente con una blancura engeuedora. Pensé en las “Líneas escritas en marzo” de Wordsworth.

Sin embargo, no debemos olvidar que el joven culto que escribió estas líneas, tan susceptible a las influencias wordsworthianas, era también, como ya he dicho al comienzo de estas memorias, uno de los más sutiles y secretos envenenadores de esta o cualquier época. ¿Cómo comenzó a fascinarse por este extraño pecado? No nos lo ha dicho, y el diario en el que registró meticulosamente los resultados de sus terribles experimentos y los métodos que adoptó se ha perdido. Incluso en sus últimos días fue siempre reticente con este tema y prefería hablar sobre “La excursión” y los “Poemas fundados en las afecciones”. No obstante, no cabe duda de que el veneno que utilizó fue estricnina. Uno de los hermosos anillos, del que tanto se enorgullecía y que le sirvió para exhibir la hermosa figura de sus delicadas manos de marfil, lo usó para guardar cristales de la *nux vomica* india, un veneno que es, como nos dice uno de sus biógrafos, “casi insípido, difícil de descubrir y con una capacidad casi ilimitada para diluirse”. Sus asesinatos, dice De Quincey, fueron más de

los que se dieron a conocer judicialmente. De esto no cabe duda: algunos de ellos son dignos de mención. Su primera víctima fue su tío, el Sr. Thomas Griffiths. Lo envenenó en 1829 para hacerse con la propiedad de Linden House, lugar por el que siempre sintió gran apego. En agosto del año siguiente envenenó a la Sra. Abercrombie, la madre de su esposa, y en diciembre hizo lo propio con la bella Helen Abercrombie, su cuñada. ¿Por qué asesinó a la Sra. Abercrombie? No se sabe a ciencia cierta. Quizá fue debido a un capricho o para estimular una repulsiva sensación de poder que había en él, o quizás porque ella sospechaba algo, o quizá por ninguna razón en especial. Pero el homicidio de Helen Abercrombie fue llevado a cabo por él y su mujer con la finalidad de hacerse con una suma cercana a las 18,000 libras esterlinas en que estaba asegurada su vida en varias compañías de seguros. Las circunstancias fueron las siguientes: el 12 de diciembre, él y su mujer e hijo llegaron a Londres de Linden House y se alojaron en el número 12 de la calle Conduit, en Regent Street. Con ellos venían las dos hermanas, Helen y Madeleine Abercrombie. En la tarde del 14 todos fueron a ver una obra y durante la cena Helen enfermó. Al día siguiente se encontraba extremadamente enferma y se mandó llamar al Dr. Locock de Hanover Square para que la atendiera. Sobrevivió hasta el lunes 20, día en que, luego de la visita matutina del médico, el señor y la señora Wainewright le dieron un poco de mermelada envenenada y luego salieron a dar un paseo. Cuando volvieron, Helen Abercrombie estaba muerta. Tenía cerca de veinte años de edad y era una muchacha alta y agraciada de hermoso cabello. Todavía existe un encantador retrato suyo en carboncillo

rojo realizado por su cuñado y nos muestra lo mucho que influyó en su estilo artístico Sir Thomas Lawrence, pintor por cuyo trabajo Wainewright siempre profesó una gran admiración. De Quincey afirma que la Sra. Wainewright no estaba enterada del asesinato. Esperemos que no. El pecado debe ser solitario y no debe tener cómplices.

Las compañías aseguradoras, al sospechar los verdaderos hechos del caso, se rehusaron a pagar la póliza bajo los argumentos técnicos de la distorsión de los hechos y la falta de interés y, con curiosa valentía, el envenenador entabló una demanda en la Corte de la Cancillería contra la Corte Imperial, suponiendo que una decisión habría de prevalecer sobre todos los casos. Sin embargo, el juicio no procedió durante cinco años, después de los cuales se alcanzó, luego de un desacuerdo, un veredicto a favor de las aseguradoras. El juez en esa ocasión fue Lord Abinger. Egomet Bonmot fue representado por el Sr. Erle y Sir William Follet, mientras que el abogado general y Sir Frederick Pollock defendieron al bando contrario. Desafortunadamente, el demandante no pudo estar presente en ninguno de los juicios. La negativa de las compañías a otorgarle las 18,000 libras lo había dejado en una posición de dolorosa precariedad financiera. Por supuesto, unos meses después del asesinato de Helen Abercrombie, Wainewright había sido arrestado por deudas en las calles de Londres mientras llevaba serenata a la bella hija de uno de sus amigos. Esta dificultad fue superada en aquel momento, pero poco después consideró que lo mejor era salir del país hasta que pudiera conseguir alguna clase de arreglo práctico con sus acreedores. Por esa razón partió a Boulogne para visitar al padre de la joven

en cuestión y mientras se encontraba allí lo convenció para que asegurara su vida con la Pelican Company por 3,000 libras. Tan pronto como las formalidades necesarias fueron llevadas a cabo y la póliza entró en vigor, vertió cristales de estricnina en el café de aquel hombre mientras reposaban juntos una tarde, después de la cena. Wainewright no obtuvo ninguna ganancia económica haciendo esto. Su objetivo era simplemente vengarse de la primera aseguradora que se había rehusado a pagar el precio de su pecado. Su amigo murió al día siguiente en su presencia, por lo que dejó Boulogne de inmediato para embarcarse en un viaje artístico para dibujar los lugares más pintorescos de Bretaña, y durante algún tiempo fue huésped de un viejo caballero francés que tenía una hermosa casa de campo en St. Omer. De allí se trasladó a París, donde permaneció durante varios años, viviendo entre lujos, dicen algunos, mientras otros hablan más bien de que “merodeaba por ahí con veneno en el bolsillo y amedrentaba a aquellos que lo conocían”. En 1837 regresó a Inglaterra de forma inadvertida. Una extraña fascinación demente lo hizo volver. Siguió a una mujer a quien amaba.

Era el mes de junio y Wainewright se hospedaba en uno de los hoteles de Covent Garden. Su sala de estar estaba en la planta baja, por lo que mantuvo prudentemente las cortinas cerradas por miedo a ser visto. Trece años antes, cuando amasaba su fina colección de mayólica y Marco Antonios, había falsificado los nombres de sus fideicomisarios en un poder notarial que le permitió tomar posesión de una parte del dinero que había heredado de su madre y que había invertido en su acuerdo nupcial. Sabía que este fraude había sido descubierto y que al volver a Inglaterra

estaba poniendo en riesgo su vida. Pero aun así regresó. ¿Deberíamos asombrarnos? Se dice que la mujer en cuestión era muy hermosa y que, además, ella no lo amaba.

Fue por mero accidente que fuera descubierto. Un ruido en la calle atrajo su atención y, movido por su interés artístico por la vida moderna, corrió un poco la cortina por un momento. Alguien afuera gritó: “¡Es Wainewright, el falsificador!”. Era Forrester, el policía de Bow Street.

El 5 de julio Wainewright fue presentado ante el tribunal penal de Old Bailey. Este reporte del proceso judicial apareció en el *Times*:

Ante el señor juez Vaughan y el señor Barón Alderson, Thomas Griffiths Wainewright, de cuarenta y dos años, hombre de aspecto pulcro, portador de un mostacho, fue acusado de falsificar y emitir un poder notarial por 2,259 libras con la intención de defraudar al Gobernador y la Compañía del Banco de Inglaterra.

Hubo cinco acusaciones contra el prisionero y de todas ellas se declaró inocente al momento de la lectura de los cargos delante del señor Serjeant Arabin durante el transcurso de la mañana. Al ser presentado ante el juez, no obstante, suplicó que se le permitiera retirar su última declaración para luego declararse culpable de dos de las acusaciones que no eran de naturaleza capital.

El abogado del Banco de Inglaterra, luego de explicar que había otras tres acusaciones, pero también que sus defendidos no deseaban derramamiento de sangre, aceptó las declaraciones de culpabilidad de los dos cargos menores y al final de la sesión el prisionero fue sentenciado por el juez a prisión vitalicia.



Fue llevado de regreso a Newgate como preparativo para su traslado hacia la colonia penitenciaria. En un curioso pasaje de uno de sus primeros ensayos se había imaginado a sí mismo “encerrado en la prisión de Horse-monger bajo sentencia de muerte” por haber sido incapaz de resistir la tentación de robar algunos Marco Antonios del Museo Británico con el fin de añadirlos a su colección. La sentencia que le había sido dictada era, para un hombre de su cultura, una forma de muerte. Se quejó amargamente de ella con sus amigos y señaló, con mucha razón podrían pensar algunos, que el dinero era prácticamente suyo, al haberle sido heredado por su madre y que la falsificación había sido cometida hacía trece años, lo cual, usando sus palabras, era al menos una *circonstance atténuante*. La permanencia de la personalidad jurídica es un problema metafísico muy sutil y ciertamente el derecho inglés resuelve la cuestión de una forma en extremo burda, pero efectiva. Hay, no obstante, algo dramático en el hecho de que este pesado castigo le fuera infligido por algo que, si recordamos su fatal influencia sobre la prosa periodística moderna, de ninguna manera era el peor de todos sus pecados.

Mientras se hallaba en prisión, se cruzó por casualidad con Dickens, Macready y Hablot Browne. Habían estado visitando las prisiones de Londres en busca de impresiones artísticas, y al estar en Newgate de pronto se toparon con Wainwright. Él los recibió con una mirada desafiante, nos dice Forster, pero Macready estaba “horrorizado al reconocer a un hombre con quien estaba familiarizado desde años atrás y en cuya mesa había cenado”.

Otros tuvieron mayor curiosidad, por lo que su celda se volvió durante algún tiempo una suerte de salón de moda. Muchos literatos fueron a visitar a su viejo camarada literario. Pero ya no era el gentil y desenfadado Jano a quien admiró Charles Lamb. Al parecer se había vuelto bastante cínico.

Al agente de una compañía de seguros que lo visitaba una tarde y creyó que podía mejorar la ocasión al afirmar que, después de todo, el crimen era un mal negocio, Wainewright le respondió: “Señor, ustedes los hombres de la Ciudad realizan sus negocios y aprovechan las oportunidades que ellos les ofrecen. Algunos de sus negocios tienen éxito, otros fallan. El mío ha fallado, el suyo ha tenido éxito. Ésa es la única diferencia, señor, entre mi visita y yo. Pero, señor, le diré una cosa en la que he tenido éxito al final. Durante mi vida he estado dedicado a mantener mi posición de caballero. Siempre lo he hecho así. Aún lo hago. Es costumbre de este lugar que cada uno de los internos de una celda deba tomar su turno para barrer durante las mañanas. Yo ocupo una celda con un albañil y un barrendero, ¡pero ellos jamás me ofrecen la escoba!”. Cuando un amigo le reprochó el crimen de Helen Abercrombie, Wainewright se encogió de hombros y dijo: “Sí, fue una acción terrible, pero ella en verdad tenía tobillos muy gordos”.

De Newgate fue trasladado a las galeras de Portsmouth y de allí lo enviaron en el *Susan* a la tierra de Van Diemen junto con otros trescientos convictos. El viaje parece haberle sido muy desagradable y en una carta escrita a un amigo habló con amargura de la ignominia del “compañero de poetas y artistas” obligado a asociarse

con la “lacra campesina”. La frase con que caracteriza a sus compañeros no debe sorprendernos. El crimen en Inglaterra rara vez es resultado del pecado. Casi siempre es resultado de la hambruna. Es probable que no encontrase a bordo un confidente solidario o siquiera alguien de personalidad psicológicamente interesante.

Su amor por el arte, no obstante, jamás lo abandonó. En Hobart Town montó un estudio y retomó el dibujo y los retratos, y su conversación y sus modales parecen no haber perdido su encanto. Tampoco renunció a su hábito de envenenar, pues hay otros dos casos registrados en los cuales trató de deshacerse de gente que lo había ofendido. Pero su mano parece haber perdido su astucia. Ambos intentos fueron rotundos fracasos y en 1844, al estar totalmente insatisfecho con la sociedad de Tasmania, presentó una petición formal al gobernador de aquel asentamiento, Sir John Eadley Wilmot, suplicándole un permiso de libertad bajo palabra. En ésta afirma estar “atormentado por ideas que luchan por hallar una forma de expresión y realización, al estar limitado de acrecentar sus conocimientos y privado del ejercicio del discurso provechoso o siquiera decoroso”. Su petición, sin embargo, le fue denegada y el aficionado de Coleridge se consoló por medio de aquellos maravillosos *paradis artificiels* cuyo secreto sólo es conocido por los opiómanos. En 1852 murió de apoplejía, teniendo por único compañero un gato al que profesaba un extraordinario afecto.

Sus crímenes parecen haber tenido un efecto importante sobre su arte. Le dieron una personalidad fuerte a su estilo, una cualidad de la que sin duda carecía su obra temprana. En una nota a su *Vida de Dickens*, Forster

menciona que en 1847 Lady Blessington recibió de su hermano, el mayor Power, quien tenía un cargo militar en Hobart Town, un retrato al óleo de una joven realizado por el diestro pincel de Wainewright; y se dice que “consiguió poner la expresión de su propia abyección en el retrato de una jovencita dulce y bondadosa”. Zola, en una de sus novelas, nos dice de un joven que, después de cometer un asesinato, se refugia en el arte y pinta retratos impresionistas en tonalidades verdosas para personas perfectamente respetables, todas las cuales guardan una curiosa similitud con su víctima. El desarrollo del estilo del Sr. Wainewright me parece más sutil y sugestivo. Uno puede imaginar una intensa personalidad creada a partir del pecado.

Esta figura extraña y fascinante que durante unos cuantos años deslumbró al mundo literario de Londres e hizo un debut tan brillante en la vida y las letras, sin duda es un estudio hartamente interesante. El Sr. W. Carew Hazlitt, su más reciente biógrafo, a quien debo muchos de los datos contenidos en estas memorias y cuyo opúsculo es, por supuesto, invaluable a su modo, opina que el amor de Wainewright por el arte y la naturaleza no era más que falsedad y ficción y hay otros que le han negado cualquier potencia literaria. Esto me parece una visión superficial o al menos equívoca. El hecho de que un hombre sea un envenenador en nada atenta contra su prosa. Las virtudes domésticas no son el verdadero fundamento del arte, aunque puedan servir como excelente publicidad para artistas de segunda. Es posible que De Quincey exagerase sus poderes críticos y no puedo evitar afirmar nuevamente que hay mucho en su obra publicada que resulta demasiado familiar, demasiado común, demasiado periodístico,

en el mal sentido de esa mala palabra. Aquí y allá es particularmente ordinario en su forma de expresarse y siempre carece de la templanza del auténtico artista. Pero de algunas de sus fallas debemos culpar a la época en que vivió, pues, después de todo, una prosa que Charles Lamb consideró “excelente” no es de menor interés histórico. Tengo la certeza de que tuvo un sincero amor por el arte y la naturaleza. No hay incongruencia esencial entre crimen y cultura. No podemos reescribir toda la Historia con el propósito de gratificar nuestro sentido moral de lo que debería ser.

Por supuesto: Wainewright está demasiado cerca de nuestro tiempo como para permitirnos formular cualquier juicio estrictamente artístico sobre él. Es imposible no sentir un fuerte prejuicio hacia un hombre que bien podría haber envenenado a Lord Tennyson o al Sr. Gladstone o al director del Balliol College. Pero si este hombre hubiera portado un disfraz y hablado una lengua distinta a la nuestra, si hubiera vivido en la Roma imperial, o en la época del Renacimiento italiano, o en la España del siglo XVII, o en cualquier país o cualquier siglo que no fueran este siglo y este país, seríamos bastante capaces de realizar una estimación perfectamente libre de prejuicios de su posición y valor. Sé que hay muchos historiadores o al menos escritores de temas históricos que aún creen necesario aplicar juicios morales a la historia y que distribuyen sus alabanzas o denuncias con la solemne complacencia del maestro exitoso. Esto, sin embargo, es un hábito tonto y sólo muestra que el instinto moral puede ser llevado a tal grado de perfección que puede aparecer aun en donde no se le requiere. Nadie con verdadero sentido de la

historia siquiera concibe denunciar a Nerón o reprender a Tiberio o censurar a César Borgia. Estos personajes se han convertido en algo semejante a las marionetas de una obra teatral. Puede que nos llenen de terror u horror o asombro, pero no pueden hacernos daño. No tenemos nada que temer de ellos. Han pasado a la esfera del arte y la ciencia, y ni el arte ni la ciencia conocen la aprobación o desaprobación moral. Y lo mismo ocurrirá algún día con el amigo de Charles Lamb. En el momento presente, siento que es todavía demasiado moderno para ser tratado con ese excelente espíritu de curiosidad desinteresada al que debemos tantos buenos estudios de los grandes criminales del Renacimiento italiano escritos por el Sr. John Addington Symonds, la Srita. A. Mary F. Robonson, la Srita. Vernon Lee y otros escritores distinguidos. Sin embargo, el Arte no lo ha olvidado: es el héroe de *Hunted Down* de Dickens y el Varney de la *Lucretia* de Bulwer. Y resulta gratificante notar que la ficción ha rendido homenaje a alguien tan poderoso con “la pluma, el lápiz y el veneno”. Ser sugerente para la ficción debe tener más importancia que cualquier hecho.

*EL ASESINATO CONSIDERADO  
COMO UNA DE LAS  
BELLAS ARTES*



-

*Thomas De Quincey*





## I. ADVERTENCIA DE UN HOMBRE MÓRBIDAMENTE VIRTUOSO

Todos aquellos que hemos leído libros hemos escuchado hablar de la Sociedad para la Promoción del Vicio, del Club del Fuego Infernal fundado en el siglo pasado por Sir Francis Dashwood, etcétera. Fue en Brighton, creo, donde se formó una Sociedad para la Eliminación de la Virtud. Esa Sociedad, a su vez, fue eliminada. Pero me apena señalar que existe otra en Londres, de una índole aún más atroz. Por su tendencia se le puede denominar Sociedad para el Estímulo del Asesinato, pero de acuerdo con su propio y delicado eufemismo, se le designa como la Sociedad de Entendidos en Asesinatos. Profesan sentir curiosidad por el homicidio; ser aficionados y diletantes en los múltiples modos del derramamiento de sangre; y, en resumen, entusiastas del asesinato. Con cada nueva atrocidad de esa índole sacada a relucir por los anales policíacos de Europa, ellos se reúnen y la critican como harían con una pintura, una estatua o cualquier otra obra de arte. Mas no necesito molestarle en cualquier intento por describir el espíritu de su proceder, pues usted puede informarse al respecto mucho mejor en una

de las Conferencias Mensuales dictadas en presencia de esta Sociedad el año pasado. Esto ha llegado a mis manos por accidente, a pesar de toda la vigilancia puesta en práctica por sus miembros para ocultar del escrutinio público sus operaciones. La publicación de esta información alarmará a sus miembros y mi propósito es que así sea. Pues prefiero exponerlos de forma discreta, apelando a través de usted a la opinión pública, sin necesidad de revelar nombres, tal como ocurriría de llamar a las autoridades policíacas de Bow Street; a quienes, sin embargo, habré de acogerme como último recurso en caso de que este intento falle. Porque mi gran virtud no tolerará que esta clase de hechos sucedan en un país cristiano. Incluso en tierras paganas, a un escritor cristiano le parecía que la tolerancia pública hacia el asesinato —a saber, en los horribles espectáculos del anfiteatro— constituía el más clamoroso de los reproches a la moral pública. Dicho escritor fue Lactancio y con sus palabras, particularmente aplicables en la actual situación, concluiré:

*Quid tam horribile, tam tetrum, quam hominis trucidatio? Ideo severissimis legibus vita nostra munitur; ideo bella execrabilia sunt. Invenit tamen consuetudo quatenus homicidium sine bello ac sine legibus faciat: et hoc sibi voluptas quod scelus vindicavit. Quod si interesse homicidio sceleris conscientia est, —et eidem facinori spectator obstrictus est cui et admissor; ergo et in his gladiatorum caedibus non minus cruore profunditur qui spectat, quam ille qui facit: nec potest esse immunis à sanguine qui voluit effundi; aut videri non interfecisse, qui interfectori et favit et proemium postulavit.*

¿Hay algo más horrible, más tétrico y repulsivo que el asesinato de un ser humano? Por eso la vida humana es protegida por las leyes más rigurosas; por eso las guerras resultan objeto de execración. Y aun así, la costumbre romana ha concebido un modo de permitir el asesinato al margen de la guerra, desafiando la ley; y las exigencias del buen gusto (*voluptas*) se han convertido en las mismas que las del delito.

Permita que la Sociedad de Caballeros Aficionados considere esto y permítame llamar su atención en especial sobre la última frase, la cual es tan importante que intentaré verterla en nuestra lengua:

Ahora bien, si el simple hecho de estar presente en un asesinato asegura a un hombre el carácter de cómplice; si tan sólo ser un espectador nos involucra en común delito con el perpetrador; se infiere necesariamente que, en aquellos asesinatos del anfiteatro, la mano que inflige el golpe fatal no está menos manchada de sangre que la de aquel que se sienta a mirar; tampoco puede permanecer impoluto *aquel* que ha consentido en el derramamiento de sangre; ni parece ser otra cosa sino partícipe del asesinato quien aplaude al asesino y pide que se le premie.

De *proemia postulavit* (“petición de premios”) es algo de lo que aún no he escuchado que se le acuse a los Caballeros Aficionados de Londres, aunque sin duda su proceder se encamina en ese sentido; pero el *interfectori favit* (“aplausos al asesino”) está ya implicado en el

nombre mismo de esta asociación y expresado en cada línea de la conferencia que sigue.

X. Y. Z.

## II. CONFERENCIA

Caballeros: se me ha concedido el honor de ser designado por su comité para la difícil tarea de dictar la “Conferencia Williams sobre el Asesinato Considerado como una de las Bellas Artes”, tarea que podría haber sido fácil hace tres o cuatro siglos, cuando se comprendía poco sobre este arte y se habían expuesto sólo un puñado de grandes modelos; pero en esta época, en que algunas obras maestras de excelencia han sido ejecutadas por profesionales, resulta evidente que, en lo que respecta al tipo de crítica que se les aplica, el público buscará una mejora que esté a la par. Práctica y teoría deben avanzar *pari passu* (“al mismo paso”). La gente comienza a percibir que hace falta algo más para la composición de un bello asesinato que dos brutos (el que mata y el que muere), un cuchillo, un bolso y una calle oscura. El diseño, caballeros, el acomodo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento, son considerados hoy en día indispensables para los intentos de esta naturaleza. El Sr. Williams exaltó el ideal de asesinato ante todos nosotros;<sup>2</sup> y para mí, en particular, acentuó lo arduo de mi labor. Tal como Esquilo o Milton en la poesía, como Miguel Ángel en la pintura, ha elevado su arte a un

<sup>2</sup> N. del T. Se refiere a John Williams, el supuesto perpetrador de los asesinatos de dos familias (los Marr y los Williamson) en la localidad de Ratcliff Highway, cerca de Londres durante el mes de diciembre de 1811.

punto de sublimidad colosal; y, como apunta Wordsworth, en cierto modo ha “creado el buen gusto con el que su propio arte ha de ser disfrutado”. Esbozar la historia de este arte y examinar sus principios de forma crítica se ha convertido en el deber de los entendidos y de jueces de índole muy distinta a la de los jueces itinerantes de Su Majestad.

Antes de comenzar, permítanme unas palabras a ciertos santurrones, quienes aparentan hablar de nuestra Sociedad como si tuviera tendencias hasta cierto punto inmorales. ¡Inmorales! Júpiter me proteja, caballeros, ¿qué es lo que quiere decir esta gente? Estoy a favor de la moral y siempre lo estaré, además de la virtud y todas esas cosas; y afirmo, y siempre lo haré, sin importar las consecuencias, que el asesinato es una conducta impropia, sumamente impropia; y no tengo empacho en afirmar que cualquier hombre que asesina debe de tener formas de pensar harto incorrectas y principios en verdad inexactos; y lejos de ayudarlo y ser su cómplice al señalar el escondite de su víctima, tal como un gran moralista alemán<sup>3</sup> afirmó que es deber de todo buen hombre, yo donaría un chelín y seis peniques para que fuera aprehendido, lo cual supera por dieciocho peniques lo que los moralistas más eminentes han donado para tal propósito. Pero, ¿y entonces qué?

<sup>3</sup> N. del A. Kant llevó sus exigencias de veracidad incondicional a extremos tan extravagantes hasta afirmar que, si un hombre viera una persona inocente escapar de un asesino, sería su deber, al ser interrogado por el asesino, decir la verdad y señalar el paradero del inocente fugitivo, con toda la certidumbre de propiciar el asesinato. Para que no se pensara que dicha doctrina se le hubiera escapado en el calor de alguna disputa, al ser acusado por un célebre escritor francés, él la reafirmó de forma solemne, dando sus razones.

Todo en este mundo puede ser tomado de dos maneras. El asesinato, por ejemplo, puede ser tomado por el lado moral (como sucede, por lo general, tanto en el púlpito como en el tribunal de Old Bailey) y *ése*, debo confesar, es su lado débil; o bien se puede tratar al asesinato *estéticamente*, como dicen los alemanes, es decir, con relación al buen gusto.

Para ilustrar esto, apelaré a la autoridad de tres hombres eminentes, a saber: Samuel Taylor Coleridge, Aristóteles y el cirujano Howship.

Comencemos por S. T. C. Una noche, hace muchos años, bebía té con él en Berner's Street (la cual, por cierto, aun siendo una calle tan corta, ha dado una cantidad extraordinaria de hombres de genio). Allí estaban otros además de mí y, entre consideraciones terrenales de té y pan tostado, nos hallábamos embebidos en una disertación sobre Plotino de los áticos labios de S. T. C. De repente, surgieron gritos de "¡fuego! ¡fuego!", ante los cuales los presentes, maestro y discípulos, cual Platón y sus allegados, nos apresuramos a salir, ávidos por ver el espectáculo. El incendio ocurrió en Oxford Street, en el local de un fabricante de pianofortes; y, como prometía ser una conflagración memorable, me entristeció que mis compromisos me obligaran a dejar la tertulia de Coleridge antes de que los hechos llegaran a su punto crítico. Unos días después, al rencontrarme con mi platónico anfitrión, le recordé aquel suceso y le supliqué que me contara cómo había acabado aquella exhibición tan prometedora. "Oh, señor", me dijo, "acabó tan mal que la maldijimos al unísono". Ahora bien, ¿habrá quien suponga que el Sr. Coleridge —quien, pese a ser demasiado

gordo para ser una persona de virtud activa, es, sin duda, un digno cristiano— que el buen S. T. C., digo, fuera un incendiario o capaz de desear algún mal al pobre hombre y sus pianofortes (muchos de ellos, no lo dudo, con sus teclas adicionales)? Por el contrario, sé que es el tipo de hombre que, y en ello les apuesto mi vida, habría operado una bomba de agua en caso de emergencia, a pesar de ser demasiado gordo para tan enjundiosas pruebas a su virtud. ¿Pero cómo acabó la situación? La virtud no fue requerida. Al llegar las bombas contra incendios, la moral recayó íntegramente sobre la oficina de seguros. Tras este desenlace, Coleridge se sentía con el derecho de alguna gratificación a su buen gusto. Había abandonado su té. ¿Acaso no recibiría nada en compensación?

Sostengo que el hombre más virtuoso, según las premisas ya antes asentadas, tiene derecho a disfrutar del fuego y a silbarlo, como haría con cualquier otro espectáculo que causara las expectativas del público para luego decepcionarlas. De nuevo, citando a otra autoridad importante: ¿qué nos dice el estagirita? Describe (en el libro quinto, creo, de su *Metafísica*) lo que él llama *klepton teleion*, es decir, “un ladrón perfecto”. En lo que respecta a Howship, en su obra sobre la indigestión, no tiene escrúpulos en hablar con admiración de una cierta úlcera que ha visto y que caracteriza como “una bella úlcera”. Entonces, ¿pretenderá alguien afirmar que, considerados de forma abstracta, un ladrón puede parecerle a Aristóteles un carácter perfecto o que Howship pudiera enamorarse de una úlcera? Es bien sabido que Aristóteles, al ser hombre de moral muy recta, no sólo se contentó con escribir su *Ética nicomáquea* en un volumen en octavo, sino que también escribió

otro sistema, llamado *Magna Moralia* o *Gran ética*. Ahora, es imposible que un hombre que escribe cualquier tipo de tratado de ética, grande o pequeño, admire a un ladrón *per se*. Y con respecto a Howship, es bien sabido que le ha declarado la guerra a todas las úlceras y, sin permitirse ser seducido por sus encantos, pretende desterrarlas del condado de Middlesex. Pero la verdad es que, a pesar de ser objetables *per se*, con relación a otros miembros de su clase, tanto el ladrón como la úlcera pueden ser dignos de infinitos méritos. Ambos son imperfecciones, es cierto; pero ya que ser imperfectos es su esencia, la misma grandeza de su imperfección se convierte en su perfección. *Spartam nactus es, hanc exorna* (“¡Esparta es tuya, adórnala!”). Un ladrón como Autólico o el otrora célebre George Barrington, y una lúgubre úlcera fadagénica magistralmente definida y recorriendo de manera regular todas sus etapas naturales, pueden ser considerados justamente como ideales de su tipo tanto como la más impecable flor de seda lo es entre las flores, en su desarrollo de retoño a “espléndida flor consumada”, o bien, como entre las flores humanas, la más magnífica jovencita ataviada en el primor de su feminidad. Y por lo tanto, no sólo es posible imaginar el ideal del escritorio, como lo demostró el señor Coleridge en su célebre correspondencia con Blackwood —lo que no resulta para nada meritorio, pues un escritorio es un objeto bastante loable y un valioso miembro de la sociedad—, sino que incluso la imperfección misma puede tener su estado perfecto o ideal.

Caballeros, en verdad les suplico que me disculpen por tanta filosofía a la vez. Ahora, permítanme aplicarla. Cuando un asesinato está conjugado en el tiempo



subjuntivo futuro —que no se ha cometido, ni siquiera que se esté cometiendo, sino que sólo esté por cometerse— y un rumor alusivo a éste llega hasta nuestros oídos, tratémoslo sin dudas en términos morales. Pero suponiendo que ya ha pasado y que ustedes pueden decir *tetélesai* [“está consumado”] o, citando aquel adamantino verso de Medea, *eirgasai* [“está hecho”], es un *fait accompli*; supongamos que el pobre muerto ya fue aliviado de su sufrimiento y el canalla que lo hizo huyó disparado, sin que nadie sepa a donde; supongamos, por último, que hemos hecho nuestro mejor esfuerzo persiguiendo al sujeto en su huida, pero todo en balde —“*abiit, evasit, excessit, erupit*” [“se fue, escapó”], etcétera—, ¿para qué, entonces?, me digo, ¿para qué más nos sirve la virtud? Se le ha dado suficiente atención a la moral; ahora viene el turno del buen gusto y las Bellas Artes. Fue un hecho triste, muy triste, sin duda; pero *nosotros* no podemos remediarlo. Por lo tanto, saquemos lo mejor de un mal suceso. Y puesto que es imposible exprimir alguna moraleja del asunto, tratémoslo estéticamente y veamos si le sacamos algún provecho. Tal es la lógica del hombre sensible. ¿Y cuál es el resultado? Secamos nuestras lágrimas y quizá tengamos la satisfacción de descubrir que una transacción que, considerada moralmente, resultaba escandalosa y sin bases suficientes sobre las cuales sostenerse, si la consideramos desde los principios del buen gusto, resulta ser una actuación meritoria. Así, todo el mundo queda satisfecho; se justifica el antiguo adagio que reza que es viento inútil aquel que no sopla a favor de nadie. El aficionado, después de verse bilioso y decaído por su excesiva atención a la virtud, comienza a sacar fuerzas de

flaqueza y prevalece una general alegría. La virtud tuvo su momento, y de ahora en adelante *Virtù*, tan semejante que apenas difiere por una letra (por la que no vale la pena regatear ni repatear); *Virtù*, repito, y el Juicio Crítico del entendido son dejados para que se valgan por sí mismos. Bajo este principio, caballeros, propongo guiar sus estudios, desde Caín hasta el Sr. Thurtell. A través de esta gran galería del asesinato, entonces, caminemos juntos de la mano, con admiración complacida, mientras intento dirigir su atención hacia los objetos de provechosa crítica.

El primer asesinato a todos les resulta familiar. Como inventor del asesinato y padre de este arte, Caín debió de ser un genio de primera categoría. Todos los Caínes fueron hombres de genio. Túbal Caín inventó los tubos, creo, o algo así. Pero, sin importar la originalidad o el genio del artista, todo arte se encontraba entonces en su infancia; por lo que las obras deben ser criticadas teniendo en cuenta ese hecho. Incluso la obra de Túbal no sería tan bien recibida actualmente en Sheffield; y por ende no creo menospreciar a Caín (*Caín padre*, quiero decir) si digo que su actuación estuvo ahí más o menos. Milton, no obstante, al parecer opinaba distinto. Por su modo de relatar el suceso, pareciera tratarse de su asesinato consentido, pues lo retoca con una manifiesta ansiedad por lograr un efecto pintoresco:

Lleno de ira en su interior, mientras hablaban  
Lo hirió en el pecho con una piedra  
Y le arrancó la vida: palideció, cayó, el alma  
Escapó en un quejido, con un chorro de efusiva sangre.

(*El paraíso perdido*, libro XI)

Al respecto, Richardson, el pintor, quien tenía buen ojo para el efecto, afirma lo siguiente en sus *Notas sobre "El paraíso perdido"*, p. 497: "Se cree", anota Richardson, "que Caín le quitó la vida (como se dice comúnmente) a su hermano con una gran piedra; Milton es consecuente con esta versión, aunque le añade una gran herida". En este caso fue una añadidura atinada, dado que la rudeza del arma, a menos que se la enriquezca con una cálida y sanguinaria coloración, muestra demasiado el estilo en bruto de la escuela salvaje; como si el delito fuera perpetrado por un Polifemo sin ninguna ciencia, ni premeditación, ni nada más que un hueso de carnero. Sin embargo, me complace sobremanera la mejora, pues deja entrever que Milton era un aficionado. En cuanto a Shakespeare, ninguno como él; como lo demuestran bastante bien sus descripciones del asesinato de Duncan, Banquo, etcétera, y sobre todo como lo atestigua su incomparable miniatura, en *Enrique VI*, del asesinato de Gloucester.

Una vez sentadas las bases del arte, resulta penoso ver cómo hibernaron sin encontrar mejoría durante siglos. De hecho, me veo obligado a saltarme todos los asesinatos, tanto sagrados como profanos, por ser indignos de mención, hasta mucho después de la era cristiana. Grecia, aun en tiempos de Pericles, no produjo ningún asesinato del más mínimo mérito; y Roma tuvo muy poca originalidad de genio para destacar en cualquiera de las artes donde su modelo ya había fallado. De hecho, la lengua latina renuncia a la idea misma de "asesinato". "El hombre fue asesinado", ¿cómo se diría eso en latín? *Interfectus est, interemptus est*, lo cual expresa simplemente un homicidio; y de allí que la latinidad cristiana del Medievo se viera

obligada a introducir una nueva palabra, la cual jamás pudo ser alcanzada por la debilidad de las concepciones clásicas. *Murdratus est*, dice el dialecto más sublime de las épocas góticas. Mientras tanto, la escuela judía del asesinato mantuvo vivo cuanto se sabía del arte y lo transfirió gradualmente al mundo occidental. Ciertamente la escuela judía siempre fue respetable, incluso durante el oscurantismo, como demuestra el caso de Hugh de Lincoln, que fue honrado con la aprobación de Chaucer, a propósito de una nueva ejecución de dicha escuela, de la cual da cuenta la Abadesa.

Sin embargo, regresando por un momento a la antigüedad clásica, no puedo dejar de pensar que Catilina, Clodio y algún otro de esa calaña habrían sido artistas de primera clase; y resulta sin duda lamentable que la mojigatería de Cicerón le haya arrebatado a su país la única oportunidad que tenía para distinguirse en este arte. Nadie se hubiera convertido en un mejor *objeto* de asesinato. ¡Oh, Géminis! ¡Cómo habría chillado de pánico al oír a Cetego bajo su cama! Habría sido bastante cómico escucharlo. Y no me cabe duda, caballeros, de que hubiera preferido lo *utile* de escabullirse hasta un armario, o incluso dentro de una *cloaca*, en vez de lo *honestum* de afrontar al intrépido artista cara a cara.

En lo que respecta al oscurantismo (que para nosotros, que hablamos con precisión, tiene, *par excellence*, al siglo X como meridiano y los dos siglos inmediatamente anteriores y posteriores, y cuya medianoche plena comprende del 888 al 1111 d. de C.), esta época tenía por fuerza que ser favorable al arte del asesinato, tal como lo fue para la arquitectura eclesiástica, los vitrales, etcétera, y,

en consecuencia, en las postrimerías de esta época surgió un gran personaje de nuestro arte: me refiero al Viejo de la Montaña. Fue, sin duda, una lumbrera y huelga decir que la palabra “asesino” viene de él. Era un aficionado tan entusiasta que, en una ocasión, cuando su vida peligró en manos de uno de sus asesinos favoritos, estuvo tan complacido con el talento demostrado que, sin reparar en el fracaso del artista, lo nombró duque en ese mismo instante, con derecho sucesorio por línea femenina, y le asignó una pensión suficiente para tres vidas. El magnicidio es una rama del arte que demanda una explicación por separado y es posible que le dedique una conferencia entera al tema. Mientras tanto, sólo repararé en lo extraño que resulta que esta rama del arte haya florecido en ataques intermitentes. Siempre llueve sobre mojado. Nuestra época puede presumir de algunos buenos ejemplares como, por ejemplo, el caso de Bellingham con el primer ministro Perceval, el caso del duque de Berri en la Ópera Parisina, el caso del Mariscal Bessières en Aviñón; y, hace unos dos siglos, se suscitó la más brillante constelación de magnicidios de esta clase. Resulta ocioso apuntar que aludo especialmente a esas siete espléndidas obras que fueron los magnicidios de Guillermo de Orange; los de los tres Enriques franceses, a saber: el de Enrique, duque de Guise, que fantaseaba con el trono de Francia, el de Enrique III, último príncipe de la línea de Valois que ocupara entonces dicho trono, y, por último, el de Enrique IV de Francia, cuñado del anterior y su sucesor en tanto primer príncipe en la línea de Borbón; no habían pasado ni dieciocho años cuando vino el quinto de la serie, a saber: el del Duque de Buckingham (el cual hallarán

descrito de forma excelsa en las cartas publicadas por el Sr. Ellis, del Museo Británico); en sexto lugar, el de Gustavus Adolphus y en séptimo el de Wallenstein. ¡Qué gloriosa pléyade de magnicidios! Y aumenta nuestra admiración el hecho de que esta brillante constelación de manifestaciones artísticas, que comprende tres Majestades, tres Altezas Serenísimas y una Excelencia, se desarrolle enteramente en tan estrecho lapso de tiempo, entre 1588 y 1635 d. C. El magnicidio del Rey de Suecia, dicho sea de paso, ha sido cuestionado por muchos autores: Harte entre otros; pero se equivocan. *Sí* fue asesinado y considero su muerte como única por su excelencia, pues fue asesinado a pleno mediodía en el campo de batalla, un elemento de concepción original que no se repite en ninguna otra obra de arte que yo recuerde. Concebir la idea de un asesinato secreto por razones personales, inserto dentro de un pequeño paréntesis en el vasto escenario de carnicería del campo de batalla, es como el sutil recurso de Hamlet de una tragedia dentro de una tragedia. No cabe duda de que todos estos asesinatos pueden ser estudiados provechosamente por el conocedor más experto. Todos ellos son *exemplaria*, asesinatos modelo, asesinatos patrón, de los que se puede afirmar:

*Nocturnâ versate manu, versate diurne.*

Especialmente *nocturnâ*.

En estos magnicidios de príncipes y hombres de estado, no hay nada que provoque nuestra sorpresa; los cambios importantes suelen depender de sus muertes; y, dada la eminencia en que se encuentran, están expuestos de forma peculiar a la mirada de todo artista que resulte poseído

por el deseo del efecto escénico. Pero existe otra clase de magnicidios que ha prevalecido desde los albores del siglo XVII y que sí consigue sorprenderme: me refiero al asesinato de filósofos. Puesto que, caballeros, es un hecho que cada filósofo eminente de los últimos dos siglos ha sido o bien asesinado o, al menos, estuvo a punto de serlo. A tal punto de que si un hombre se dice filósofo y nunca se ha atentado contra su vida, les aseguro que nada hay de interés en él. Y contra la filosofía de John Locke en particular, pienso que es una objeción irrefutable (por si hiciera falta alguna) que aunque se paseó con su garganta por este mundo durante setenta y dos años, nadie tuvo la gentileza de cortársela para siempre. Puesto que los casos de estos filósofos no son muy conocidos, y son, en general, buenos y bien concebidos en sus detalles, a continuación leeré un *excursus* en la materia, principalmente para mostrar mi propia erudición.

El primer gran filósofo del siglo XVII (excluyendo a Bacon y Galileo) fue Descartes. Y si de alguien se puede decir que *casi* fue asesinado —casi asesinado por un pelín— es justamente sobre él. El caso es el siguiente, según Baillet en su *Vida de Descartes*, t. I, p. 102-3. En el año de 1621, cuando Descartes tenía unos veintiséis años, se encontraba viajando como era su costumbre (pues era tan inquieto como una hiena) y, al llegar al Elba, ya sea en Gluckstadt o Hamburgo, tomó una embarcación hacia Frisia oriental. ¿Qué negocio tendría en Frisia oriental? Nadie lo sabe aún. Y quizá esto mismo pensó él, pues, justo al llegar a Embden, decidió embarcarse de inmediato hacia Frisia occidental e, impaciente por las demoras, contrató una barca y algunos marineros para conducirla. En cuanto

llegó a altamar hizo un agradable descubrimiento: a saber, se había encerrado en una guarida de asesinos. Pronto se dio cuenta, afirma Baillet, de que su tripulación eran “*des scélérats*” —no aficionados, caballeros, como nosotros, sino profesionales— que ambicionaban cortar en ese mismo momento su garganta. Pero la historia es demasiado interesante como para resumirla. Se las traduciré, por tanto, palabra por palabra, del francés de su biógrafo:

*Monsieur* Descartes no tenía más acompañante que su criado, con quien conversaba en francés. Los marineros, que creyeron que era un mercader extranjero, en vez de un caballero, concluyeron que debía cargar dinero consigo. Por consiguiente, tomaron una determinación para nada ventajosa a su bolsillo. Sin embargo, hay una diferencia entre los ladrones del mar y los ladrones de los bosques: estos últimos pueden permitirse, sin riesgo alguno, perdonar las vidas de sus víctimas; mientras que los primeros no pueden regresar a su pasajero a tierra firme sin correr el riesgo de ser arrestados. La tripulación de *Monsieur* Descartes tomó sus precauciones con vistas a evitar cualquier peligro de esa naturaleza. Se dieron cuenta de que se trataba de un forastero venido de lejos, sin ningún conocido en aquellas tierras, y que nadie se tomaría la molestia de preguntar por él, en caso de que desapareciera (*quand il viendroit à manquer*).

Imagínense, caballeros, a estos perros frisonos hablando de un filósofo como si se tratara de una barrica de ron consignado a algún carguero.



Su temperamento, notaron los ladrones, era muy apacible y paciente, y a juzgar por la gentileza de su porte y la cortesía de su trato, no podía tratarse sino de un jovenzuelo imberbe, sin rol ni raíces en el mundo, concluyeron que sería más que sencillo despojarlo de su vida. No tuvieron escrúpulos en discutir el tema en su presencia, suponiendo que no entendía otra lengua que aquella en que conversaba con su criado; y su conclusión fue que había que asesinarlo, luego echarlo al mar y dividir el botín.

Disculpen mi risa, caballeros, pero la verdad es que siempre me río cuando pienso en este caso. Hay dos cosas en él que resultan bastante cómicas. Primero, el pánico horrible o “el cague” (como dicen los caballeros distinguidos) en que debió hallarse Descartes al escuchar aquel drama planeado para su propia muerte, funeral, herencia y administración de sus bienes. Pero otra cosa que me parece aún más graciosa de este caso es que si estos mastines frisonese lo hubieran “tomado en serio” no tendríamos filosofía cartesiana, y considerando el mundo de libros que ha producido, dejaré que cualquier fabricante respetable de baúles nos diga cómo nos habría ido sin ella.

No obstante, retomando el hilo, a pesar del tremendo *cague*, Descartes se mostró combativo y de ese modo consiguió amedrentar a aquellos canallas anticartesianos. “Al darse cuenta”, dice *Monsieur* Baillet, “que aquello no era broma, *Monsieur* Descartes se puso de pie en un tris y mostró una expresión severa que aquellos cobardes no se esperaban y, dirigiéndose a ellos en su propia lengua,

los amenazó con atravesarlos con la espada allí mismo si se atrevían a insultarlo”. Ciertamente, caballeros, habría sido un honor muy superior a los méritos de semejantes canallas despreciables el acabar estacados como perdices en una espada cartesiana; y por lo tanto me alegro de que Descartes no le quitara ese honor al cadalso llevando a cabo su amenaza, especialmente porque no habría podido llevar su barca a buen puerto de haber asesinado a su tripulación: habría tenido que navegar eternamente por el Zuyder Zee, y quizá los marineros lo habrían confundido con el Holandés Volador, dirigiéndose a casa. “El espíritu que *Monsieur* Descartes mostró”, dice su biógrafo, “tuvo un efecto mágico en aquellos desgraciados. Lo súbito de su consternación provocó en sus mentes una confusión que no les permitió darse cuenta de su ventaja, por lo que lo condujeron a su destino tan apaciblemente como era deseable”.

Es posible, caballeros, que ustedes piensen que, siguiendo el modelo de las palabras dirigidas por César a su pobre barquero —“*Caesarem vehis et fortunas ejus*”— *Monsieur* Descartes tan sólo tenía que haber dicho: “Perros, no pueden cortar mi garganta, pues llevan a Descartes y su filosofía”, y podría haberlos desafiado a hacer su voluntad, sin temor a ser lastimado. Un emperador alemán tuvo la misma idea cuando, al advertírsele que se alejara del trayecto del fuego de los cañones, respondió: “¡Vaya, hombre! ¿Cuándo has oído que una bala de cañón haya matado a un emperador?”. A un emperador, no lo sé, pero menos hizo falta para aplastar a un filósofo, y no cabe duda de que el siguiente gran filósofo de Europa fue asesinado. Me refiero a Spinoza.

Sé muy bien que la opinión más común que se tiene al respecto es que murió en su cama. Tal vez sea cierto, pero aun así fue asesinado; y esto es algo que demostraré a partir de un libro publicado en Bruselas en 1731, titulado *La vida de Spinoza par M. Jean Colerus*, con varias adiciones a partir de un manuscrito biográfico de un amigo del filósofo. Spinoza murió el 21 de febrero de 1677, teniendo poco más de cuarenta y cuatro años. Esto por sí mismo resulta sospechoso, y *Monsieur Jean* admite que cierta expresión en su manuscrito biográfico sustentaría la conclusión de “*que sa mort n’a pas été tout-à-fait naturelle*”. Ya que vivió en un país húmedo y un país de marineros como Holanda, se puede pensar que se excedió bebiendo grog, especialmente en ponche,<sup>4</sup> el cual acababa de ser descubierto. Sin duda puede que así fuera, pero el hecho es que no lo hizo. *Monsieur Jean* lo llama “*extrêmement sobre en son boire et en son manger*”. Y aunque salieron a relucir algunas historias descabelladas acerca de su afición por el jugo de mandrágora (p. 140) y el opio (p. 144), ninguno de estos artículos apareció en la cuenta de su boticario. Si vivía, entonces, con tal sobriedad, ¿cómo fue posible que muriera de causas naturales a los cuarenta y cuatro? Escuchen la versión de su biógrafo: “La mañana

<sup>4</sup> N. del A. “1 de junio, 1675. Bebo parte de tres jarras de ponche (licor bastante raro a mi parecer)”, dice el Rev. Henry Teonge en su diario publicado póstumamente. En una nota a este pasaje, se hace una referencia a los viajes de Fryer a las Indias orientales en 1672, quien habla del “enervante licor llamado *paunch* (que es el indostaní para ‘cinco’) de cinco ingredientes”. Preparado así, al parecer los médicos lo llamaban “*diapente*”; si era con sólo cuatro, “*diatessaron*”. No hay duda de que el nombre evangélico fue lo que llamó la atención del Rev. Teonge.

del domingo 21 de febrero, antes de misa, Spinoza bajó las escaleras y conversó con el señor y la señora de la casa". En este momento, por lo tanto, tal vez a las diez en punto de la mañana del domingo, pueden ustedes constatar que Spinoza estaba vivo y bastante bien. Pero al parecer "había mandado llamar de Ámsterdam a cierto médico a quien", afirma el biógrafo, "no me referiré más que utilizando las letras L. M.". Este L. M. había indicado a las personas de la casa que compraran un "gallo viejo" y que lo cocieran de inmediato, para que Spinoza pudiera tomar un poco de caldo hacia el mediodía, lo cual, de hecho, sucedió así, y comió un poco de aquel *gallo viejo* con buen apetito, luego de que el casero y su mujer habían vuelto de la iglesia.

"Por la tarde, L. M. se queda a solas con Spinoza, luego de que las personas de la casa volvieran a la iglesia; a su salida se enteraron, con gran sorpresa, de que Spinoza había muerto alrededor de las tres de la tarde en presencia de L. M., quien se marchó a Ámsterdam esa misma noche en el barco nocturno, sin prestar la más mínima atención al difunto", y probablemente sin prestar tampoco mucha atención al pago de su propia cuentita. "No cabe duda de que estaba más que dispuesto a dejar de lado dichas formalidades luego de embolsarse un ducado y una pequeña cantidad de plata, además de un cuchillo con mango de plata, y así desapareció con su botín". Como pueden ver, caballeros, el asesinato es evidente, al igual que la manera de cometerlo. Fue L. M. quien asesinó a Spinoza por su dinero. El pobre Spinoza era un inválido, flaco y débil. Al no encontrarse sangre en el lugar, sin duda L. M. lo tumbó y lo asfixió con almohadas —el pobre hombre ya estaría medio sofocado por su infernal merienda. Luego de

masticar aquel “gallo viejo” —que interpreto se trataba de un gallo del siglo anterior—, ¿en qué condición podía encontrarse el pobre inválido como para levantarse y pelear con L. M.? Pero, ¿quién era L. M.? Seguro que no se trata de Lindley Murray, porque yo lo vi en York en 1825; y además, no creo que fuera capaz de semejante cosa, o al menos no elegiría a un hermano gramático como víctima pues, como bien saben, caballeros, Spinoza fue autor de una muy respetable gramática hebrea.

Hobbes —hasta ahora sigo sin comprender por qué razón o principio— no fue asesinado. Ésta fue una omisión capital de los profesionales del siglo XVII porque, de donde se le vea, se trataba de un excelente objeto de asesinato —salvo, claro, por el hecho de ser delgado y enjuto—, pues puedo probar que tenía dinero y —lo que es más chistoso— no tenía derecho a oponer la menor resistencia ya que, según él, el poder irresistible crea las más supremas expresiones de derecho, por lo que constituye una rebelión, y de las más negras, el rehusarse a ser asesinado cuando una fuerza competente aparece para asesinarlos. No obstante, caballeros, aunque no fue asesinado, me alegra asegurarles que (según su propia versión) estuvo a punto de serlo en tres ocasiones —lo que es un consuelo—. La primera vez fue en la primavera de 1640, cuando pretende haber hecho circular un pequeño manuscrito a favor del Rey y en contra del Parlamento. Nunca pudo escribir este manuscrito, dicho sea de paso; pero afirma que “si Su Majestad no hubiera disuelto el Parlamento (en mayo), habría puesto su vida en peligro”. Disolver el Parlamento, empero, fue inútil pues, en noviembre del mismo año, se reunió el Parlamento largo

y Hobbes, por segunda vez, temiendo ser asesinado, huyó a Francia. Esto se parece a la locura de John Dennis quien creyó que Luis XIV nunca pactaría la paz con la Reina Ana, a menos que él (es decir, Dennis) fuera entregado a la venganza de los franceses, y de hecho huyó de la costa con esa creencia. En Francia, Hobbes consiguió cuidar bastante bien su pescuezo durante diez años, pero al cabo de ese tiempo, con el fin de rendir pleitesía a Cromwell, publicó su *Leviatán*. El viejo cobarde empezó a cagarse de miedo horriblemente por tercera ocasión; imaginaba que las espadas de los caballeros iban constantemente tras su pescuezo, recordando cómo se habían encargado de los embajadores del Parlamento en La Haya y Madrid. “Tum”, dice en su autobiografía escrita en un latín macarrónico:

*Tum venit in mentem mihi Dorislaus et Ascham;  
Tanquam proscripto terror ubique aderat.*

Y, en consecuencia, corrió a refugiarse de regreso a Inglaterra. Ahora bien, es muy cierto que el hombre merecía una garrotiza por haber escrito el *Leviatán*, ¡y otras dos o tres buenas por escribir un pentámetro con un final tan atroz como “*terror ubique aderat*”! Pero nadie creyó nunca que mereciera algo más allá de una garrotiza. Y, de hecho, toda esa historia no es más que una ocurrencia suya. Pues en una carta bastante abusiva que le escribió “a una persona ilustrada” (refiriéndose a Wallis, el matemático) da una versión completamente distinta del tema y dice (p. 8) que huyó a casa “porque no estaba seguro con el clero francés”, insinuando la posibilidad de ser asesinado

por su religión, lo cual habría sido sin duda un tremendo chiste: ¡el buen Tom llevado a la hoguera por su religión!

Por otra parte, ocurrencia o no, lo cierto es que Hobbes al final de su vida temía que alguien lo asesinara. La prueba de ello está en la historia que les contaré, que no proviene de un manuscrito pero (como dice el Sr. Coleridge) es como si lo fuera, pues viene de un libro actualmente condenado al olvido, a saber, *El credo del Sr. Hobbes examinado; en una conferencia entre él y un estudiante de teología* (publicado unos diez años antes de la muerte de Hobbes). El libro es anónimo, pero fue escrito por Tenison, quien unos treinta años más tarde sucedió a Tillotson como Arzobispo de Canterbury. La anécdota introductoria es la siguiente:

Al parecer, un clérigo [sin duda el propio Tenison] realizaba anualmente una gira de un mes por diferentes partes de Gran Bretaña. En una de estas excursiones (1670), visitó La Cumbre en Derbyshire, en parte por la descripción que de ella hizo Hobbes. Al hallarse en las inmediaciones, no podía dejar de ir a Buxton, y en el momento de su llegada tuvo la fortuna de encontrar un grupo de caballeros desmontando en la puerta de la posada, entre los cuales se hallaba un tipo flaco y largucho, que resultó ser nada menos que el mismísimo Sr. Hobbes, quien probablemente había cabalgado desde Chatsworth. Al encontrarse a semejante león, lo único que podía hacer un turista, en busca de lo pintoresco, era representar el papel del jabalí. Por suerte para su plan, dos de los acompañantes del Sr. Hobbes fueron mandados llamar de urgencia, por lo que, durante el

resto de su estancia en Buxton, tuvo al Leviatán completamente para él solo y hasta tuvo el honor de empinar el codo con él por las noches. Hobbes, al parecer, inicialmente se mostró bastante frío, dado que desconfiaba de los clérigos; pero pronto se destapó y se volvió muy sociable y gracioso, por lo que decidieron ir juntos a los baños.

Cómo se atrevió Tenison a chapotear en las mismas aguas que el Leviatán es algo que no me explico. Pero así fue. Retozaron como dos delfines, aunque Hobbes debió de haber sido más viejo que Matusalén; y

en esos intervalos en que dejaban de nadar y de zambullirse [es decir, de echarse clavados], discurrieron en torno a varios temas relacionados con los baños de los antiguos y *Del origen de los manantiales*. Luego de pasar así más de una hora, salieron del baño y, después de secarse y vestirse, se sentaron a la espera de la cena que aquel lugar pudiera ofrecerles, con el deseo de refrescarse como los *Deipnosophistae*, y de conversar más que de beber profundamente. Pero esta inocente intención se vio interrumpida por el alboroto desatado por una pequeña discusión, en la que durante un rato se enfrasaron algunas de las personas más descorteses de la casa. El Sr. Hobbes parecía muy preocupado al respecto, aunque se hallaba a cierta distancia de dicha gente.

¿Y por qué estaba preocupado, caballeros? Sin duda, se imaginarán ustedes, que a causa de alguna clase de amor



benigno y desinteresado por la paz y la armonía, digno de un viejo y un filósofo. Pero escuchen:

Por un rato se le veía intranquilo y contó una o dos veces como para sí mismo, con un tono bajo y cauteloso (es decir, ansioso), cómo fue asesinado Sexto Roscio después de la cena cerca de los Baños Palatinos. Viene a cuento la sentencia de Cicerón, con relación a Epicuro el Ateo, de quien afirmó que precisamente él, de todas las personas, temía más aquellas cosas que despreciaba: la muerte y los dioses.

¡Sólo por ser la hora de la cena y hallarse en las inmediaciones de unos baños, Hobbes temía sufrir la suerte de Sexto Roscio! ¡Tenía que ser asesinado sólo porque Sexto Roscio había sido asesinado! ¿Qué lógica hay detrás de esto, sino aquella de un hombre que siempre soñaba con el asesinato? He aquí al Leviatán, que ya no temía ni a las dagas de los caballeros ingleses ni del clero francés, pero se asustaba hasta “perder la compostura” por un pleito de taberna entre un puñado de pueblerinos honrados de Debyshire a quienes su figura de espantapájaros demacrado, vestigio de otro siglo, les habría dado el susto de sus vidas.

Malebranche, les complacerá oírlo, *sí fue* asesinado. El hombre que lo asesinó es bien conocido: el Obispo Berkeley. La historia resulta familiar, aunque hasta ahora no ha sido contada como es debido. Cuando era joven, Berkeley fue a París y contactó al Padre Malebranche. Lo encontró cocinando en su celda. Los cocineros siempre han sido una *genus irritabile*; los autores, aún más;

y Malebranche era ambas cosas. Surgió una disputa y el viejo clérigo, ya acalorado, se calentó aún más. Las irritaciones culinarias y metafísicas se unieron para desquiciar su hígado: cayó en cama y allí murió. Así reza la versión más común de la historia, con la que “todo oído danés está engañado burdamente”. Lo cierto es que todo el tema fue silenciado por consideración a Berkeley, quien (como afirmó Pope correctamente) tenía “todas las virtudes bajo los cielos”. Es bien sabido que Berkeley, molesto por la mordacidad del viejo francés, lo encaró, lo cual provocó una pelea en la que Malebranche cayó en el primer *round*, lo cual le bajó completamente los humos, y tal vez se habría rendido, pero a Berkeley la sangre ya se le había subido a la cabeza, por lo que insistió en que el anciano francés se retractara de su doctrina de las Causas Ocasionales. La vanidad de aquel hombre era demasiada como para retractarse y cayó víctima de los ímpetus del joven irlandés, combinados con su propia obstinación absurda.

De Leibniz, siendo en tantos aspectos superior a Malebranche, uno bien podría pensar, *a fortiori*, que fue asesinado, lo cual, sin embargo, no fue el caso. Creo que le irritaba semejante negligencia y se sentía insultado por la seguridad en que pasó sus días. No encuentro otro modo de explicar su conducta en las postrimerías de su vida, cuando decidió volverse muy avaro y acumular vastas sumas de oro, las cuales conservaba en su propia casa. Esto fue en Viena, donde murió, y todavía existen cartas donde se describe la inconmensurable ansiedad que sentía por su garganta. Aun así su ambición de que, cuando menos, se atentara contra su vida era tan grande que no eludía el peligro. Un difunto pedagogo inglés,

hecho en Birmingham —a saber, el Dr. Parr—, tomó una vía más egoísta en circunstancias idénticas. Había amasado una considerable cantidad de oro y plata, que durante un tiempo era almacenada en el dormitorio de su casa parroquial en Hatton. Pero, al crecer día con día su temor de ser asesinado, lo cual sabía que no podría soportar (y de lo cual, cabe decir, nunca tuvo la mínima aspiración), transfirió todo aquello al herrero de Hatton, creyendo, sin duda, que el asesinato de un herrero tendría un peso menor en la *salus reipublicae* que el de un pedagogo. Aunque he oído que esto ha sido bastante cuestionado y al parecer actualmente existe un consenso general en que una buena herradura vale unos dos y un cuarto sermones del hospital de la caridad.<sup>5</sup>

Aunque Leibnitz no fue asesinado, se puede decir que murió en parte de miedo a ser asesinado y en parte de despecho de no haberlo sido; Kant, por otro lado, que no albergaba semejantes ambiciones, se salvó de ser asesinado de la forma más milagrosa de la que se tenga registro, con excepción de Descartes. ¡Así de absurda es la fortuna para conceder sus favores! El caso es recogido, según recuerdo, en una biografía anónima de este gran hombre. Por motivos de salud, Kant se obligó, en una ocasión, a una caminata de seis millas al día por el camino real. Al enterarse de esto, un sujeto que tenía motivos personales para cometer un asesinato aguardó en la tercera milla desde Königsberg a su “pretendido”, quien llegó tan puntual al lugar como un coche del

<sup>5</sup> N. del T. Se refiere al *Spital Sermon Preached at Christ Church upon Easter Tuesday* de William Parr, pronunciado el 15 de abril de 1800 y publicado en 1801.

correo. De no ser por un accidente, Kant era hombre muerto. Dicho accidente estuvo en la escrupulosa, o como la llamaría la Sra. Quickly, la *quisquillosa* moral del asesino. Un profesor viejo, se imaginó el asesino, estará abrumado de pecados. No así un niño. Siguiendo este pensamiento, se alejó de Kant en el momento crítico, y poco después asesinó a un niño de cinco años. Ésta es la versión alemana de los hechos; pero yo opino que el asesino era un aficionado quien consideró lo poco que habría aportado a la causa del buen gusto el asesinato de un viejo, árido y adusto metafísico; no había lugar alguno para el alarde, puesto que, una vez muerto, el viejo no podría lucir más como momia de lo que ya lo parecía en vida.

Así, caballeros, he trazado la conexión entre la filosofía y nuestro arte hasta darme cuenta de que, sin advertirlo, he llegado a nuestra propia época. No me tomaré la molestia de distinguirla de la época precedente, puesto que, de hecho, su carácter no es distinto. Los siglos XVII y XVIII, junto con una gran parte del siglo XIX que hemos vivido hasta ahora, constituyen en conjunto la Era Augusta del asesinato. La mejor obra del siglo XVII es, incuestionablemente, el asesinato de Sir Edmundbury Godfrey, el cual cuenta con mi total aprobación. En la muy importante cualidad de *misterio*, que de una forma u otra debe teñir todo intento juicioso de asesinato, esta obra es excelente, ya que el misterio aún no se ha aclarado. Exhorto a la sociedad a que rechace todo intento de achacar este asesinato a los papistas, lo cual dañaría esta obra tanto como algunos muy conocidos Correggios han sido dañados por los limpiadores profesionales de cuadros, e incluso la arruinaría trasladándola a la espuria

clase de los simples asesinatos políticos o partidistas, totalmente carentes de *animus* asesino. De hecho, esta idea está completamente infundada y surgió del puro fanatismo protestante. Sir Edmundbury no se distinguió entre los magistrados de Londres por su severidad contra los papistas ni por favorecer los intentos de los fanáticos de aplicar las leyes penales contra ciertos individuos. No despertó la animosidad de ninguna secta religiosa contra su persona. Y, con respecto a los restos de velas en las ropas del cadáver al ser descubierto por primera vez en una zanja, de lo que se infirió entonces que los curas asignados a la capilla papista de la Reina habían participado en el crimen, o bien fueron sólo artificios fraudulentos concebidos por aquellos que deseaban sembrar la sospecha contra los papistas, o bien las acusaciones en su conjunto —incluidos los restos de cera y su supuesta causa— fueron chismes y embustes del Obispo Burnet, quien, como solía decir la Duquesa de Portsmouth, era el gran maestro del embuste y el cuento chino en el siglo XVII. Al mismo tiempo, debe notarse que la cantidad de asesinatos no fue elevada durante dicho siglo, al menos en lo que respecta a nuestros artistas; lo cual, quizá, puede atribuirse a la carencia de mecenazgo ilustrado. *Sint Mæcenates, non deerunt, Flacce, Marones*. Al consultar las *Observaciones sobre las actas de mortandad* (cuarta edición, Oxford, 1665) de Grant encontré que de 229,250 personas fallecidas en Londres durante un periodo de veinte años del siglo XVII, apenas 86 fueron asesinadas; es decir, alrededor de cuatro y tres décimas al año. Se trata de una cifra pequeña, caballeros, como para fundar una academia; y, ciertamente, cuando la cantidad es tan reducida, es

justo esperar que la calidad sea de primera. Tal vez lo fuera, pero aun así opino que el mejor artista de ese siglo no igualó al mejor del siglo posterior. Por ejemplo, por más encomiable que fuera el caso de Sir Edmundbury Godfrey (y nadie es más sensible a sus méritos que yo), no admito que se le ponga al mismo nivel que el de la Sra. Ruscombe de Bristol, ni en originalidad de su diseño, ni en la audacia y amplitud de su estilo. El asesinato de esta buena mujer ocurrió a comienzos del reinado de Jorge III, un reinado conocido por favorecer a las artes en general. Vivía en College Green, con una sola criada, sin pretender mayor lugar en la historia que el que les concedería el gran artista de cuya obra doy cuenta aquí. Una hermosa mañana, mientras todo Bristol estaba de pie y en marcha, después de ciertas sospechas, los vecinos irrumpieron en la casa y hallaron a la Sra. Ruscombe asesinada en su habitación y a la criada también asesinada en las escaleras. Esto fue al mediodía; y menos de un par de horas antes, tanto ama como criada, habían sido vistas con vida. Si mi memoria no me falla, esto ocurrió en 1764; han pasado, por lo tanto, más de sesenta años desde entonces y el artista aún no ha sido descubierto. Las sospechas de la posteridad recayeron sobre dos candidatos: un panadero y el limpiachimeneas. Pero la posteridad se equivoca: ningún artista sin experiencia podría haber concebido una idea tan audaz como la de un asesinato al mediodía en el corazón de una gran ciudad. No fue un panadero desconocido, caballeros, ni un limpiachimeneas anónimo, les aseguro, quien ejecutó esta obra. Yo sé quién fue. *[Aquí se produjo un revuelo general que luego derivó en sonoros aplausos, lo cual provocó que el conferenciante*

*se sonrojara, y continuara con mucha solemnidad*]. ¡Por Dios santo, caballeros, no me malinterpreten! No fui yo quien lo hizo. Mi vanidad no es tal como para creerme a la altura de semejante proeza; les aseguro que sobreestiman por mucho mis míseros talentos. El caso de la Sra. Ruscombe excede enormemente mis escasas facultades. Pero sí pude conocer la identidad del artista gracias a un célebre cirujano que participó en su autopsia. Este caballero poseía un museo privado relativo a su profesión, en uno de cuyos rincones se encontraba una figura de yeso de un hombre de proporciones notablemente refinadas.

“Ésa”, dijo el cirujano, “es la figura del célebre bandido de Lancashire, quien durante un tiempo ocultó a sus vecinos su profesión cubriendo las patas de su caballo con medias de lana para amortiguar el ruido que de otra manera harían sus cascos al cabalgar por el callejón empedrado que conducía a su establo. En el momento de su ejecución por asaltar caminos, yo era alumno de Cruickshank; y la figura del hombre era tan particularmente refinada que no escatimamos ni dinero ni esfuerzos para apoderarnos de ella lo más pronto posible. En connivencia con el ayudante del alguacil, lo bajaron de la horca antes del tiempo establecido, y de inmediato lo pusieron en un coche; de tal modo que, cuando llegó a manos de Cruickshank, aún no estaba del todo muerto. El Sr. ---, un joven estudiante en aquel entonces, tuvo el honor de darle el *coup de grâce* y cumplir con la sentencia de la ley”.

Esta notable anécdota, que parece implicar que todos los caballeros en la sala de disección eran aficionados de nuestra clase, me sorprendió bastante; y se la conté en una ocasión a una dama de Lancashire, quien de inmediato

me informó que había vivido en el mismo vecindario que aquel bandido y recordaba bien dos circunstancias que, combinadas, en opinión de todos sus vecinos, permiten atribuirle el mérito del caso de la Sra. Ruscombe. El primero era su ausencia por una quincena completa durante el periodo del asesinato; el otro, que poco tiempo después el vecindario del bandido se vio inundado de dólares, y se sabía que la Sra. Ruscombe había acumulado cerca de dos mil de dichas monedas. Sin importar quién haya sido el artista, el caso sigue siendo un monumento perdurable a su genio: fue tal la impresión de asombro, y la sensación de poder que dejó la fuerza de concepción mostrada en este asesinato, que no se había hallado hasta entonces (al menos hasta 1810) un inquilino para la casa de la Sra. Ruscombe.

Pero si bien el caso ruscombiano merece mis elogios, no debe suponerse que ignoro la multitud de ejemplos de extraordinario mérito esparcidos por toda la faz de este siglo. Ciertamente casos como el de la Srita. Bland o del Capitán Donnellan y Sir Theophilus Boughton jamás merecerán mi aprobación. ¡Al diablo con esos traficantes de veneno! Me pregunto: ¿no podrán preservar la honesta tradición de cortar gargantas, sin tener que introducir esas abominables innovaciones traídas de Italia? Considero que los casos de envenenamiento, comparados con el estilo legítimo, palidecen como las figuras de cera ante las esculturas o la litografía ante un buen grabado de Volpato. Pero, si los dejamos de lado, aún quedan bastantes obras de arte de excelencia en el estilo más puro, las cuales nadie se avergonzaría de atribuirse, y así lo reconoce cualquier conocedor honesto. Y fíjense que



digo “honesto” porque hay que tomar muchas previsiones en estos casos; ningún artista puede jamás estar seguro de haber llevado a cabo su propia idea tal como la concibió. Incómodas complicaciones surgirán; las personas no se dejarán cortar la garganta con tranquilidad; correrán, patearán, morderán; y mientras que el retratista muchas veces se queja del letargo excesivo de su modelo, el artista en nuestro ámbito generalmente se ve abrumado por su excesiva animación. Al mismo tiempo, por muy desagradable que resulte para el artista, esta tendencia del asesinato a excitar e irritar al modelo es sin duda una ventaja ante el mundo en general que no debemos pasar por alto, pues favorece el desarrollo del talento latente. Jeremy Taylor observa con admiración los saltos extraordinarios que la gente puede dar bajo la influencia del miedo. Hay un sorprendente ejemplo de esto en el reciente caso de los M’Keans: el chico alcanzó con su salto una altura que jamás volvería a alcanzar mientras viva. Talentos de la más extraordinaria factura para lanzar puñetazos y realizar toda suerte de ejercicios gimnásticos a veces han sido desarrollados a partir del pánico que acompaña a nuestros artistas —talentos que de otra manera permanecerían ocultos tanto para sus dueños como para sus amistades—. Recuerdo una interesante ilustración de este hecho procedente de un caso del que me enteré en Alemania.

Cabalgando un día en las cercanías de Munich, me topé con un distinguido aficionado de nuestra sociedad, cuyo nombre he de ocultar. Ese caballero me informó que, cansado de los fríos placeres (así los llamó) de ser mero aficionado, se había trasladado de Inglaterra hacia el continente con la intención de ejercer un poco

profesionalmente. Por esta razón recurrió a Alemania, al considerar que la policía en aquel lado de Europa sería más torpe y aletargada que en cualquier otra parte. Su *debut* como profesional ocurrió en Mannheim y, al saber que yo era un hermano aficionado, me comunicó sin ambages y por entero su primera aventura:

Frente a mi alojamiento, me dijo, vivía un panadero: era un poco avaro y vivía completamente solo. Quizá por el gran tamaño de su cara blancuzca o por alguna otra cosa, no lo sé: el hecho es que “se me antojó” y decidí iniciarme en la profesión con su garganta, la cual, por cierto, siempre llevaba descubierta, de una manera que resultaba irritante a mis deseos. Me di cuenta que solía cerrar sus ventanas precisamente a las ocho en punto de la noche. Una noche lo vi atareado en esto y entré con presteza, cerré la puerta con llave y, dirigiéndome a él con gran suavidad, le expliqué la naturaleza de mi empresa, al tiempo que le aconsejaba no oponer resistencia, pues resultaría desagradable para ambos. Dicho esto saqué mis herramientas y procedí a operar. Pero ante tal espectáculo, el panadero que parecía atacado de catalepsia ante mi primer anuncio, se despertó con tremenda agitación. “¡No seré asesinado!”, chilló a los cuatro vientos, “¿por qué perderé —queriendo decir ‘he de perder’— mi preciosa garganta?”. “¿Por qué?”, respondí yo, “a falta de otra razón, ¡pues por ponerle alumbre a su pan! Pero no importa, con alumbre o no, (pues ya en ese punto estaba dispuesto a frustrar cualquier discusión) sepa que soy un virtuoso en el arte del asesinato, que estoy deseoso de pulirme en sus detalles y

que, obsesionado con la vasta superficie de su garganta, he decidido convertirme en cliente suyo”. “¿Ah sí?”, dijo el panadero, “pues entonces le venderé otro tipo de mis productos” y al decir esto asumió una postura de boxeador. La sola idea de su forma de boxear me pareció risible. Es verdad que cierto panadero londinense se había destacado en el *ring* y alcanzó algo de fama con el sobrenombre de “el Señor de las Roscas”; pero era joven e inmaculado, mientras que aquel hombre era un monstruoso colchón de plumas, cincuentón y totalmente fuera de forma. A pesar de todo eso, no obstante, e intentando competir *contra mí*, que soy un maestro del arte, planteó una defensa tan desesperada que en varias ocasiones temí que se voltearan los papeles y que yo, un aficionado, acabaría asesinado por un mugroso panadero. ¡Qué situación! Las mentes sensibles comprenderán mi angustia. Qué terrible fue, usted comprenderá, que el panadero tuviera la ventaja durante los primeros trece *rounds*. En el *round* catorce, me cerró el ojo derecho de un puñetazo. Al final, creo, eso fue mi salvación: la ira que me provocó fue tal que en ese y los tres *rounds* restantes, mandé al panadero al suelo.

*Round* diecinueve. El panadero echaba el bofe y se tambaleaba. Sus proezas geométricas en los últimos cuatro *rounds* no le sentaron bien. Sin embargo, demostró algo de habilidad deteniendo un mensaje que envié a su cadavérica jeta, cuya entrega provocó que me resbalara y cayera.

*Round* veinte. Al observar al panadero, me avergonzó que semejante pedazo de masa deforme me causara tantos problemas; por lo que atacué con fiereza

y le administré un castigo severo. Se dio una seguidilla: ambos caímos, el panadero debajo. Diez a tres a favor del aficionado.

*Round* veintiuno. El panadero saltó con agilidad sorprendente; en efecto, su juego de piernas era admirable y peleó maravillosamente, considerando que estaba bañado en su transpiración; pero ya había perdido el brillo y su estrategia era un mero efecto del pánico. Quedaba claro que no iba a aguantar mucho más. En este *round* practicamos el zigzaguo, en el cual yo tenía gran ventaja, y lo golpeé en repetidas ocasiones en las narinas. Lo hice porque las tenía llenas de forúnculos y pensé que podía incomodarlo si me tomaba libertades con sus narinas, lo cual, en efecto, conseguí.

Los tres *rounds* siguientes, el señor de las roscas se tambaleó como una vaca sobre el hielo. Viendo cómo iban las cosas, para el *round* veinticuatro le susurré algo en su oído que le pegó como una bala. No era nada más que mi opinión personal sobre el valor de su garganta para una oficina de seguros. Este pequeño susurro confidencial le afectó mucho; hasta la sudoración se le congeló en su cara y durante los siguientes dos *rounds* hice con él lo que quise. Para cuando canté el inicio del *round* veintisiete, estaba tendido en el suelo como un tronco.

“Después de lo cual”, le dije al aficionado, “se puede suponer que consiguió usted su propósito”. “Es correcto”, dijo con amabilidad, “lo conseguí; y, ¿sabe qué?, fue una gran satisfacción para mi mente pues así pude matar dos

pájaros de un tiro”, refiriéndose a que había apaleado al panadero y lo había asesinado. Ahora bien, por más que intento, no veo que fuera *así*; porque, al contrario, me parece que hubiera necesitado dos tiros para matar un pájaro, al verse obligado a bajarle los humos primero a puñetazos y luego con sus herramientas. Pero su lógica no tiene importancia. La moraleja de esta historia fue buena, pues demuestra que cualquier posibilidad razonable de ser asesinado es un asombroso estímulo para los talentos latentes. Un panadero fofo, torpe y medio cataléptico de Mannheim había peleado la totalidad de veintiséis *rounds* contra un experimentado boxeador inglés motivado sólo por esta inspiración: hasta tal punto elevó y exaltó su genio natural la afable presencia de su asesino.

En verdad, caballeros, que cuando uno escucha cosas como estas, se vuelve casi un deber, quizá, suavizar un poco esa extrema aspereza con que la mayoría de los hombres habla del asesinato. Escuchando hablar a la gente uno supondría que ser asesinado no comporta sino desventajas e inconvenientes y que, por otro lado, no las hubiera en el hecho de *no* ser asesinado. Pero el hombre sensato piensa distinto. “Ciertamente”, dice Jeremy Taylor, “es un mal mucho menos temporal caer por lo burdo de la espada que por la violencia de una fiebre: y el hacha” (a la cual debió añadir el mazo del carpintero naval y la barreta) “resulta una aflicción mucho menor que la estranguria”. Muy cierto; el obispo habla como sabio y como el aficionado que, estoy seguro, fue. Otro gran filósofo, Marco Aurelio, también se hallaba por encima de los vulgares prejuicios sobre este tema. Afirmó que es “una de las más nobles funciones de la razón saber

si es momento de partir de este mundo o no” (Libro III, traducción de Collers). Dado que ninguna sabiduría es más rara que esta, no hay duda que debe ser un personaje en verdad filantrópico *aquel* que se dedica a instruir a la gente en esta rama del saber de forma gratuita y no sin riesgo alguno para su persona. Todo esto, sin embargo, lo traigo a cuento para servir a las especulaciones de futuros moralistas; mientras tanto, declaro mi propia convicción de que muy pocos hombres asesinan por principios filantrópicos o patrióticos, y repito lo que ya había dicho al menos en una ocasión: que la mayoría de los asesinos son personajes muy incorrectos.

En lo que respecta al caso Williams, los asesinatos más sublimes y de más absoluta excelencia jamás cometidos, no me permitiré referirlos de manera superficial. Apenas una conferencia completa o un ciclo de conferencias completo sería suficiente para exponer sus méritos. Pero debo mencionar un hecho curioso conectado con este caso, puesto que parece implicar que la llamarada de su genio deslumbró los ojos de la justicia criminal. Todos recordarán, no me cabe duda, que los instrumentos con los que ejecutó su primera gran obra (el asesinato de los Marr) fueron un mazo de carpintero naval y un cuchillo. El mazo, por cierto, pertenecía a un viejo sueco, un tal John Petersen, y llevaba inscritas sus iniciales. Williams dejó este instrumento en la casa de los Marr y cayó en manos de los magistrados. Pero, caballeros, es un hecho que la divulgación del detalle de las iniciales condujo de forma inmediata a la aprehensión de Williams y, de haberse hecho antes, habría evitado su segunda gran obra (el asesinato de los Williamson) que ocurrió precisamente

doce días después. Aun así los magistrados ocultaron este hecho a la opinión pública durante esos doce días, hasta después de que la segunda obra fue culminada. Fue hasta entonces que lo hicieron público, al parecer luego de considerar que Williams ya había cosechado fama suficiente y que su gloria se encontraba lejos de ser un accidente.

Con respecto al caso del Sr. Thurtell, no sabría qué decir. Naturalmente, estoy más que dispuesto a tener la mejor opinión de mi predecesor en la cátedra de esta sociedad; y reconozco que sus conferencias fueron incomparables. Pero, para ser franco, en verdad pienso que su principal ejecución como artista ha sido bastante sobrevalorada. Admito que al principio me dejé llevar por el entusiasmo general. La mañana en que el asesino se dio a conocer en Londres, tuvo lugar la mayor congregación de aficionados de la que he tenido noticia desde los días de Williams. Viejos conocedores que ya no salían de la cama y se dedicaban a quejarse con desdén de que “no se estaba haciendo nada”, ahora llegaban rengueando hasta nuestro club: pocas veces había presenciado semejante hilaridad, tan amables manifestaciones de satisfacción general. A donde voltearas podías ver gente estrechando manos, felicitándose entre sí y haciendo planes para cenar juntos; y no se oía nada más que triunfales exclamaciones como “¡Bueno! ¿Éste les parece suficiente? ¿Éste es el bueno? ¿Por fin estará usted satisfecho?”. Pero en medio de todo esto, recuerdo que todos guardamos silencio al escuchar a un viejo y cínico aficionado, L. S., abriéndose paso al compás del golpeteo de su pata de palo. Entró en la habitación con su habitual ceño fruncido y al avanzar

farfullaba y tartamudeaba: “Mero plagio. Simple plagio a partir de sugerencias que yo propuse. Además, su estilo es tan rígido como el de Alberto Durero y tan áspero como Fuseli”. Muchos pensaron que era solo envidia y remilgos de su parte; pero confieso que, extinguido el primer fulgor de entusiasmo, he constatado que la mayoría de los críticos más juiciosos concuerdan en que hay algo de *falsetto* en el estilo de Thurtell. El hecho es que era un miembro de nuestra hermandad, lo cual naturalmente dio un sesgo amistoso a nuestros juicios; y además era una cara conocida por la “afición”, quienes le otorgaron, junto con el resto de los londinenses, una fugaz popularidad que sus pretensiones no supieron respaldar, pues *opinionum commenta delet dies, naturæ judicia confirmat*.<sup>6</sup> Sin embargo, existió un plan inacabado de Thurtell para asesinar a un hombre con un par de mancuernas que admiré enormemente; no fue más que un esbozo que jamás completó; pero a mi parecer resulta superior en cada aspecto a su obra maestra. Recuerdo que algunos aficionados expresaron su decepción de que este esbozo quedara inacabado, pero en esto difiero de ellos, pues los fragmentos y esbozos atrevidos de artistas originales muchas veces tienen una felicidad en ellos que es propensa a desvanecerse al ocuparse de los detalles.

Considero que el caso M’Keans supera por mucho la tan cacareada ejecución de Thurtell, y ciertamente está por encima de cualquier elogio. De hecho, guarda con las

<sup>6</sup> Cicerón, *De natura deorum*, II, 2, “El tiempo destruye los dichos fundados en la opinión y confirma aquellos fundados en la naturaleza”.



inmortales obras de Williams la misma relación que la *Eneida* guarda con *La Iliada*.

Pero es momento de que dedique algunas palabras a los principios del asesinato, no con el fin de reglamentar su práctica, sino su juicio, en vista de que las ancianas y la masa de lectores de diarios se contentan con cualquier cosa, siempre y cuando sea suficientemente sangriento. Pero las mentes sensibles demandan algo más. *Primero*, pues, hablemos de la clase de persona que se adapta al propósito del asesinato; *segundo*, del lugar de ejecución; *tercero*, del tiempo y otras pequeñas circunstancias.

Con respecto a la persona, supongo que es evidente que ha de ser un buen hombre, porque si no, es posible que también esté contemplando asesinar en ese mismo momento y tales luchas de fuego contra fuego, aunque resulten agradables cuando no hay nada más, realmente no son lo que un crítico podría llamar asesinatos. Podría mencionar algunas personas (sin dar nombres) que han sido asesinadas por otros en una calle oscura, lo cual parece bastante razonable hasta que, al indagar en el hecho, el público se entera de que la parte asesinada se hallaba, en ese momento, preparándose para, cuando menos, robar a su asesino o posiblemente asesinarlo, de haber tenido la fuerza suficiente. Cuando esto ocurre, o así se cree, ¡adiós a todos los efectos genuinos del arte! Pues el propósito final del asesinato, considerado como una de las bellas artes, es precisamente el mismo que el de la tragedia, tal como la entiende Aristóteles, a saber, “purificar el corazón por medio de la piedad y el terror”. Ahora bien, puede que allí haya terror, pero ¿puede haber piedad de un tigre destruido por otro tigre?

También es evidente que la persona elegida no ha de ser un personaje público. Por ejemplo, ningún artista en su sano juicio habría intentado asesinar a Abraham Newland. Pues el tema es éste: tanta gente leyó tanto sobre Abraham Newland y eran tan pocos los que lo habían visto que la creencia general era que no se trataba más que de una idea abstracta. Y recuerdo que una vez, cuando mencioné que había cenado en un café en compañía de Abraham Newland todo el mundo me miró con sorna, como si hubiera fingido jugar billar con el Preste Juan o haber tenido una cuestión de honor con el Papa. Y, por cierto, el Papa habría sido una persona muy inadecuada para el asesinato, al poseer una virtual ubicuidad al ser padre de la cristiandad y, como el pájaro cucú, se le oye mucho pero jamás se le ve, por lo que sospecho que la mayoría lo considera también como una idea abstracta. Es cierto que cuando un personaje público tiene el hábito de organizar cenas “con todos los manjares de temporada”, la cosa cambia: todos están seguros de que no es una idea abstracta y, por lo tanto, no puede ser impropio asesinarlo. Sólo que su asesinato cabría en la categoría del magnicidio, la cual no he tratado aún.

Tercero. El objeto elegido debe gozar de buena salud pues es una absoluta barbaridad asesinar a un enfermo, quien normalmente resulta incapaz de soportarlo. Bajo este principio, no será elegible ningún pelado mayor de veinticinco años, pues a partir de esa edad es seguro que padecerá dispepsia. O por lo menos, si alguien se aventura a cazar en esos cotos, tendrá que tomar en consideración su deber de matar, siguiendo la vieja y conocida ecuación, por múltiplos de 9, o sea: 18, 27 o 36. En esta

benévola atención al bienestar de los enfermos, podrán ustedes observar la tendencia usual de toda bella arte a suavizar y refinar los sentimientos. El mundo en general, caballeros, sólo piensa en sangre y todo lo que quieren de un asesinato es una considerable profusión de sangre. Para *ellos* basta con un vulgar despliegue de esta índole. Pero el conocedor ilustrado es más refinado en sus gustos. Nuestro arte, como sucede con todas las demás artes liberales cuando son cultivadas en plenitud, acaba por humanizar el corazón. Tan es así que:

*Ingenuas didicisse fideliter artes,  
emollit mores, nec sinit esse feros.*

Un amigo filósofo, conocido por su filantropía y bondad general, sugiere que el objeto elegido deberá tener también una familia con hijos pequeños enteramente dependientes de sus ingresos, con el fin de profundizar el *pathos*. E, indudablemente, ésta es una medida juiciosa. No obstante, no insistiría demasiado en dicha condición. El más refinado de los gustos sin duda lo sugiere, pero, aun así, cuando el hombre sea inobjetable en lo tocante a la moral y la salud, yo no respetaría con demasiado celo una restricción que podría tener el efecto de reducir la esfera del artista.

Esto en cuanto a la persona. En cuanto al tiempo, el lugar y las herramientas, tengo mucho que añadir aunque en este momento no me queda espacio suficiente. El sentido común del profesional lo ha dirigido usualmente hacia lo nocturno y lo privado. Sin embargo, no faltan casos donde esta regla se ha roto, con efectos excelentes.

En lo respectivo al tiempo, el caso de la Sra. Ruscombe es una magnífica excepción de la que ya antes hablé; y con respecto a ambos, tiempo y lugar, hay una notable excepción en los anales de Edimburgo (año 1805), que es conocido por todo niño de esa ciudad, pero que ha sido inexplicablemente privado de su legítima porción de fama entre los aficionados ingleses. El caso al que me refiero es el del portero de uno de los bancos que fue asesinado mientras cargaba una bolsa de dinero, a plena luz del día, al doblar por High Street, una de las calles más concurridas de Europa; y cuyo asesino permanece sin ser descubierto hasta la fecha.

*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus,  
singula dum capti circumvectamur amore.*

Y ahora, caballeros, en conclusión, permítanme renunciar solemnemente a toda pretensión de mi parte a ser considerado un profesional. Nunca intenté homicidio alguno en mi vida, salvo en el año 1801, teniendo por objeto a un gato; y aquello resultó muy distinto a mis intenciones. Mi propósito, reconozco, era el simple y llano asesinato. “*Semper ego auditor tantum?*”, dije, “*nunquamne reponam?*”. Y fui hasta la planta baja en busca del gato a la una de la mañana, en una noche oscura, con el “*animus*” y, sin duda, con la apariencia atroz de un asesino. Pero cuando lo encontré, estaba dedicado a saquear pan y otras cosas de la despensa. Esto le dio un nuevo giro al asunto, siendo una época de escasez general en que incluso los cristianos se veían obligados a usar pan de papa, pan de arroz, entre otras cosas, resultaba una auténtica traición

que un gato desperdiciara un buen pan de trigo de aquella manera. De inmediato se volvió un deber patriótico darle muerte. Mientras alzaba y blandía el relumbrante cuchillo, me imaginé alzándome refulgente como Bruto entre una multitud de patriotas y, al acuchillarlo,

En voz alta el nombre de Tulio clamé  
y “¡salve!” al padre de la patria grité.

Desde entonces, todo pensamiento vago que pudiera tener de atentar contra la vida de un viejo carnero o de una gallina entrada en años, entre otras “presas menores”, queda encerrado en la bóveda secreta de mi pecho; pero para las regiones superiores de este arte, me confieso totalmente incapacitado. Mi ambición no llega tan alto. No, caballeros, en palabras de Horacio,

*fungar vice cotis, acutum*  
*Reddere quae ferrum valet, excors ipsa secandi.*

## ÍNDICE

**La rebelión del humor, 7**

*Luigi Amara*

**Una disertación en torno al lechón asado, 25**

*Charles Lamb*

**Una modesta proposición.** Para impedir que los hijos de la gente pobre en Irlanda se conviertan en una carga para sus padres o su país y volverlos provechosos para el público, 39

*Jonathan Swift*

**Un ensayo sobre la noble ciencia de la autojustificación, 55**

*Maria Edgeworth*

**Pluma, lápiz y veneno.** Un estudio en verde, 79

*Oscar Wilde*

**El asesinato considerado como una de las bellas artes, 111**

*Thomas De Quincey*

## LOS INSIDIOSOS

se terminó de imprimir en julio de 2019 en los talleres de Ricardo Fonseca Nuño ubicados en Audiencia 1242, col. Lomas de San Eugenio, C. P. 44720 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, mientras esperábamos a que nos sirvieran unos tiernos niños irlandeses para la cena. En su composición se utilizó la familia tipográfica Crimson en 11 puntos para el cuerpo del texto y de 16 puntos para títulos. Para los folios se usó la tipografía Sabon LT Std. Los forros se imprimieron en Sundance Felt Ultra White de 216 g. Los interiores en Bond ahuesado de 90 g.

El tiraje consta de 1,000 ejemplares.





El humor como una de las pocas formas de enfrentarse directamente al poder, como una estratagema taimada y acaso amarga de interpelarlo, de rebelarse contra él.

LUIGI AMARA

¡Adiós, entonces, mis bellas lectoras! ¡Que mantengan dominio incuestionable tanto en casa como fuera! ¡Y que durante mucho tiempo se arrepientan sus maridos de la hora cuando por primera vez las hicieron comprometerse “a obedecer”!

MARIA EDGEWORTH

¡Más bueno que el chicharrón!

CHARLES LAMB

COOPERATIVA  EDITORIAL

COLECCIÓN  
DOMINIO  
PÚBLICO

ISBN: 978-607-96834-7-4



9 786079 683474



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

 **FONCA**